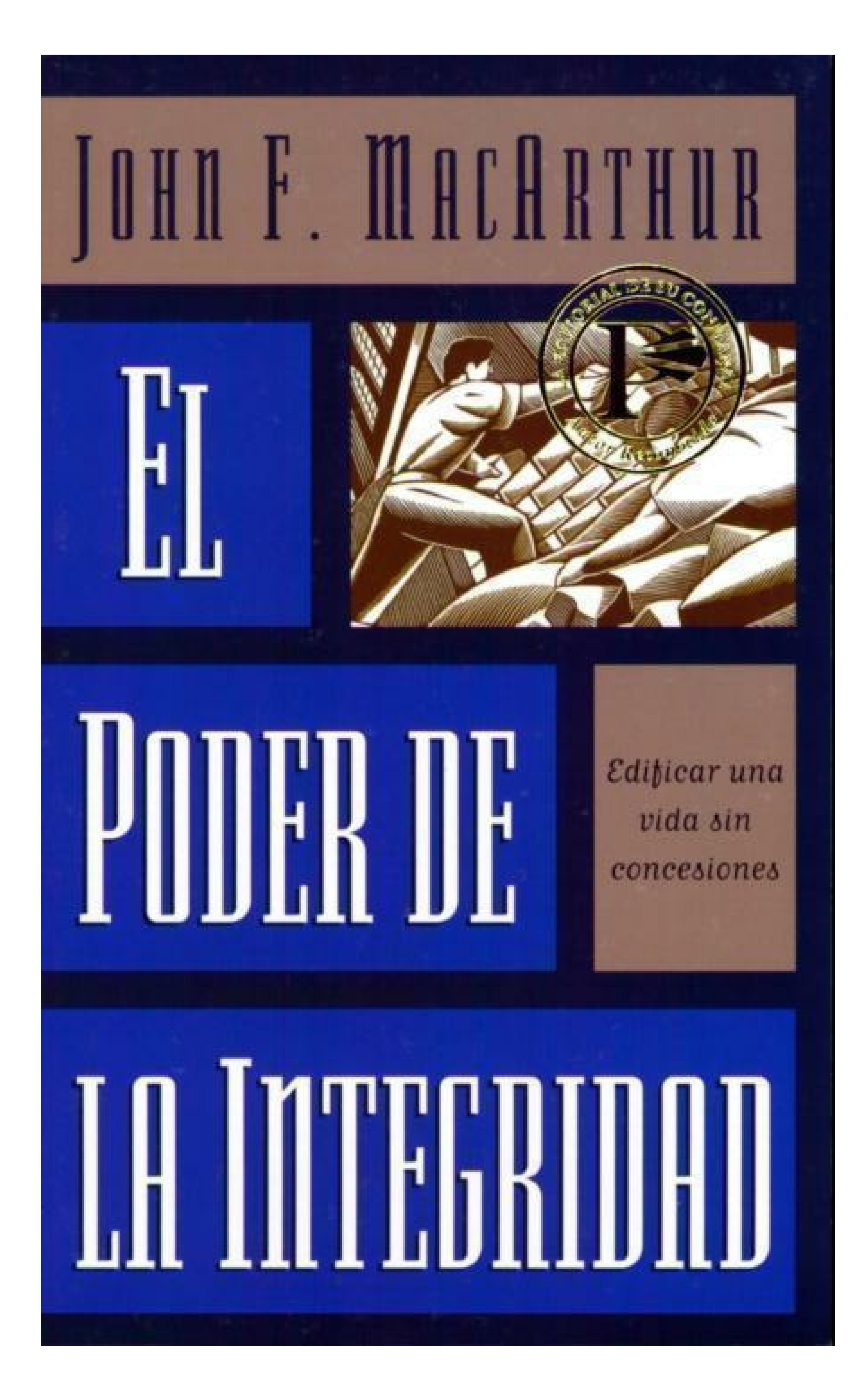
JOHN F. MACARTHUR



EL PODER DE LA INTEGRIDAD

Edificar una vida sin concesiones


JOHN F. MACARTHUR
EL
PODER DE
LA INTEGRIDAD
Edificar una
vida sin
concesiones

El Poder de la Integridad

El Poder de la Integridad

Edificar una

vida sin

concesiones

JOHn F. MH[RRTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Power of Integrity*, © 1997 por John F. MacArthur, Jr. y publicado por Crossway Books, una división de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187.

Edición en castellano: *El poder de la integridad*, © 1999 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1468-8

5 6 7 8 9 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America



ÍNDICE



INTRODUCCIÓN

Divinlos en un mundo de concesiones, en una sociedad que ha abandonado los parámetros morales y los principios cristianos a cambio de la conveniencia o del pragmatismo. La filosofía subyacente consiste en alcanzar nuestros objetivos sin importar los medios que sean necesarios para ello. Esta perspectiva egocéntrica debería tener como lema: «Si le sirve, hágalo». Esta noción lleva inevitablemente a comprometer la conciencia y las convicciones. Como las concesiones son tan prevalentes en nuestra sociedad, se podría decir que ya no poseemos una conciencia nacional; el sentimiento de culpa y el remordimiento no son factores que determinen la conducta.

Los políticos. que deberían defender los altos ideales de nuestro país, nos están conduciendo en cambio hacia las concesiones. Ellos promueven sus elevados estándares e ideales antes de las elecciones, pero luego los comprometen cuando obtienen su puesto. Lo mismo sucede en el mundo de los negocios, desde los ejecutivos de corporaciones hasta los vendedores; en los tribunales, desde los jueces hasta los abogados; en los deportes, desde los dueños de los equipos hasta los atletas; y en todas las demás áreas de la vida. Como resultado, la gente aprende a mentir, a engañar, a robar y a esconder la verdad. En resumen, a hacer lo que sea necesario para obtener lo que quieren. De esa manera, el acomodo se convierte en un estilo de vida.

Desgraciadamente, la filosofía y la práctica del compromiso ha invadido hasta la iglesia. Como la tolerancia es la ideología operante de nuestra sociedad, la iglesia adopta una perspectiva similar para alcanzar a los perdidos. Muchas iglesias buscan ahora modos de presentar el evangelio a la gente sin que se sientan ofendidos. Pero la misma naturaleza del evangelio es ofensiva, porque confronta a los pecadores con su pecado. Ignorando eso, muchas iglesias comprometen voluntariamente la Palabra de Dios en vez de

mantenerse firmes en el evangelio, ofreciendo así al mundo una versión suavizada incapaz de efectuar cambio alguno.

A nivel personal, el espíritu de compromiso se aprecia aún más en nuestras relaciones sociales. Es posible que usted haya tenido oportunidades de proclamar a Cristo a los no creyentes, pero se ha quedado callado por sentirse intimidado o por falta de confianza. Quizás haya claudicado en la Palabra de Dios respecto a algún asunto ético en su trabajo o en su vecindario, y se haya convencido a sí mismo de que tal concesión era necesaria para mantener su confianza como empleado o vecino. Sin embargo, su testimonio cristiano es proclamado a través de su total devoción a la Palabra de Dios como la autoridad suprema, sean cuales sean las consecuencias. Dios atrae a los elegidos a su reino por medio de cristianos que demuestran ser diferentes del resto del mundo, que revelan su verdadera fidelidad por su devoción y obediencia a las normas de Dios.

El problema que hay en vivir de esta manera, es la oposición que encontramos en el mundo secular. R. C. Sproul, en su libro Pleasing God IComplaciendo a Diosj, describe así la presión que ejerce el mundo sobre nosotros:

> El mundo es un seductor que trata de atraer nuestra atención y nuestra devoción. Se halla tan cercano, tan visible y tan tentador, que eclipsa nuestra visión del cielo. Lo que vemos reclama nuestra atención. Atrae nuestra mirada, a menos que la dirijamos hacia un lugar mejor cuyo arquitecto y constructor es Dios. Nos agrada (por lo menos, gran parte del tiempo) y, desafortunadamente, a menudo vivimos nuestra vida para agradarlo a él. Y allí es donde surge el conflicto, porque agradar al mundo rara vez coincide con agradar a Dios.
>
> El llamado divino que recibimos es éste: «No os conforméis a este siglo» (Ro. 12:2). Pero el mundo quiere que nos asociemos con él. Se nos apremia para que participemos al máximo de él. Nos presiona grandemente por medio de nuestros compañeros de generación. ([Wheaton, III.: Tyndale House, 19881, 59)

La iglesia está ahora tan versada en cuanto a comprometerse con el inundo que ha olvidado el cómo no transigir. Es por eso que aceptamos con tanta facilidad los sistemas de valores del mundo y nos abandonamos a ellos, hasta el punto de que los personalizamos y se convierten en objetos de nuestros deseos. En pocas palabras, nuestras normas sustituyen a las de Dios.

Las Sagradas Escrituras nos exigen lo opuesto de la transigencia. Desde el principio hasta el final de la Biblia. Dios le ordena claramente a su pueblo que viva separada del mundo.

Cuando Dios estableció la nación de Israel, incorporó en la vida diaria de los israelitas el principio de la separación del mundo. Las prácticas religiosas a lo largo del año les servía de protección para impedir que se mezclaran con los paganos, por ser un pueblo único (Dt. 11:2).

Del mismo modo. Dios le pide hoy a todo su pueblo que se separe del mundo Siempre que nos sintamos tentados a comprometer nuestras convicciones, sólo necesitamos recordarnos que Dios nunca sacrifica sus verdades y principios absolutos a cambio de las conveniencias. Él siempre vive conforme a su Palabra. El Salmo 138:2 dice: «Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas.» Dios está consagrado a su Palabra y, como sus hijos. también lo deberíamos estar nosotros.

Cuando consideramos la Palabra de Dios como la máxima autoridad, eso nos abre el camino para que desarrollemos la integridad, en vez de las concesiones. El diccionario The A►nerican Heritage Dictionary (Houghton Mifflin, 1992) define a la integridad como «una firme adhesión a un estricto código moral o ético», «el estado de mantenerse incólume; solidez» o «la cualidad o condición de ser íntegro o no dividido; totalidad». Procede de la palabra integer, que significa «entero» o «completo». Esencialmente, la integridad significa ser fiel a las normas éticas de uno mismo; en nuestro caso, a las normas de Dios. Sus sinónimos son honestidad, sinceridad, incorruptibilidad. Describe a alguien sin hipocresía ni doblez, a alguien que es totalmente consistente en las convicciones que expresa. Una persona que carece de integridad (alguien que dice una cosa y hace otra) es un hipócrita.

En ninguna parte es la integridad tan decisiva como en el liderazgo de la iglesia, porque el líder espiritual debe mantener la integridad para ser un ejemplo confiable que todos puedan imitar. Pero hay muchos líderes que carecen de integridad y que son, por definición, unos hipócritas.

Nuestro Señor no tiene paciencia con estas personas. Los escribas y los fariseos fueron blanco frecuente de los acerbos ataques de Cristo a causa de su hipocresía. Él dijo de ellos: «Porque dicen, y no hacen» (Mt. 23:3). Eso es falta de integridad: seguían un conjunto de reglas, mientras mandaban a los demás que vivieran según otro. Después de pronunciar varios ayes sobre ellos, Jesús ofreció les dio esta reprensión final: «¡Serpientes, generación de víboras! ¿,Cómo escaparéis de la condenación del infierno?» (v. 33).

No obstante, Dios promete bendiciones al hombre íntegro. Cuando Salomón terminó de construir la casa del Señor, éste se le apareció y le dijo:

> « Yo he oído tu oración y tu ruego que las hecho en mi presencia. Yo he esta casa que tú has edificado, para poner ¡ni nombre en ella para siempre; y en ella estarán mis ojos v mi corazón todos los días. Ysi tú anduvieres delante de mícomo, anduvo David tu padre, en integridad de corazón v en equidad, haciendo todas las cosas que yo te he mandado, y guardando mis estatutos y mis decretos, yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como hablé a David tu padre, diciendo: No faltará varón de tu descendencia en el trono (le
>
> 1 R. 9:3-5

La conclusión es sencilla: los que mantengan una vida de integridad serán bendecidos por Dios: los que no lo hagan serán maldecidos, especialmente aquellos que ejerzan liderazgo espiritual.

La integridad es fundamental para cualquier creyente que quiera representar a Dios y a Cristo en este mundo. Todo lo que no sea una devoción completa a nuestro Señor, tanto en carácter como en conducta, equivale a comprometerse con el mundo. Un error cometido a menudo por cristianos bienintencionados es el de ir demasiado lejos en la dirección contraria: el de adherirse al código bíblico de comportamiento sin la adecuada motivación

interior. Eso también es hipocresía. El propósito de este libro es enseñar cómo cultivar la integridad teniendo una motivación correcta.

La primera parte examinará los fundamentos necesarios para desarrollar esa motivación. Eso implica el anhelo de conocer a Cristo íntimamente, una consagración a la Palabra de Dios como autoridad máxima, y el deseo de vivir una vida piadosa. Consideraremos cada uno de estos aspectos en los tres primeros capítulos.

En la segunda parte estudiaremos algunos ejemplos bíblicos de hombres piadosos cuya integridad fue probada con frecuencia. El libro de Daniel proporcionará ejemplos del Antiguo Testamento de cómo Daniel y sus tres amigos respondieron sin claudicaciones cuando fueron tentados por hombres mundanos a negar a Dios. Nuestro ejemplo del Nuevo Testamento será el apóstol Pablo. A través de todo su ministerio sufrió ataques en cuanto a su carácter, y en 2 Corintios responde a esos ataques y presenta una vida de integridad ejemplar.

La última parte le mostrará cómo puede manifestar usted una vida de integridad. Siendo que el evitar la hipocresía es tan fundamental, en el primer capítulo de esta parte veremos cómo un esfuerzo disciplinado de su parte, junto con una dependencia total de Dios, es la clave para vencer la tentación de vivir una vida de hipocresía. Los tres capítulos finales detallarán cómo puede usted cultivar activamente la integridad a través del examen de sus responsabilidades y deberes que tiene para con Dios, para con usted mismo, y para con los demás, tanto cristianos como no cristianos.

Finalmente, el propósito de este libro es que sea usted capaz de responder las siguientes preguntas, del mismo modo que lo hizo David: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo'? ¿Quién morará en tu monte santo'? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón» (Sal. 15:1, 2).

LOS FUNDAMENTOS DE LA INTEGRIDAD





CAPÍTULO 1

UN VALOR INCOMPARABLE

E1 liel espíritu del corredor olímpico escocés Eric Liddell se hizo famoso gracias a la película Carros de fuego. que ganó varios premios. Durante meses, Liddell se había entrenado para correr la carrera de los 100 metros en las Olimpiadas de París de 1924. Comentaristas deportivos de toda Gran Bretaña pronosticaron que ganaría. Pero cuando se anunció el programa, Liddell descubrió que las eliminatorias para su carrera iban a ser en domingo. Como creía que competir en el Día del Señor deshonraría a Dios, rehusó participar en la competición.

Los admiradores de Eric quedaron estupefactos. Algunos que lo habían elogiado anteriormente lo calificaron de loco. Pero él se mantuvo firme. El profesor Neil Camphell, uno de sus compañeros atletas en esa época, describe así la decisión de Liddell:

> Liddell era la última persona en hacer muchos aspavientos en cuanto a ese tipo de cosas. Simplemente dijo: «No vos, a correr en domingo» y eso fue todo. El se habría sentido iiiii v mal si alguien hubiera el asunto en ese momento. Nosotros pensamos que eso estaba perfectamente de acuerdo con su carácter, Y muchos ele los atletas quedaron impresionados, aunque no dijeran nada. Sentían que aquí había un hombre preparado para defender lo que le parecía correcto, sin tratar de imponer sus puntos de vista a los demás, y sin ser dogmático. (Sally Magnuson, The Flying Scotsman [La hala escocesa] /Nueva York: Quartet, 19811, 40)

A diferencia de la versión cinematográfica, que se toma una libertad sensacionalista con los hechos, Liddell se enteró del programa meses antes de

las Olimpiadas. También se negó a correr en las carreras de relevos de 4 x 100 y 4 x 400 metros, para las que había clasificado, porque las eliminatorias iban a tener lugar un domingo. Como era un atleta tan popular, el Comité Olímpico británico le preguntó si estaba dispuesto entonces a entrenarse para correr en los 400 metros, una carrera en la que lo había hecho bien antes, pero que nunca había considerado seriamente. Decidió entrenarse para ella y descubrió que estaba especialmente dotado para esa distancia. Su esposa, Florence, comenta así su decisión: «Eric siempre dijo que lo mejor para él había sido que, cuando mantuvo sus principios y se negó a correr en los 100 metros, descubrió que los 400 metros era realmente su carrera. De otro modo, no lo habría sabido» (Magnuson, 45).

Liddell terminó ganando la carrera de los 400 metros y, de paso, estableció un récord mundial. Dios honró su espíritu fiel. Pero, ¿qué es lo que tenía Eric Liddell que le dio la resolución de mantenerse firme en cuanto a su decisión, pese a la presión de las autoridades olímpicas y de la prensa? Los productores de Carros de fuego proporcionan, sin darse cuenta, la respuesta en una escena que dramatiza el intento de las autoridades olímpicas británicas de hacer que Liddell cambiara su propósito de no correr en los 100 metros. Después de su frustrado intento, uno de los hombres comenta: «El joven... es un auténtico hombre de principios y un verdadero atleta. Su velocidad es una mera extensión de su vida, de su fuerza. Intentamos separar su carrera de sí mismo.» A pesar de que el escritor etiqueta a Dios como una «fuerza» general, la afirmación es verdadera. La vida cristiana no puede vivirse separada de Dios. Hacer eso es comprometer la esencia de nuestro ser.

Allí es donde empieza el poder de la integridad. Sólo cuando usted y yo derivemos nuestro ser de nuestra relación con Cristo, podremos aspirar el vivir como Él vivió, el sufrir como Él sufrió, el soportar las adversidades como Él las soportó, y el morir como Él murió: todo ello, sin comprometer nuestras convicciones.

La médula de todo cristianismo es nuestra relación con Cristo. Nuestra salvación comienza con Él, nuestra santificación progresa con Él, y nuestra glorificación termina con Él. Él es la razón de nuestro ser y, por eso, Él nos es más valioso que nadie o que nada.

El apóstol Pablo sabía bien que el corazón de la vida cristiana es establecer un conocimiento íntimo de Cristo. Por eso afirmó: «Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil. 3:8). Ésa era su pasión y su «meta» (v. 14).

¿Qué eran «todas las cosas» que consideraba como pérdida? Eran las credenciales máximas de la religión que consideraba las obras como modo de salvación, a la que Pablo sirvió antes de conocer a Cristo. El había sido «circundado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos: en cuanto a la ley, fariseo: en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia: en cuanto a]ajusticia que es en la ley, irreprensible» (vv. 5, 6). De acuerdo a la sabiduría religiosa convencional de su tiempo, Pablo seguía los rituales correctos, era miembro de la raza y tribu correctas, se sujetaba a las tradiciones correctas, servía a la religión correcta con la debida y correcta medida de intensidad, y obedecía la correcta ley con santurrón celo.

Pero un día, cuando viajaba en persecución de más cristianos, Pablo se encontró con Jesucristo (Hechos 9). Pablo vio a Cristo en toda su gloria y majestad y se dio cuenta de que todo lo que consideraba de valor no valía nada. Por eso declara: «Pero cuantas cosas era para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo... y lo tengo por basura, para ganar a Cristo» (vv. 7, 8). En la mente de Pablo, sus ventajas se habían convertido en desventajas, hasta tal punto de que las consideraba basura. ¿Por qué'? Porque no eran capaces de producir lo que él creía que podían: no podían producir virtud, poder, ni perseverancia. Y tampoco podían conducirlo a la vida eterna o a la gloria. Por eso, Pablo entregó todo su tesoro religioso a cambio del tesoro de conocer a Cristo profunda e íntimamente.

Ésa es la esencia de la salvación: el cambio de algo que no tiene valor, por algo valioso. Jesús ilustró el cambio de este modo: «El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mt. 13:44-46). Esos dos hombres hallaron algo de mucho más valor que cualquier cosa que poseían.

Para ellos, la decisión fue fácil: vender todo lo que creían que tenía valor a cambio de lo que era en verdad valioso.

Eso es lo que les sucede a los que Dios escoge para traerlos a su reino. La persona que viene a Dios está dispuesta a pagar lo que Él exija, sin importar el precio. Cuando se ve confrontado con su pecado a la luz de la gloria de Cristo, cuando Dios lo libra de su ceguera, el pecador arrepentido se da cuenta de repente de que nada de lo que él apreciaba mucho, es digno de conservar si eso implica perder a Cristo.

Jesucristo es nuestro tesoro y nuestra perla. En un momento determinado de nuestra vida, descubrimos que Él era mucho más valioso que cualquier cosa que teníamos: propiedades, fama, o deseos. Todos ellos perdieron su valor al compararlos con Cristo. Por eso lo echamos todo a la basura y nos volvimos a Él como nuestro Salvador y Señor. Él se convirtió en el objeto supremo de nuestros afectos. Nuestro nuevo deseo era conocerlo, amarlo, servirlo, obedecerlo y ser como Él.

¿Es eso todavía verdad en usted? ¿Hay algo en su vida que compita con Cristo? ¿Hay algo de este mundo que capte su lealtad, devoción y amor más que Él? ¿Desea aún conocerlo con tanta intensidad como cuando le salvó? De no ser así, ha comprometido su relación con Él y está entreteniéndose con la basura del mundo. Ese es el peligro de hacer concesiones.

Si usted no tiene cuidado de preservar y proteger el tesoro de su relación con Cristo, la exuberancia y devoción de sus primeros días con Jesús puede convertirse, lenta y sutilmente, en complacencia e indiferencia. Con el tiempo, una fría ortodoxia reemplazará la obediencia amorosa, y el resultado será una vida de hipocresía que transigirá con el pecado.

Afortunadamente para nosotros, Dios nos ha dado en su Palabra los recursos necesarios para combatir nuestra tendencia al pecado, y para restaurar nuestra relación con Cristo. El apóstol Pablo nos muestra cómo hacerlo, ayudándonos a ver lo que ganamos cuando cambiamos la basura por Cristo. Tenernos los beneficios de una vida nueva y de una nueva relación.

UNA VIDA NUEVA

Cuando usted entró en el reino de Dios, fue transformado totalmente. Se convirtió en una «nueva criatura; las cosas viejas pasaron: he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). No sólo recibió algo nuevo: se convirtió en alguien nuevo. Pablo declaró: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá. 2:20).

Esta nueva naturaleza no es añadida a la vieja, sino que la sustituye: ocurre un cambio. La persona transformada es completamente nueva. En contraste con el amor anterior al mal, la nueva persona, la parte más profunda y auténtica de un cristiano, ama ahora los mandamientos de Dios, anhela satisfacer sus justas exigencias, odia el pecado, y desea fervientemente ser liberado de la carne no redimida donde aún reside el pecado. Este ya no le controla corno lo hacía antes, pero todavía le atrae tratando de que le obedezca, en vez de obedecer al Señor.

Sabiendo muy bien lo tentador que es el pecado, Pablo habló a los cristianos efesios acerca de su nueva naturaleza. Al comparar el estilo de vida del incrédulo impío con el del cristiano espiritual, trató de demostrar que una naturaleza cambiada exige un cambio de conducta. En Efesios 4:17-19, Pablo describe el impío estilo de vida anterior que todos seguíamos antes: «Ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza.» La palabra «gentiles» representa a toda la gente impía, no regenerada y pagana. Al igual que la iglesia de nuestro tiempo, las iglesias de Éfeso y de casi todas las áreas no palestinas de la época del Nuevo Testamento, estaban rodeadas de paganismo y de su inmoralidad concomitante.

Centrarse en Cristo

Pablo escribe a los creyentes que habían recaído en esa degradación:

«Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo» (Ef. 4:20). La frase «aprendido así a Cristo» es una referencia directa a la salvación. Cualquiera que hace una profesión de fe en Cristo no debería tener nada que ver con el modo de obrar del mundo, ni por participación ni por asociación. Santiago 4:4 declara: «La amistad del mundo es enemistad contra Dios»; el ¡nodo de obrar de Dios y el modo de obrar del mundo no son compatibles. Cualquier participación con el mundo es, en realidad, una concesión en su nueva vida. El puro propósito de recibir a Cristo es el de ser «salvos de esta perversa generación» (Hch. 2:40), y nadie que no se arrepienta y abandone el pecado se salva. Seguir en el pecado es rechazar a Dios, menospreciar su gracia y anular la fe.

Una de las primeras cosas que debemos aprender como cristianos es no confiar en nuestros propios criterios o instintos. Ahora tenemos la mente de Cristo (1 Co. 2:16), y su mente es la única de la que nos podemos fiar. Si somos fieles y obedientes a nuestro Señor, pensaremos como Él, actuaremos como Él, amaremos como Él y, en todo lo posible, nos conduciremos cono Él para que «ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él» (1 Ts. 5: 10).

Para demostrar la naturaleza transformadora de la regeneración, Pablo describe y define las realidades inherentes a nuestra nueva vida en Cristo. Estas no son exhortaciones, sino recordatorios de lo que ocurrió en el momento de la conversión.

Despojaos del ricjo hombre

Pablo escribe: «En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos» (Ef. 4:22). En contraste con la persona no regenerada, que resiste y rechaza a Dios continuamente, el cristiano oye el llamado a «despojarse del viejo hombre». El verbo significa «quitarse», tal como uno hace con la ropa sucia. El tiempo verbal indica que esta es una acción única y para siempre que sucede en el momento de la salvación.

El «viejo hombre» alude a los creyentes en su estado de no convertidos,

lo que Pablo describe como «viciado conforme a los deseos engañosos». La invitación del evangelio es la de abandonar ese viejo hombre en arrepentimiento del pecado, lo que incluye no sólo el pesar por el pecado, sino también una vuelta del pecado a Dios.

Vestíos del nuevo hombre

Cuando nos despojamos del viejo hombre, lo sustituimos por algo nuevo: «Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Ef. 4:23, 24). Colosenses 3 y Romanos 6 caracterizan a este cambio como una unión con Jesucristo en su muerte y en su resurrección, lo que también puede describirse como la muerte del «viejo hombre» y la resurrección del «nuevo hombre», que ahora anda en «novedad de vida». Nuestra unión con Cristo y nuestra nueva identidad demuestran claramente que la salvación es una transformación.

Nuestra salvación también significa que pensaremos de manera diferente: «Renovaos en el espíritu de vuestra mente.» La mejor traducción del infinitivo pasivo presente griego, es un modificativo del verbo principal «vestíos». Eso quiere decir que la renovación de nuestra mente es la consecuencia de dejar a un lado el viejo hombre, y el contexto del acto de vestirse del nuevo hombre.

Cuando usted se hizo cristiano, Dios renovó inicialmente su mente y le dio una capacidad espiritual y moral totalmente nueva. Esa renovación continuará durante toda su vida, a medida que obedezca la voluntad de Dios y su Palabra (cp. Ro. 12:1, 2). Este proceso no se logra de una sola vez, sino que es una obra continua del Espíritu de Dios en usted (Tit. 3:5). Sus recursos en este proceso serán siempre la Palabra de Dios y la oración. A través de ellos, obtiene la mente de Cristo (Col. 3:16).

Su nuevo hombre ha sido creado «según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Ef. 4:24). Lo que antes era oscuro es ahora iluminado, conoce la verdad, es sensible al pecado, y es puro y generoso. Si antes nos caracterizábamos por nuestra iniquidad y pecado, ahora nos caracterizamos

por nuestra «justicia y santidad». Según Pedro, somos «participantes de la naturaleza divina» (2 P. 1:4). Cada uno de nosotros tiene ahora un nuevo hombre: una persona interior, santa y justa, adecuada para la presencia de Dios. Esta es la naturaleza más auténtica del creyente.

Ser acomodadizos con esta nueva naturaleza, esta nueva creación, es la injusticia más grande que podemos hacer a Dios. Él nos salvó, nos transformó, nos ofreció una naturaleza nueva y nos renovó la mente. De este modo, la capacidad de vivir una vida de integridad es inherente a nuestra nueva naturaleza. Usted debe entender este elemento fundamental de su salvación si espera poder edificar una vida sin concesiones.

UNA NUEVA RELACIÓN

Hay otro aspecto de su salvación que es igualmente vital: su nueva relación con Jesucristo. Ésta es la relación que debe valorar por encima de todas las demás por dos razones importantes: la comunión íntima posible con su Señor y Salvador, y los maravillosos beneficios que le puede traer esa unión.

Una comunión íntima

Tal como dijimos antes en este capítulo, la meta más importante de la vida de Pablo era el «conocimiento de Cristo Jesús» (Fil. 3:8). Conocer a Cristo no es simplemente poseer un conocimiento intelectual de ÉL Pablo emplea el verbo griego ginóskó, que significa conocer «experimentalmente» o «personalmente».

Pablo enseñó a los efesios que una de las funciones de la iglesia es edificar a las personas en el «conocimiento del Hijo de Dios» (Ef. 4:13). Allí, la palabra «conocimiento» viene de epignósis, que se refiere a un conocimiento completo que es correcto y exacto. Ése es el conocimiento del que Jesús habló cuando dijo: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco» (Jn. 10:27). No estaba hablando de conocer sólo su identidad, sino de conocerlas íntimamente, y ése es el modo en que quiere que su pueblo lo conozca. El deseo de Pablo es que cada creyente desarrolle este profundo

conocimiento de Cristo, teniendo una relación con Él por medio de la oración y del fiel estudio y obediencia a la Palabra de Dios.

El comentarista F. B. Meyer describe nuestra relación con Cristo de este modo:

> Podemos conocerlo personalmente, íntimamente, cara a cara. Cristo no vive en los siglos pasados ni entre las nubes del cielo: está cerca de nosotros, con nosotros, observando nuestro andar y nuestro acostar, y sabiendo todo lo que hacemos. Pero no podemos conocerlo en esta vida mortal sino a través de la iluminación y la enseñanza del Espíritu Santo... Debemos, ciertamente, conocer a Cristo, no como a un extraño que se presenta a visitarnos una noche, ni como al ensalzado Rey de los hombres: debe haber un conocimiento íntimo de Él, como el de aquéllos a los que cuenta entre sus íntimos amigos, a quienes confía sus secretos y quienes comen su pan con Él (Sal. 41:9).
>
> Conocer a Cristo en la furia de la batalla: conocerlo en el valle de sombras: conocerlo cuando la luz del sol nos ilumina el rostro o cuando se halla ensombrecido por la desilusión y la tristeza; conocer la dulzura de su trato con la caña cascada y el pábilo que humea; conocer la ternura de su compasión y la fuerza de su mano derecha: todo esto implica muchas variedades de experiencias por nuestra parte, pero todas ellas, como las facetas de un diamante, reflejarán la belleza prismática de su gloria desde un ángulo nuevo. (The Epistle to the Philippians IGrand Rapids, Michigan: Baker, 1952, 162-631)

Eso es lo que significa conocer a Cristo íntimamente. Crecer en este profundo conocimiento de Cristo es un proceso que dura toda la vida y que no completaremos hasta que veamos a nuestro Señor cara a cara.

Una unión provechosa

Además de la relación personal que tenemos con Cristo, los que hemos confiado en Él para nuestra salvación recibimos otros beneficios.

LA JUSTICIA DE CRISTO. Pablo deseaba «ser hallado en él, no

teniendo mi propia justicia, que es por la ley. sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (Fil. 3:9). Conocer a Cristo es tener su justicia, su santidad y su virtud imputada a nosotros, lo que nos hace justos delante de Dios.

A lo largo de toda su vida pasada, Pablo había tratado de obtener su salvación por medio de una firme obediencia a la ley. Pero cuando se vio confrontado con la maravillosa realidad de Cristo estuvo listo a entregar toda su justicia propia, su moralidad exterior, sus buenas obras y sus rituales religiosos a cambio de la justicia que era suya a través de la fe en Jesucristo. Pablo estuvo dispuesto a perder el frágil y desteñido manto de su reputación, para ganar el espléndido e incorruptible manto de rectitud de Cristo. Éste es el mayor de los beneficios porque asegura nuestra posición ante Dios. Es el regalo de Dios al pecador, apropiado por fe en la obra perfecta de Cristo, que satisface la justicia de Dios.

EL PODER DE CRISTO. Aunque el tener la justicia de Cristo nos libra de la pena del pecado, todavía estamos sujetos al control del pecado. Afortunadamente, tenemos el poder de Cristo a nuestra disposición para derrotar cada día al pecado. Si hay alguna duda de que su poder no sea suficientemente grande, Pablo dice que es «el poder de su resurrección» (Fil. 3:10).

La resurrección de Cristo demostró del modo más gráfico la magnitud de su poder. Al levantarse de entre los muertos probó su autoridad y control tanto sobre el mundo físico como sobre el espiritual. Ése es el tipo de poder que Pablo quería experimentar, porque se dio cuenta de que era impotente para vencer al pecado por sí mismo. Su fariseísmo no le ganó más que la conciencia de su incapacidad de enfrentarse con éxito al pecado.

El poder de la resurrección de Cristo se ocupa del pecado de dos maneras. En primer lugar, como dijimos antes, experimentamos el poder de su resurrección en el momento de la salvación. Fuimos sepultados con Cristo en su muerte, y nos levantamos con Él para andar «en vida nueva» (Ro. 6:4). Pero, para derrotar al pecado cada día, necesitamos que el poder de su resurrección sea nuestro recurso. Necesitamos su fuerza para servirle

fielmente, para derrotar la tentación, vencer las pruebas y testificar con osadía. Queremos experimentar el poder de Cristo hasta este punto: Él «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Ef. 3:20). Sólo acrecentando nuestra relación con Cristo y valiéndonos de su poder, podremos tener la victoria sobre el pecado en esta vida. Ésa es la única manera como podemos desarrollar una vida de integridad.

COMPAÑERISMO CON CRISTO. Aunque el poder de Cristo es nuestro recurso en la permanente batalla que tenemos contra el pecado, tenemos otro problema: el sufrimiento que es parte inevitable de la vida. Porque vivimos en un mundo lleno de dolor y sufrimiento, cada uno de nosotros experimentará aflicciones de uno u otro grado. La pregunta es: ¿A dónde podemos acudir cuando necesitemos consuelo'? Pablo dice que la respuesta está en nuestra relación con Cristo porque podemos experimentar «la participación de sus padecimientos. llegando a ser semejante a él en su muerte» (Fil. 3:10).

Cuando sufrimos, Cristo está con nosotros para consolarnos en nuestra aflicción. Pablo dijo a los corintios: «Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación» (2 Co. 1:5). El grado hasta el cual Él ya ha experimentado el mismo sufrimiento, y aún más, es la razón por la que Él puede consolarnos. Él fue rechazado por su propio pueblo, despreciado por los líderes religiosos, escarnecido por los soldados romanos y crucificado por los tres. Sin embargo, lo soportó todo sin pecar. Nunca transigió por una sola vez en cuanto a la ley de Dios o al plan de salvación de Dios tratando de aliviar sus sufrimientos.

La verdadera prueba de nuestro carácter es nuestra respuesta a los momentos más duros de sufrimiento y persecución. Cuando el sufrimiento se hace demasiado intenso, lo fácil es enojarse y echarle la culpa a Dios. Cuando la persecución se hace demasiado dura, lo fácil es transigir en cuanto a la fe. Reaccionar de cualquiera de estas formas le hará perder a usted el más rico compañerismo que está a su alcance. Es así porque los momentos más profundos de compañerismo con el Cristo vivo son el resultado directo del

sufrimiento intenso. El sufrimiento siempre nos lleva a Cristo porque en Él encontramos a nuestro misericordioso sumo sacerdote que se compadece «de nuestras debilidades» (He. 4:15) y que «padeció siendo tentado, [y que] es poderoso para socorrer a los que son tentados» (2:18). Usted tiene que ver sus aflicciones como oportunidades de ser bendecido, al hallar consuelo en su compañerismo.

LA GLORIA DE CRISTO. El último beneficio de esta nueva relación con Cristo es uno que está en el futuro. La esperanza de Pablo es llegar a «la resurrección de entre los muertos» Ésa es la referencia de Pablo al rapto de la iglesia, al día en que Cristo regresará por su pueblo y que seremos transformados para, finalmente, experimentar nuestra libertad de la presencia del pecado. Ansiamos ese día porque «nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (vv. 20,21).

Ése es el acontecimiento que todos nosotros anhelamos. Ese día tendremos conciencia de la perfección de nuestra salvación. Hasta entonces, viviremos en este mundo con el conocimiento particular de que nuestro hogar está en el cielo. Eso nos ayuda a vivir en el presente porque «todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» El mejor modo de mantener la integridad y evitar la claudicación es enfocar la mirada en Cristo. Permítale a Él libre acceso para que pueda gobernar y guiar su vida a través de las tormentas más duras de este mundo.



CAPÍTULO 2

LA INTEGRIDAD DOCTRINAL

El viejo refrán dice: «Todo hombre tiene su precio». ¿Es eso verdad? ¿Tenemos todos nosotros normas morales que son válidas sólo mientras convienen a nuestros objetivos y deseos personales? ¿0 estamos dispuestos a poner a un lado nuestros deseos en favor de esas normas que afirmamos creer?

La historia de la iglesia abunda en personas que se negaron a transigir en cuanto a las normas bíblicas. Mientras se hallaba de pie ante la Dieta de Worms y se le ordenaba que se retractara de sus escritos si no quería perder su vida, Martín Lutero no negó a Cristo. Hugo Latimer y Nicolás Ridley, dos reformadores ingleses, fueron quemados en la hoguera por su fe en Cristo. Esos hombres representan a la gente que no puede comprarse; ningún precio les hará venderse.

EL COSTO DE HACER CONCESIONES

Hay una gran falta en la iglesia hoy de hombres que se aferren a sus convicciones. Muchos que se llaman cristianos se ufanan de sus normas morales y alaban su recto carácter, pero abandonan sus convicciones cuando hacer concesiones resulta más beneficioso y oportuno. Quizás usted reconozca alguna de las situaciones siguientes:

que dicen creer en la Biblia, pero asisten a iglesias en donde no se enseña la Biblia.

que están de acuerdo en que el pecado debe castigarse, pero no si esos pecados son cometidos por sus hijos.

que se oponen a la deshonestidad y a la corrupción hasta que deben confrontar a sus jefes y arriesgarse a perder su empleo.

que mantienen altas normas morales hasta que relaciones contrarias a la Palabra de Dios encienden sus deseos.

que son honestas hasta que un pequeño acto de deshonestidad les ahorrará dinero.

que mantienen una convicción sólo hasta que ésta es desafiada por alguien a quien admiran o temen

Lamentablemente, estas concesiones no son excepciones, sino que se han convertido en la regla. Pero no piense que los cristianos del siglo veinte son los únicos expertos en el arte de hacer concesiones. Las Escrituras están llenas de personas que comprometieron sus convicciones, entre ellas algunos grandes servidores de Dios.

comprometió la ley de Dios, pecó al igual que su esposa y perdió el paraíso (Gn. 3:6, 22-24).

comprometió la verdad, mintió acerca de su relación con Sara y casi perdió su esposa (Gn. 12:10-12).

comprometió la Palabra de Dios y envió a Abraham a Agar, quien concibió a Ismael y destruyó la paz en el Oriente Medio (Gn. 16:1-4, 11-12).

comprometió la orden de Dios y perdió el privilegio de entrar en la tierra prometida (Nm. 20:7-12).

comprometió su devoción como nazareo y perdió su fuerza, su vista y su vida (Jue. 16:4-6, 16-31).

comprometió las órdenes del Señor, vivió en pecado y, cuando peleó contra os filisteos perdió el arca de Dios También comprometió la ley de Dios con su pecado e idolatría y perdió su patria (2 Cr. 36:14-17).

comprometió la palabra divina de Dios al no matar a los animales de su enemigo y perdió su reino

comprometió las normas de Dios, cometió adulterio con Betsabé, asesinó a Urías y perdió a su bebé

comprometió sus convicciones, se casó con mujeres extranjeras y perdió el reino unido

comprometió por treinta monedas de plata su supuesta devoción a Cristo y fue separado de Él por toda la eternidad (Mt. 26:20-25, 47-49; 27:1-5; cp. Jn. 17:12).

comprometió su convicción acerca de Cristo, lo negó y perdió su gozo (Mr. 14:66-72). Un tiempo después, comprometió la verdad con el objeto de ser aprobado por los judaizantes y perdió su libertad

y Safira comprometieron su palabra sobre su ofrenda, le mintieron al Espíritu Santo y perdieron sus vidas

Estos ejemplos me traen a la mente dos observaciones. En primer lugar, en cada caso el efecto de la concesión fue perder algo valioso a cambio de algo temporal y que no satisface, de un deseo pecaminoso. ¡Qué contrario es eso a lo que descubrimos en el primer capítulo! Allí aprendimos que uno gana algo valioso (nuestra salvación y relación con Cristo) a cambio de algo sin valor (nuestro pecado y fariseísmo).

En segundo lugar, nótese lo que se comprometió en cada uno de esos ejemplos: o la Palabra de Dios, un mandamiento divino, o una convicción acerca de Dios. Así, el verdadero precio de la concesión es un rechazo de la Palabra de Dios, lo que viene a ser un acto de rebelión en contra suya y la elevación de uno mismo como la autoridad final.

Ésa es la situación actual en muchas iglesias. Incluso en las que antes eran genuinamente evangélicas, donde la Biblia era la norma divina en cuanto a la creencia y al estilo de vida, la Palabra de Dios se halla ahora comprometida. A veces se le quita su claro significado o es relegada a un

lugar de autoridad secundaria. En muchas iglesias que antes predicaban la sana doctrina, se consideran ahora aceptables males que Dios condena de plano una y otra vez. Las Escrituras son a menudo reinterpretadas para acomodarlas a estos conceptos antibíblicos. El pragmatismo está de moda; la obediencia a la verdad bíblica es menospreciada por ser considerada una pobre estrategia de mercadotecnia.

El hecho es que la gente se satisface con nociones no bíblicas que elevan su nivel de comodidad, y justifican o ignoran sus pecados. Se apresuran a acusar de falta de amor a cualquiera que pretenda hacerlos responsables de sostener creencias doctrinales y normas morales que ellos consideran anticuadas e irrelevantes.

Actualmente la iglesia está llena de bebés espirituales «llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» la antítesis de un cristiano maduro espiritualmente. Los bebés espirituales están en constante peligro de ser presa de toda nueva moda religiosa que aparezca. Como no están anclados en la verdad divina, están sujetos a todo tipo de verdad falsa: humanística, cultista, pagana, demoníaca, o la que sea. Del mismo modo que las familias de hoy están dominadas por sus hijos, también lo están muchas iglesias. ¡Qué tragedia tan grande es que creyentes inmaduros de la iglesia estén entre sus maestros y líderes influyentes!

PROTEGER LA VERDAD

¿Dónde reside el problema? Sin duda alguna, la culpa se halla fundamentalmente en los líderes: en los pastores y los dirigentes laicos cuya responsabilidad es enseñar, guiar y proteger al pueblo de Dios. Como bien advirtió Pablo a los ancianos de Efeso: «Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño; y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos» Los falsos maestros son inevitables, y debería ser la responsabilidad de los líderes estar a su acecho.

Pero también hay un sentido en que el pueblo debe compartir parte de la

culpa. La Palabra de Dios también está a su alcance, y por eso no pueden seguir ciegamente su liderazgo espiritual. Los que han sido edificados y fortalecidos en la Palabra de Dios son capaces de discernir la verdad del error, por lo que tienen el deber, por su propio bienestar espiritual, de asegurarse de que sus dirigentes estén a la altura de la norma de las Escrituras.

Todos los creyentes deben actuar como guardianes de la verdad. Cuando Pablo se refirió al privilegio de la identidad de Israel, dijo: «¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios» (Ro. 3:1. 2). El principal regalo de Dios a Israel fue su Palabra. La iglesia se halla en la misma posición, porque Él nos ha confiado el depósito y la comunicación de su verdad.

Unidad e integridad doctrinal

Antes de que la iglesia pueda cumplir con el ideal de Dios en cuanto a ella en este mundo, todos los creyentes deben consagrarse a la integridad doctrinal. El apóstol Pablo lo corroboró cuando dijo que uno de los papeles del pastor-maestro es «la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos a la unidad de la fe» (Ef. 4:12, 13). Por «fe» Pablo no se refiere al acto de creer o al de la obediencia. sino al cuerpo de la verdad cristiana: la doctrina cristiana. La fe es el contenido del evangelio en su forma más completa.

En los últimos años se ha hecho mucho en cuanto a la necesidad de unificar a la iglesia, y el resultado que hemos visto dentro de los círculos evangélicos es la inclusión de todo tipo de religiones y sectas. Pero ésa no es la unidad que Dios desea para su iglesia. La unidad de la fe es imposible, a menos que sea erigida sobre la verdad establecida y reconocida. Jesús oró, diciendo: «Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad... Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que todos sean uno» (Jn. 17:17-21, énfasis del autor). La unidad sólo es posible si es el resultado de la santificación de los

creyentes en la verdad. El compañerismo que abandona o menosprecia las doctrinas cruciales de la le no es unidad cristiana: es una concesión impía. (Para una discusión completa de este tema, véase mi libro Re(-kles.s faitl► (Una fe temeraria] Wheaton, III.: Crossway Books, 19941.)

La verdad de Dios no está fragmentada ni dividida contra sí misma. Pero cuando su pueblo lo está, están viviendo apartados de su verdad y de la fe del conocimiento y entendimiento correctos. Sólo una iglesia equipada bíblicamente, sirviendo con fidelidad y espiritualmente madura puede alcanzar la unidad de la fe. Cualquier otra unidad existirá sólo a un nivel puramente humano y estará separada de la unidad de la fe, así como en constante conflicto con ella. En la iglesia no puede haber unidad si no hay integridad doctrinal.

Depositarios de la verdad

Hoy la iglesia existe en un mundo profetizado por el apóstol Pablo, quien dijo a Timoteo: «Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina» (2 Ti. 4:3). A través de la historia, la iglesia verdadera ha permanecido fiel a la verdad en medio de las persecuciones de afuera y de las enseñanzas falsas de adentro. Hemos recibido ese legado de aquellos que han partido antes que nosotros. Nuestro único medio de contrarrestar la tendencia actual de la claudicación doctrinal es el esfuerzo renovado de ser depositarios de la verdad, y de proclamarla y transmitirla sin adulteración a la generación inmediata de creyentes.

Al igual que la iglesia de hoy, los creyentes de Éfeso del primer siglo se enfrentaron a la tentación de comprometer la verdad de la Palabra de Dios. Éfeso era una ciudad fervientemente pagana, y el lugar del templo de la diosa Diana (Artemis), una de las siete maravillas del mundo antiguo. Tras ministrar allí por tres años, Pablo conocía muy bien las presiones y tentaciones de comprometer o abandonar la verdad. Sus cartas a Timoteo, que estaba sirviendo como pastor en la iglesia de Éfeso, están llenas de exhortaciones a vivir, proclamar y defender la verdad.

En uno de esos pasajes de exhortación, Pablo establece la misión de la

iglesia con la siguiente imagen: la iglesia es «columna y baluarte de la verdad» (1 Ti. 3:15). Pablo tomó prestada esa imagen de las columnas del templo de Diana: de todas las 127. Del mismo modo que esos pilares aguantaban el enorme tejado del templo, la iglesia es el fundamento y la columna que sostiene a la verdad. Así como el fundamento y los pilares del templo de Diana eran un testimonio del error de la falsa religión pagana, la iglesia ha de ser un testimonio de la verdad de Dios. Ésa es la misión de la iglesia en el mundo.

Toda iglesia tiene la solemne responsabilidad de mantener con firmeza la verdad de la Palabra de Dios. La iglesia no inventa la verdad, y la altera sólo al precio del juicio divino. Dios ha confiado a la iglesia la mayordomía de las Escrituras, y su deber es mantener y preservar la Palabra como la posesión más preciosa sobre la tierra. Las iglesias que alteran, falsean, menosprecian o abandonan la verdad bíblica destruyen su única razón de existir y experimentan la impotencia y el juicio divino.

Cómo preservar la ►'erdud

Aunque mantener la Palabra de Dios es la responsabilidad colectiva de toda iglesia local, eso no puede ocurrir a menos que cada creyente individual se consagre a ese deber. Hay varios nodos de hacerlo.

Creerla. Pablo dio el siguiente testimonio ante Félix, el gobernador romano de Judea: «Así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas» (Hch. 24:14). Su creencia en la Palabra de Dios se extendía al Nuevo Testamento. A los corintios les escribió, diciendo: «Nosotros también creernos, por lo cual también hablamos» (2 Co. 4:13). Las muchas exhortaciones a oír la Palabra también se refieren a oír con fe. Jesús dijo: «El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn. 5:24). Usted no puede mantener la Palabra si no la oye y no la cree.

Memorizarla. El salmista escribió: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» No hasta con oír la Palabra: hay que

guardarla en la nmenmoria. Sólo entonces estaremos «siempre preparados para presentar defensa... ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 P. 3:15).

Meditarla. Josué 1:8 dice: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito: porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.» El salmista también profesa: «iOh, cuánto amo tu ley! Todo el día es ella ni] meditación» (Sal. 119:97).

Estudiarla. Pablo instó a Tiroteo: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Ti. 2:15).

Obedecerla. Jesús dijo: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan» (Lc.1 1:28). y «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (Jn. 8:31). De poco sirve oír la Palabra, memorizarla, meditar en ella y estudiarla, si usted no la obedece.

Defenderla. Pablo dijo a los filipenses que había sido «puesto para la defensa del evangelio» (Fil. 1:17). La verdad siempre será atacada, y usted debe estar listo para defenderla con gran vigor. Es por eso que Judas dijo: «Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» La expresión griega traducida como "contendáis ardientemente" es epag6niz6. Incluye la palabra griega ag6n, de la que procede la palabra castellana agonía. Ag6n se refería, en un principio, a un estadio. Cuando entramos en el estadio para involucrarnos en una guerra espiritual, tenemos que batallar por la pureza de la fe.

Vivirla. Pablo le recordó a Tito que los creyentes «en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador» Tener la mente controlada por la Palabra de Dios produce un comportamiento piadoso (Col. 3:16).

Proclamarla. En obediencia al mandato de nuestro Señor, debemos ir y hacer «discípulos a todas las naciones. bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mt. 28:19, 20). Pablo encargó a Timoteo: «Que prediques la

palabra: que instes a tiempo y fuera de tiempo: redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Ti. 4:2). El apóstol escribió a Tito que Dios «a su debido tiempo manifestó su palabra por medio de la predicación que nme fue encomendada por mandato de Dios nuestro Salvador» (Tit. 1:3). «Predicación» es la traducción de kérugma, que se refería al mensaje que transmitía un heraldo en nombre del gobernante o de las autoridades de la ciudad a los que servía. En el Nuevo Testamento, este término se usa siempre para la proclamación pública de la Palabra de Dios, que lleva a los hombres a la fe salvadora, que los desarrolla en la verdad divina, y que los fortalece para tener una vida piadosa.

¡Qué privilegio el nuestro de defender la verdad que nos ha sido dada por nuestro Señor! Que cada uno de nosotros seamos fieles cada día a ese deber, y que en este proceso de defender la integridad de la Palabra de Dios, demostremos también nuestra propia integridad.

PROCLAMAR LA VERDAD

La esencia de la proclamación

La Palabra de Dios es una inmensa e inagotable mina de verdades espirituales. De todas esas verdades, ¿cuál es la más importante a ser defendida y proclamada por la iglesia? Pablo nos ofrece la respuesta en 1 Timoteo 3:16: «Dios fue manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles. predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria.» El mensaje que predicamos no es otro que Jesucristo; Él es el centro de lo que enseñamos y predicamos.

No es raro hoy día oír a pastores y maestros evangélicos afirmar que el sencillo evangelio bíblico no es pertinente al hombre moderno. Dicen que debe ser reforzado y adornado con diversas adaptaciones culturales para hacerlo más atractivo y aceptable. ¡Qué atrevimiento es pensar que un imperfecto y pecaminoso ser humano pueda mejorar el mismísimo mensaje de Dios para traer los hombres a Él! Cuando el evangelio es predicado con claridad a hombres y mujeres pecadores, el Espíritu Santo regenerará, en algún nmonmento, a aquéllos a quienes Dios ha elegido, y éstos creerán y

disfrutarán del beneficio completo de su elección.

El apóstol Pablo sabía que la fe salvadora que había sido llamado a predicar, nunca podría ser producida o mejorada por su propia sabiduría, inteligencia o persuasión. A la mundana iglesia de Corinto le escribió:

> Nosotros predicamos a Cristo cvucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, r para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos eonio ~~rie~~os. Cristo poder de Dios, Ysabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es Huís sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más ,fuerte que los que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaras el testimonio de Dios, no fui con e.rcelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, V a éste crucificado.

La sencilla, pero infinitamente poderosa verdad del evangelio de «Jesucristo, y a éste crucificado» nunca dejará de suscitar fe salvadora, a su debido momento, en aquellos que han sido elegidos por Dios.

La única fuente de esta verdad monumental, el único mensaje verdadero acerca de Dios, está manifestado en su Palabra ¿Cómo podría cualquier pastor o maestro que llame a Cristo su Señor y Salvador, proclamar otra cosa que no sea la Palabra de Dios? Toda verdad que necesitemos para evangelizar se encuentra en su Palabra: ella es la única simiente que da vida eterna Cualquier verdad que necesitemos para edificar a los creyentes está en su Palabra Esas verdades absolutas, y todas las demás que tienen que ver con la vida espiritual, no se hallan sino allí.

Lealtad en el liderazgo

Si bien lo que sigue es responsabilidad de todos los cristianos, tiene implicaciones especiales para los que son o piensan convertirse en pastores, diáconos o ancianos de la iglesia. La base de toda enseñanza efectiva de la Palabra de Dios es su comprensión de esa revelación y su obediencia a ésta. Por tanto, usted debe ser inquebrantablemente fiel a las Escrituras.

Pablo le escribió a Tito diciéndole que fuera «retenedor de la palabra fiel

tal como ha sido enseñada» (Tit. 1:9). «Retener» significa «aferrarse o adherirse firmemente a algo o a alguien.» Por tanto, usted debe aferrarse a la Palabra con ferviente devoción y constante solicitud. En una palabra. debe amarla: ella es su alimento espiritual. Usted debe estar «nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina» Eso implica dedicación a la autoridad y suficiencia de la Palabra de Dios como la única fuente de verdad moral y espiritual.

El liderazgo en la iglesia no se logra por las capacidades naturales de una persona, ni por su educación, sentido común o sabiduría humana. Se logra por su conocimiento y comprensión de la Biblia, su consagración a ella y su sumisión al Espíritu Santo, que aplica las verdades de la Palabra de Dios en su corazón y en su vida. El hombre que no se aferra a la Palabra de Dios y que no se consagra a vivirla, no está preparado para predicarla ni enseñarla. La verdad de la Palabra de Dios debe ser parte intrínseca de su manera de pensar y de vivir. Sólo entonces el poder de la integridad del líder causará un impacto en aquellos que ministra.

Quienes pecan de deslealtad a las Escrituras, son en gran parte responsables de la predicación y enseñanza superficial y egocéntrica que está presente hoy en muchas iglesias evangélicas. Esa falta es la verdadera culpable que ha llevado a tantos a convertirse a lo que consideran importante y, por tanto, a predicar una psicología indulgente o un evangelio insípido.

Pero el pastor fiel, CO() mEsdras, tiene «preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos» (Esd. 7:10). Sabe que la Biblia no es un recurso para establecer la verdad, sino la fuente de verdad divinamente revelada. No es un texto complementario, sino el único texto. Sus verdades no son opcionales, sino obligatorias. El propósito del pastor no es hacer las Escrituras relevantes a su gente, sino capacitarles para que entiendan la doctrina, que llega a ser el fundamento de su vida espiritual.

VIVIR LA VERDAD

No se puede vivir una vida efectiva sin una sólida comprensión de la

doctrina cristiana. Por eso el apóstol Pablo, en Tito 1: 1. conecta «el conocimiento de la verdad» con «la piedad». Más adelante, en la misma epístola, Pablo dice: «La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» (2:11. 12).

La verdad divina y la piedad están íntimamente relacionadas. Por muy sinceras que sean nuestras intenciones, no podemos obedecer la voluntad de Dios si no sabemos cuál es. No podemos ser piadosos si no sabemos cómo es Dios y lo que Él espera de los que le pertenecen. La verdad de Dios produce piedad. El comentarista D. Edmond Hiebert escribe: «Hay una conexión íntima entre la verdad y la piedad. Una posesión vital de la verdad es inconsistente con la irreverencia... La auténtica verdad nunca se desvía de la senda de la piedad. Una profesión de verdad que permite que un individuo viva en la impiedad, es una profesión falsa» (Tifus an(l Philenrun (Tito y Filemón1 (Chicago: Moody Press, 19571. 21).

En su libro Plensing God (Cómo agradar a Dios), el teólogo R.C. Sproul explica lo importante que es una sana doctrina para una vida piadosa:

Debemos rechazar la falsa dicotomía entre doctrina y vida. Podemos tener una doctrina sana sin una vida santa. Pero es extremadamente difícil avanzar en la santificación sin una doctrina sana. La sana doctrina no es una condición suficiente para producir una vida piadosa. No produce santificación de manera automática. La sana doctrina es una condición necesaria para la santificación. Es un prerrequisito fundamental. Es como el oxígeno y el fuego. La mera presencia de oxígeno no garantiza el fuego, pero no se puede tener fuego sin oxígeno. ([Wheaton, III.: Tyndale House, 1988], 217)

Sólo los que se aferran a la Palabra de Dios como su única fuente de autoridad y conducta, pueden tener una vida sin concesiones. En el siguiente capítulo examinaremos cómo puede usted progresar en la santificación con la Palabra de Dios como su guía.



CAPÍTULO 3

EN BUSCA DE LA SANTIDAD

J. C. Ryle, el renombrado y piadoso obispo y comentarista anglicano de la Inglaterra del siglo diecinueve, escribió un libro de bosquejos biográficos acerca del ministerio de grandes líderes cristianos británicos, tales como Jorge Whitefield, Juan Wesley y Daniel Rowlands. Al comienzo de su compilación. Ryle ofrece esta reveladora perspectiva general:

> Ellos enseñaron siempre la inseparable conexión que hay entre la fe verdadera y la santidad personal. Nunca permitieron, ni por un instante, que el ser miembro de una iglesia o hacer una profesión religiosa fuera prueba de que alguien era un cristiano auténtico si llevaba una vida impía. Sostenían que un cristiano verdadero siempre debe ser conocido por sus frutos, y esos frutos deben ser claramente manifiestos e inconfundibles en todos los aspectos de su vida. «Si no hay frutos, no hay gracia» era la nota invariable de su predicación. (Christian Leadeis of the Eighteenth Centurv, [Líderes cristianos del siglo 191 [Edinburgh: Banner of Truth. reimpresión de 19781, 28)

Actualmente, hay una gran necesidad de esa misma perspectiva. En vez de eso, muchos creyentes declarados modernos piensan que el manifestar el fruto espiritual es opcional: que no es un producto necesario y natural de la verdadera salvación. El apóstol Pablo lo veía de modo diferente. En Romanos 7:4, afirma: «Vosotros... habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.»

La santidad y el llevar fruto espiritual son tan importantes para los

creyentes que Pablo oraba con frecuencia para que sus convertidos crecieran en piedad y madurez cristiana. El progreso constante en la santificación es crucial. Sin éste, es imposible tener una vida de integridad. Su deseo de vivir piadosamente significará la diferencia entre su susceptibilidad a comprometerse y su capacidad de mantenerse firme.

EL PROGRESO EN LA SANTIDAD

En Filipenses 1:9-11, Pablo ora por el progreso espiritual de su pueblo. Como fiel pastor, le preocupaba que los creyentes de la iglesia de Filipos y de todas los demás persiguieran cinco fundamentos de la vida piadosa: amor, excelencia, integridad, obras buenas y la gloria de Dios. Cada una de estas cualidades es secuencial: cada virtud establece la base para la siguiente y ayuda a producirla.

En busca del amor

Pablo oraba que el amor de los filipenses abundara «aun más y más en ciencia yen todo conocimiento» (v. 9). Podemos deducir varias características básicas, pero profundas, del amor.

divino. En primer lugar, sabemos que el apóstol se está refiriendo al amor divino: de otro modo, no pediría a Dios que lo diera y aumentara a los cristianos de Filipos. La Biblia aclara que el origen del amor se halla en Dios: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Ro. 5:5). «Nosotros le amamos porque él nos amó primero» (1 Jn. 4:19, La Biblia de Estudio Dios Habla Hoy, Sociedades Bíblicas Unidas).

Amo defacto. En segundo lugar, el amor de que habla Pablo es un amor de facto (descrito por el término latino que significa «en realidad» o «que ya existe»). Todo creyente recibe el amor de Dios cuando es salvado. Pablo quiere que todos los cristianos expresen más plenamente el amor que ya poseen.

Amor decidido. En tercer lugar, Pablo ora por un amor decidido: el tipo de amor indicado directamente por la palabra griega agapé, que se emplea en

Filipenses 1:9. Agape es la expresión más elevada y noble de amor mencionada en el Nuevo Testamento. Es el amor determinado por la voluntad, y no depende de los criterios comunes del mundo en cuanto al amor, tales como el atractivo, las emociones. o el sentimentalismo.

Ésta es un área en la que los creyentes comprometen fácilmente las normas de Dios. Siguen ciegamente la exigencia del mundo de que un amante tenga sentimientos positivos por la amada. Pero ese amor está basado en el impulso, no en la voluntad. El amor impulsivo caracteriza al marido que anuncia a su esposa que está planeando divorciarse de ella. Su razonamiento es: «No puedo evitarlo. Me he enamorado de otra mujer.»

El amor impulsivo es completamente contrario al amor decidido de Dios, que es decidido porque Él está en control y tiene un propósito en mente. Juan 3:16 no es una revelación de la pérdida de control de las emociones por parte de Dios. Él no nos amó porque fuéramos tan irresistibles: no había nada atractivo en nosotros, siendo pecadores; Él eligió amarnos sacrificialmente (Jn. 15:13). Cuando usted comienza a desarrollar una actitud de sacrificio, buscará activamente a otras personas y suplirá sus necesidades sin hacer distinciones mundanas en cuanto a sus méritos.

El amor dinámico. Todos los creyentes deben tener un amor dinámico. El amor de los filipenses ya estaba creciendo, pero Pablo quería que aumentara. que abundara «aun más y más» (Fil. 1:9). El amor que es parte de una vida cristiana genuina, de una vida que progresa en santidad, será en esencia dinámico. Si somos serios respecto a madurar en nuestro andar con Cristo, nunca nos contentaremos con una clase estática de amor, ni con el statu quo, en ninguna fase de nuestra vida. Así es como se empieza a desarrollar una vida de integridad: elevando nuestras normas y dejando de aceptar el statu quo.

Nuestro Señor nunca lo hizo. Él lijó la norma en cuanto al amor dinámico. Efesios 4:32 dice: «Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» El mayor ejemplo de ese versículo es el amor humilde y sacrificial que Cristo modeló para sus discípulos cuando les lavó los pies. Ésa debiera

ser nuestra motivación para seguir su ejemplo de servicio, haciendo que nuestro amor sea cada vez mayor y buscando las maneras de ministrarnos los unos a los otros

Amor profundo. El quinto aspecto que Pablo demandó en cuanto al amor de los filipenses, es que fuera profundo y que estuviera basado «en todo conocimiento.» El amor de Dios está regulado por el conocimiento de su Palabra, lo que significa que estará anclando profundamente en convicciones basadas en la verdad. Pedro nos exhorta así: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro» Cuando obedecemos la verdad divina y nos dejamos controlar por ella, podemos amar al máximo.

Amor di.tirerniclor Finalmente, Pablo ora que el amor de los cristianos se caracterice por el discernimiento ("que aprobéis lo mejor"). Un amor discernidor tendrá percepción moral, penetración, y una aplicación práctica del profundo conocimiento al que Pablo acaba de referirse. El amor discernidor ciertamente no seguirá el adagio popular de que «el amor es ciego.» Por el contrario, se esforzará por distinguir lo correcto de lo incorrecto, lo verdadero de lo falso, y por aplicar correctamente la verdad en los momentos apropiados de la vida.

Los que descuidan el discernimiento se convierten a menudo en víctimas de enseñanzas falsas, de causas fraudulentas y de prácticas no bíblicas dentro y fuera de la iglesia, arrastrando muchas veces en estos errores a otras personas que han recibido una enseñanza pobre. Mucho de eso podría evitarse si todos los creyentes buscaran un amor que estuviera regulado por una investigación cuidadosa de la verdad de Dios, de su Palabra, y un apego sensible a ella. Los que aman con discernimiento no sólo conservan su propia integridad, sino que también protegen la integridad de la iglesia.

En hrrsru de lu c.rrclenriu

Todos los creyentes que son controlados por el amor divino, querrán también buscar y aprobar lo que es excelente. Por eso, Pablo continuó su

oración a los filipenses con estas palabras: «Para que aprobéis lo mejor» (Fil. 1:10).

La palabra "mejor" que aparece aquí, proviene de un término griego que significa literalmente "diferir". Aquí Pablo va más allá de la capacidad de discernir entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. Ahora está preocupado de que los creyentes sean capaces de distinguir entre lo mejor y lo superior ("lo mejor"), algo que pocos cristianos declarados parecen poder hacer hoy en día. El escoger sabiamente la mejor de las alternativas de entre las que son simplemente buenas, nos permite establecer prioridades y concentrar nuestro tiempo y energías en lo que es realmente importante.

Si queremos escoger inteligentemente entre lo bueno y lo mejor, y hacer esa elección con integridad, tenemos que pensar. Es un imperativo que respondamos cuidadosamente con nuestra mente y no de modo impulsivo, según nuestras emociones o estado de ánimo. Sin embargo, me temo que muchas personas de la iglesia no están respondiendo hoy con cuidado y reflexión. El autor y conferencista cristiano John Armstrong analiza bien la situación:

> Oímos a populares autores y predicadores cristianos exhortar a la gente a pensar menos y a sentir más. Lo que está de moda es la experiencia, no el pensamiento. La persona que piensa, y que razona lo que cree, es casi siempre percibida como en una posición inferior a la de la persona que no piensa pero que ha tenido una experiencia, especialmente si ésta es una experiencia poderosa que pueda ser comunicada conmovedoramente a otros en forma de testimonio.
>
> John R.W. Stott ha escrito: «Muchos Icristianos modernos) tienen celo sin conocimiento, entusiasmo sin inteligencia. En jerga más moderna, son apasionados pero no tienen idea de las cosas.» ... Tenemos mucha pasión, a menudo de una especie muy sentimental y narcisista, pero pensamos poco. La falta de inteligencia es casi igualada a la santidad en la iglesia moderna. La era del video nos ha inundado, y el resultado es la pérdida del pensar con claridad a cambio de bocadillos más atractivos, por ejemplo, con fragmentos de

información (ahora incluso tenemos publicidad informativa Iinfomercialsi más larga) que apelan a la voluntad, casi directamente, sin despertar reflexión o pensamiento serio. La predicación, si aún podemos llamarla así, pretende ser breve, relevante... y emotiva. Los adoradores (?) modernos no quieren pensar; quieren sentir algo, y llevarse algo que los ayude a enfrentarse a la agitada y ocupada vida moderna. («Editor's Introduction» [Introducción del autor a una edición sobre la mente del cristiano¡, Refárnurtion and Revival 3 [Reforma y avivamiento 31, No. 3 119941: 10-11; cursiva en el original. Cita de Stott, tomada de Your Mind Matters [Su mente tiene importancia) de John R.W. Stott (Downers Grove, III.: lnterVarsity Press, 19721, 7)

Si esperamos tener éxito en la búsqueda de lo mejor, y en convertirnos en personas íntegras, definitivamente debemos ejercitar la mente más que la emoción. Las siguientes son algunas citas clásicas del apóstol Pablo que nos inspirarán más a ser cristianos pensantes:

No os conforméis a este siglo, sitio transforinaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable Y, perfecta.

Ro. 12:2

Andad como hijos de luz... comprobando lo que es agradable al Señor.

Ef. 5:8-10

Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son nudos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor:

Ef. 5:15-17

Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo curable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna,

si algo digno de alabanza, en esto pensad.

Fil. 4:8

Examinadlo todo; retened lo bueno.

En busca de la integridad

La búsqueda decidida y constante del amor divino, hecha con una excelencia controlada por el Espíritu, nos conducirá invariablemente a la integridad. La oración de Pablo continúa enfatizando la interconexión de esas virtudes esenciales: «Para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprensibles para el día de Cristo» (Fil. 1:10).

La integridad espiritual, con sus componentes básicos de sinceridad e intachabilidad. significa que el creyente es una persona que es un todo integrado, una que refleja ese hecho en todas las áreas de su vida. Me gusta explicar el concepto de la integridad con una ilustración del modo correcto y del modo incorrecto de hacer pan en el horno. Si usted junta todos los ingredientes necesarios para hacer pan. los pone en una cazuela y coloca la cazuela en un horno caliente, no obtendrá pan. La receta dice que todos los ingredientes deben mezclarse bien antes de meterlos en el horno. De igual manera, usted no puede producir integridad a menos que aplique (o mezcle) correctamente todos los principios de la Palabra de Dios en todos los aspectos de su vida. Nada de lo que hacemos debe estar desconectado de la verdad bíblica. No debe haber hendiduras entre una y otra área de nuestra vida, ni impurezas en los ingredientes, porque eso impedirá que seamos totalmente genuinos. Ésa es la clase de autenticidad que Pablo desea para los filipenses

SINCEROS. Pablo emplea por primera vez la palabra «sinceros» (Fil. 1:10) para describir la autenticidad de carácter. En el griego, la palabra sincero podía tener varios matices de significado. Originalmente podía servir para describir el tamizado del grano, lo que en este versículo significaría que los creyentes necesitan «tamizar» las impurezas de su vida y ser como grano puro e íntegro.

Pero otra palabra que puede traducirse por «sincero» procede de dos términos griegos que significan «sol» y «juzgar». Si formamos una palabra compuesta con ambos términos, ésta significaría literalmente «examinar a la luz del sol». El comentarista James Montgomery Boice explica lo que ese término significaba en la práctica para la gente de la época de Pablo:

> En la antigüedad... la mejor cerámica era delgada. Tenía un color claro y se vendía a un alto precio. La buena cerámica era muy frágil, tanto antes como después de ponerla al fuego. Y... esta cerámica (muchas veces) se agrietaba cuando era puesta en el horno. La cerámica agrietada debía tirarse. Pero había mercaderes deshonestos que acostumbraban rellenar las grietas con una cera dura y perlada que se mezclaba con el color de la cerámica. Esto hacía que las grietas fueran prácticamente indetectables en las tiendas, especialmente cuando eran pintadas o barnizadas; pero la cera podía detectarse de inmediato si la cerámica era expuesta a la luz, especialmente al sol. En ese caso, las grietas aparecían oscurecidas. Se decía que el elemento artificial era detectado por medio de un «examen a la luz del sol». Los mercaderes honestos marcaban sus mejores productos con la inscripción sine cera: «sin cera.» (Philippio►►s: An Ezpositionul un comentario expositivolGrand Rapids. Mich.: Zondervan, 19711, 55)

Así como era prudente que los clientes de los mercados de la antigüedad sometieran todas las piezas de cerámica a "la prueba del sol", es prudente y necesario que todos los creyentes examinen su vida para asegurarse que no contiene la cera de la hipocresía. Cuando se pone a la luz de la Palabra de Dios, se hará evidente la presencia o ausencia de grietas pecaminosas. Por eso es que es tan importante que nos alimentemos diariamente de las Escrituras (Sal. 119:9-11) y que permitamos que nuestra vida sea moldeada por su poder (He. 4:12).

IRREPRENSIBLES. La segunda palabra clave que Pablo utiliza en Filipenses 1:10 para referirse a la integridad, es «irreprensible». Ésta describe a la integridad relacional, tipificada por la persona que no hará nada que haga tropezar a los demás. La Palabra de Dios es muy clara en este aspecto. Pablo escribió: «Hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos,

ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios» (1 Co. 10:31, 32; cp. Ro. 14; 1 Co. 8).

En general, la integridad que Pablo pide para todos los cristianos. no sólo será «sincera» e «irreprensible», sino que también hará caso omiso de las normas del mundo (cp. Santiago 1:27; 4:4; 1 Juan 2:15) y de la sabiduría del mundo: «Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo» (2 Co. 1:12).

La clase de piadosa integridad que Pablo tenía en mente no era una integridad temporal o momentánea. Por el contrario, debemos buscarla a lo largo de nuestra vida o «hasta el día de Cristo». En ese grandioso día, el Señor «aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones» (1 Co. 4:5). Si hemos sido diligentes en cultivar la integridad, así como el amor divino y la excelencia, tendremos un gozo incomparable en el Día de Cristo, cuando el Señor nos premie conforme a nuestra fidelidad.

En busca de las buenas obras

Nuestra búsqueda de la santidad, si seguimos el modelo bíblico, nos llevará inevitablemente de la integridad a las buenas obras. Esos son los «frutos de justicia» nombrados en Filipenses 1: 11.

El Nuevo Testamento menciona dos variedades básicas de fruto espiritual que todo cristiano debe producir. Uno es el fruto de las almas ganadas para Cristo. Pablo se refiere a ellas en su epístola a los Romanos (1:13; 15:28).

La segunda clase de fruto espiritual es las obras y actitudes justas. Por ejemplo, en Efesios 5:9. Pablo declara: «El fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad» (cp. 2 Co. 9:10; Gá. 5:22, 23).

La única manera para tener la fuerza, la sabiduría y la fidelidad que produzcan un verdadero fruto espiritual es «por medio de Jesucristo» (Fil. 1: 11). Y eso puede suceder sólo si permanecemos en Cristo, como dijo Cristo:

«Yo sov la ►'id verdadera, r mi Padre es el labrador Todo pámpano

que en mí no llera.firuto, lo quitará; r todo aquel que lleva ,fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y y-o en vosotros. Ccmm el pámpano no puedo llorar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en ntí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.»

Juan 15:1-5; cp. Ef. 2:10

Esta es el área de la vida cristiana en que nuestra consagración a la integridad es puesta a prueba. (Discutiremos el concepto del fruto espiritual en mucho mayor detalle en la última parte de este libro.)

En busca de la gloria cte Dios

Todo lo que el apóstol Pablo rogaba a Dios por el progreso en santidad de los filipenses era, en última instancia, «para gloria y alabanza de Dios» (Fil. 1: 11). Esa clase de meta era siempre evidente cuando Pablo instruía a los creyentes, como cuando exhortó a los corintios: «Porque habéis sido comprados por precio: glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Co. 6:20).

Una vida de amor, de excelencia, de integridad y de buenas obras siempre glorificará al Señor. La palabra de la que procede el término «gloria» (en griego, doxa) se refiere a la totalidad de la perfección de Dios. Cuando Él recibe gloria, eso también es una afirmación de su perfección.

El gran incentivo y estímulo que tenemos para glorificar a Dios, es que las tres personas de la Divinidad apoyan por completo el proceso, y ellas son las que hacen eso posible:

En esto es glorificado ni¡ Padre: en que llevéis mucho fruto.

Jn. 15:8

de que seamos para alabanza de su ,gloria, nosotros los que

> primeramente esperábamos en Cristo.
>
> Ef. 1:12

> Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida,, para alabanza de su gloria.
>
> Ef. 1:13, 14

MANIFESTAR LA SANTIDAD

El famoso predicador escocés del siglo XIX, Alexander Maclaren, escribió: «El mundo saca sus nociones de Dios, fundamentalmente de la gente que dice que pertenece a la familia de Dios. Ellos nos leen mucho más que lo que leen la Biblia. Nos ven: de Jesucristo apenas oyen hablar» (First uncl Second Petar und First John] 1 y 2 de Pedro y 1 Juan]]Nueva York: Eaton and Maines, 1910], 105). Por consiguiente, la base para que presentemos un testimonio creíble sobre Cristo al mundo, no es tanto lo que decimos sino lo que hacemos. Jesús lo expresó así a los discípulos: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 5:16).

Ya hemos visto que es imposible manifestar las cualidades de la santidad si no permanecemos en Cristo y obedecemos fielmente la Palabra de Dios. Pero estas dos importantes áreas de actividad requieren esfuerzo y disciplina. Pablo le dijo a Timoteo: «Ejercítate para la piedad» (1 Ti. 4:7). Donald Whitney nos recuerda que los grandes cristianos del pasado conocían la suprema importancia de una vida disciplinada, y que no podemos pasar por alto esta cualidad imperiosa hoy en día:

> Las personas piadosas son gente disciplinada. Siempre ha sido así. Recordemos algunos héroes de la historia de la iglesia: Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Bunyan, Susana Wesley, Jorge Whitefield, Lady Huntingdon, Jonathan y Sara Edwards, Carlos Spurgeon, Jorge Mullera todos fueron personas disciplinadas. En mi experiencia cristiana pastoral y personal. puedo afirmar que nunca he

> conocido a un hombre o a una mujer que haya alcanzado madurez espiritual, sin disciplina. (S/~irit~ud Discipline.ti fc~r the Christian Li/é]Disciplinas espirituales para la vida cristiana]]Colorado Springs: NavPress. 19911. 15)

El apóstol Pedro puso en perspectiva el desafío fundamental con que nos enfrentamos al vivir una vida de disciplina, cuando amonestó: «Amados. yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma» Pedro nos llama «extranjeros y peregrinos» porque nuestra verdadera ciudadanía está en los cielos (cp. Fil. 3:20). La ciudadanía celestial es un gran privilegio, pero exige que vivamos de acuerdo a las normas de Dios, no a las del inundo (cp. 1 Jn. 2:15-17).

La frase inicial de 1 Pedro 2:11 emplea palabras griegas que comparan nuestro status con el de alguien que vive en un país extranjero, o con el de uno que se halla viajando dentro de un cierto país. Mientras estamos en la tierra, nuestra vida espiritual nos pone en un agudo contraste con los no creyentes que nos rodean, que tienen convicciones, valores y criterios morales diferentes. Nos podremos sentir verdaderamente en casa sólo cuando lleguemos al cielo: «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (He. 13:14).

Como pueblo que nos hallamos en un peregrinaje, debemos «abstenernos de los deseos carnales», o mantenernos alejados de las fuertes apetencias de nuestra naturaleza pecaminosa. El ser salvados por gracia no elimina instantánea y automáticamente las luchas de nuestra vida; todavía nos enfrentamos a una batalla espiritual contra diversas pasiones que quisieran llevarnos al pecado (véase Ro. 7:1425). Esas pasiones pueden venir a nosotros en formas diferentes y tentarnos de numerosas maneras: «adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías» En claro contraste con todo eso, necesitamos disciplinarnos a nosotros mismos para avanzar hacia la santidad y la madurez espiritual:

> Como todas las cosas (lile pertenecen a la gira v a la piedad nos han

sido darlas por su divino poder mediante el conocimiento de aquel que nos llanió por su gloria s, excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas v grandísinms proniesus, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido (le la carrupcicín que lit¡ en el inundo a causa de lu concupiscencia: vosotros también, poniendo toda diligencia por esto misnw, añadid a vuestra fe virtud; a la virind, conocimiento; al conocimiento, dominio propio: al dominio propio, paciencia; piedad, a/e(to fraternal; ul a la paciencia, piedad: n la afecto fraternal, ctnlol: Porque si estas cosas están en vosotros, Y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en el conocimieiito de nuestro Señor Jesucristo.

2 P. 1:3-8

Si nos esforzamos fiel y diligentemente. con la ayuda del Señor, en cultivar una disciplina espiritual interior, esa disciplina se reflejará en nuestro comportamiento. Si mostramos consistentemente las normas bíblicas más elevadas de conducta, y una integridad firme ante los no creyentes, eso los impactará. Por ejemplo, una esposa creyente puede. por medio de su conducta piadosa y respetuosa, ser utilizada por el Espíritu Santo para ganar para Cristo a su marido no creyente (1 P. 3: 1).

Todos los creyentes, ya sea que estén en casa, en la escuela, o en el trabajo, deben buscar la santidad y mostrar buenas obras a quienes los rodean. Si observan esta conducta durante algún tiempo, esto hará que algunos no creyentes «glorifiquen a Dios en el día de la visitación» Esa expresión se refiere al tiempo de la salvación (cp. Gn. 50:24, Le. 19:4). En otras palabras, cuando el Espíritu Santo visite a alguien que no es cristiano y le abra el corazón, esa persona recordará con frecuencia el santo comportamiento de los cristianos consagrados y responderá a la fe salvadora.

Uno de los medios fundamentales que Dios emplea para proclamar su verdad y edificar su iglesia. es los creyentes piadosos: aquellos que han logrado una vida de integridad por medio de una continua obediencia a Dios. El compromiso con el mundo y sus atractivos nos tienta a todos, pero sus encantos no pueden competir con las razones que Dios nos da para establecer

una relación íntima con nuestro Señor. permanecer firme y leal a la autoridad de la Palabra de Dios, y obedecer los mandatos de Dios con un espíritu amoroso, presto y obediente.

Los ejemplos de la integridad





CAPÍTULO 4

LOS RESULTADOS DE UNA VIDA SIN CONCESIONES

Hace unos veinte y cinco años, apareció en las listas de best séllers un libro titulado The Best and the Brightest [Los mejores y los .más inteligentes]. Era una exposición bastante extensa de cómo algunos de los consejeros más brillantes y prometedores del gobierno de John F. Kennedy habían contribuido a la creación de las políticas de los Estados Unidos en los años sesenta. La gente del gobierno acudía a esos hombres por su supuesta sabiduría e ideas novedosas acerca de temas mundiales importantes. La mayoría de esos consejeros eran expertos en cuanto a América Latina, el Sureste Asiático o Europa Occidental. Hoy. sin embargo, sus nombres e ideas han sido olvidadas por la mayoría de las personas, excepto por historiadores y especialistas de otras políticas.

Si retrocedemos unos 2.600 años en la historia, encontraremos otro grupo que también pudiera llamarse los mejores y los más inteligentes, especialmente en opinión del más grande líder mundial de ese tiempo: el rey Nabucodonosor. del Imperio de Babilonia. Después de su primera invasión a Judá y asedio a Jerusalén en el 606 a.C., Nabucodonosor tornó como rehenes a decenas de jóvenes judíos virtuosos (que se hallaban probablemente en su adolescencia) para asegurarse del éxito de sus planes de dominación mundial a largo plazo. Uno de esos jóvenes estaba especialmente destinado a la grandeza, y hoy su nombre es sinónimo de integridad y de un espíritu determinado. Su nombre es Daniel.

Daniel describe cómo planeaba Nabucodonosor preparar a los rehenes para posiciones de liderazgo en su extenso imperio:

> Y dijo el rey a Aspena:., jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia Y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rc'r; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos [babilonios).
>
> Dn. 1:3, 4

Estos versículos enumeran las prioridades que los hombres del mundo utilizan para llenar posiciones clave dentro del gobierno, de los negocios o de la sociedad. Típicamente, le dan más importancia a la imagen que a la sustancia: al atractivo físico, a las habilidades intelectuales y a los buenos modales, antes que al carácter, la rectitud y la moralidad. Ése era definitivamente el plan de Nabucodonosor y de Aspenaz, pero lograron mucho más de lo que esperaban de Daniel y sus tres amigos.

CUALIDES INTELECTUALES

Aunque a esto se le da a veces mucho énfasis, Daniel y los otros jóvenes no habrían sido escogidos de no haber tenido la capacidad intelectual para triunfar en su nuevo país. Primero que nada, Daniel 1:4 dice que Daniel y los otros jóvenes estaban «enseñados en toda sabiduría». Como poseían un intelecto superior, tenían la capacidad de tomar decisiones inteligentes y de discernir y aplicar la verdad en muchos campos del conocimiento.

Eran también «sabios en ciencia», lo que significaba que no sólo sabían muchas cosas, sino que además sabían aplicar su sabiduría. El término hebreo traducido como «ciencia» implica la capacidad de correlacionar hechos y de llegar a conclusiones lógicas.

El «buen entendimiento» es la más acabada capacidad intelectual, cuyo significado literal es «conocedor del conocimiento». Sencillamente, Daniel y los otros jóvenes tenían una educación básica que los preparó para discernir y manejar todos los desafíos y tareas de su nuevo país. El primer desafío al que se enfrentaron fue el proceso de reeducación ordenado por los babilonios.

UNA NUEVA EDUCACIÓN

Daniel 1:4 termina con estas palabras: «[Y le ordenó) que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos.» La orden del rey Nabucodonosor a Aspenaz y a los otros funcionarios reales marcó el comienzo formal del nuevo curriculum educativo (que tomaría tres años) de Daniel y de los otros selectos rehenes judíos.

Nuevas disciplinas que aprender

Al comienzo, los caldeos eran un grupo étnico separado que vivía en la parte norte del Oriente Medio. Sin embargo, a medida que el imperio babilónico se extendía, la ciencia, la filosofía y la literatura caldeas se convirtieron en el sistema educativo dominante del imperio. Al cabo de poco tiempo, caldeo se hizo sinónimo de babilónico.

La mayor parte del conocimiento caldeo estaba dominado por la importancia de la lengua caldea, un idioma influyente y práctico en la actividad comercial que Daniel estaba obligado a aprender, junto con varios otros idiomas y dialectos conexos. De hecho, Daniel habría de convertirse en un experto en lingüística.

La experiencia reeducativa de Daniel también incluyó el estudio de lo que los caldeos habían aprendido en matemáticas, astronomía, historia natural, agricultura y arquitectura. En esa época de la historia universal, los caldeos eran los pensadores y creadores más destacados en casi todas esas disciplinas.

Hasta ese momento, la nueva educación de Daniel había sido probablemente una experiencia positiva. No había nada inherentemente malo en aumentar sus conocimientos de matemáticas, ciencias y lenguas. Es probable que se enfrentara a los típicos desafíos académicos que acompañan al aprendizaje de asuntos nuevos y al proceso de ajustarse a una cultura diferente. Sin embargo. los babilonios pronto le lanzarían unos retos aun más difíciles. El objetivo final era reprogramar sus convicciones espirituales, morales y éticas. Nabucodonosor quería que Daniel y los otros jóvenes repudiaran su ascendencia judía, se olvidaran de Dios y dejaran a un lado la

verdad de su Palabra, por el Imperio Babilónico.

Para llevar a cabo esa radical reeducación, los babilonios le exigieron a Daniel que ahondara en el vasto conocimiento que ellos tenían de la astrología, de la mitología (incluyendo las leyendas sobre la creación y de una gran inundación), de las artes mágicas y de su clase de politeísmo. En realidad, los babilonios estaban dirigiendo un sofisticado programa de lavado de cerebro que habría de transformar a Daniel de un humilde joven hebreo a un refinado líder caldeo.

Nombres ►►uet'os

Los babilonios cambiaron también el nombre de Daniel a Belsasar. Eso nos puede parecer algo sin importancia, pero para la gente del antiguo Oriente Medio, la identidad de una persona, la personalidad y, a veces, su estilo de vida estaban todos ligados a su nombre. (De hecho, en ciertas sociedades agrarias y nómadas más antiguas, si alguien o algo no tenía nombre, la gente lo consideraba como inexistente.)

Tanto los babilonios como los judíos reconocían la importancia de los nombres. «Daniel», en hebreo, significa «Dios es juez». El significado caldeo del nombre «Belsasar» es «Bel provee» o «el príncipe de Bel». Exteriormente, el nuevo nombre de Daniel sugería que era el discípulo de un dios pagano (Be¡ o Baal). Pero interiormente Daniel tuvo la valentía de fijar normas y de seguir siendo un servidor del Dios verdadero.

FIJANDO UN LÍMITE

Daniel estaba dispuesto, con la ayuda de Dios, a cooperar sólo hasta cierto punto en cuanto a su adoctrinamiento babilónico: «Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía: pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse» (Dn. 1:8).

Los babilonios coronaron su programa educativo para Daniel y sus amigos ofreciéndoles raciones diarias de la mejor y más rica comida y bebida

reales. En otras palabras, Nabucodonosor y sus colaboradores querían seducir a los jóvenes judíos con algunos de los privilegios y beneficios propios de la clase más alta de la sociedad babilónica. Pensaban que, si Daniel y los otros probaban los lujos de su nuevo estilo de vida, se sentirían obligados con sus nuevos dueños y se disociarían de sus antiguas costumbres. Pero Daniel no sucumbió a la tentación, sino que más bien adoptó una posición de integridad bíblica.

Ciertamente, los beneficios de la preparación académica que recibió le ayudaron mucho a madurar. Pudo mejorar sus conocimientos y su competencia en lingüística y varias otras ciencias. Poseía el discernimiento necesario para resolver asuntos que tenían que ver con la astrología, la mitología y las religiones falsas. También podía tolerar el que le hubieran dado un nombre pagano, sabiendo que eso no reflejaba la actitud de su corazón hacia Dios.

Pero el asunto de qué comida y bebida aceptar fue disputado de inmediato. Daniel conocía bien las restricciones dietéticas del Antiguo Testamento que Dios había establecido para su pueblo, incluidas las normas en cuanto a la pureza en la preparación y consumo de las comidas (Lv. 7:23-27: HA-47. Dt. 12:15-28; 14:1-29). Además del hecho de que no se cumplían las normas dietéticas, había otro motivo por el que Daniel no podía aceptar la comida de Nabucodonosor. Antes de servir la comida y el vino, éstos eran dedicados a los dioses falsos de Babilonia. La Ley de Moisés prohibía a los judíos que participaran en cualquier forma de idolatría: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás ante ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso» (Éx. 20:4, 5; cp. Lv. 19:4; Dt. 5:7, 8). Si Daniel hubiera comido una porción de la comida real ofrecida a dioses extraños, habría estado participando en un banquete pagano, en una forma de idolatría.

Como Daniel estaba consciente de todas esas pautas, fijó un límite bien claro en cuanto a la comida del rey. Su acción constituye una parte básica de integridad genuina y de una vida sin transigencias: usted debe fijar límites de convicción donde las Escrituras los fijan. Si la verdad de la Palabra de Dios

se opone a la sabiduría del mundo en un asunto determinado, usted debe alinearse con ella.

CARACTERÍSTICAS DE LA INTEGRIDAD

Cuanto más leemos y analizamos la vida de Daniel, más claramente vemos su integridad personal. Su estilo de vida no comprometido contrasta abiertamente con el modo en que muchos creyentes viven sus convicciones. Muchos cristianos tienden a vacilar y a dar explicaciones ambiguas en cuanto a las razones por los que se abstienen de participar en ciertas actividades seculares. Pero esa no era la manera cómo Daniel aprovechaba las oportunidades para expresar sus convicciones.

Uiui atrevida OSad1[!

Daniel no escogió la salida fácil cuando presentó su posición a Aspenaz. Por el contrario, fue directo al meollo del asunto y «pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse» (Dn. 1:8) al negarse a aceptar la rica comida y el rico vino habilónicos. El joven Daniel demostró así una atrevida osadía, que es una característica inevitable de una vida sin transigencias.

Daniel acentuó su osadía al emplear una palabra muy fuerte, «contaminarse», la cual está asociada, a través de todo el Antiguo Testamento, con cualquier cosa que fuera una abominación al Señor. Sinónimos de contaminación son adulteración, corrupción y descomposición. Definitivamente, Daniel no tenía pelos en la lengua.

Las valientes palabras de Daniel reflejan su deseo de explicar bien el porqué la comida real significaba para él contaminarse. Eso quiere decir que explicó los fundamentos de las normas dietéticas judías y que le dio a Aspenaz unas palabras cuidadosamente escogidas acerca del pecado de la idolatría. Una atrevida osadía significa ser completamente transparente en cuanto a nuestra posición respecto a lo que es justo o injusto.

Proverbios 29:25 comienza diciendo: «El temor del hombre pondrá lazo».

La mayoría de las personas, incluso los creyentes, se dejan intimidar por las opiniones de los demás y, por consiguiente, fallan en la norma bíblica de tener una atrevida osadía. Pero Daniel y otros grandes personajes de la Biblia creían que «el que confía en Jehová será exaltado» (v. 25b).

La Biblia abunda en ejemplos de cómo la confianza en Dios lleva a una atrevida osadía. David expresó: «He anunciado justicia en grande congregación; he aquí, no refrené mis labios. Jehová, tú lo sabes. No encubrí tu justicia dentro de ni¡ corazón: he publicado tu fidelidad y tu salvación; no oculté tu misericordia y tu verdad en grande asamblea» (Sal. 40:9, 10). El profeta Isaías escribió esto sobre Jesús, el Siervo Sufriente: «Porque Jehová el Señor nme ayudará, por tanto no me avergoncé: por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado» (50:7). Juan el Bautista habló claro y valientemente durante su breve ministerio: «A1 ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera'? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Mt. 3:7, 8). Y todas las veces que el apóstol Pablo se hallaba presionado a causa del evangelio, proclamaba valientemente a Jesucristo (cp. Hch. 23-26).

Es Pablo, de hecho, quien exhorta a los cristianos a procurar un estilo de vida caracterizado por esa clase de valentía: «Solamente que os comportéis cono es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen» (Fil. 1:27, 28). Pablo también le dice a Timoteo y a todos los creyentes cómo tener una atrevida osadía. «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor» (2 Ti. 1:7, 8).

Un estándar fuera de lo común

Los creyentes que viven una vida sin claudicaciones terminan invariablemente estableciendo pautas que exceden la norma. No se conforman con el statu quo. Daniel es, una vez nmás, nuestro ejemplo en cuanto a este principio: «Entonces dijo Daniel a Melsar, que estaba puesto

por el jefe de los eunucos sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías: Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer y agua a beber"

El vegetarianismo, o por lo menos el semivegetarianismo, disfruta de cierto grado de aceptación hoy en día, pero no es la dicta normal para muchos. Tampoco lo era en la época de Daniel. Sin embargo, él decidió comer una mezcla de legumbres y semillas para poder establecer una pauta más elevada.

Asimismo, decidió no beber ningún tipo de vino, y mucho menos el del rey. En realidad, habría estado bien dentro de la ley el beber vino. Después de todo, cuando se mezclaba y diluía adecuadamente, el vino era algo corriente en la sociedad judía; por eso, beber vino no era incorrecto. Éxodo 29:40, 41 menciona al vino en conexión con las ofrendas diarias. Eclesiastés 9:7 asocia el beber vino con un corazón alegre. Y en Isaías 55:1, el vino es. en realidad, un símbolo de la salvación. Por tanto, en vista del uso común del vino por parte de los judíos, ¿por qué decidió Daniel no beber el vino del rey'?

Daniel sabía que los líderes que estaban consagrados a mantener una pauta excepcional de excelencia espiritual debían hacer sacrificios personales. Levítico ilustra esta verdad:

«Y Jehová habló a Aarón, diciendo: Tú, y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés.»

Dios estableció un estándar más elevado para los sacerdotes. Los sacerdotes debían abstenerse de beber vino o de cualquier bebida fuerte para no caer bajo su influencia y menoscabar su juicio.

De modo similar, otros pasajes contienen advertencias a los líderes acerca del consumo del vino. Proverbios 31:4, 5 dice: «No es de los reyes, oh Lemuel, no es de los reyes beber vino, ni de los príncipes la sidra; no sea que

bebiendo olviden la ley y perviertan el derecho de todos los afligidos.» En Lucas 1:15, el ángel dijo a Zacarías que su hijo Juan el Bautista «no beberá vino ni sidra». Primera a Timoteo 3:3 y Tito 1:7 exigen que los ancianos [pastores] de la iglesia no sean dados al vino.

Lo que Daniel decidió en cuanto al vino (y a la comida no kosher o no autorizada por la religión judía). no era en absoluto inaudito. Quería distinguirse de los borrachos y glotones de la corte real babilónica. Para que no hubiera confusión alguna entre sus pautas y las de ellos, Daniel decidió beber sólo agua. El decidir no beber vino no nos hace por sí sólo más espirituales; es simplemente una manera cómo podemos establecer una pauta más elevada y así evitar situaciones comprometedoras y toda apariencia de mal (1 Ts. 5:22). La consagración de Daniel debe servirnos de motivación a todos los que deseemos seguir el camino más elevado, caracterizado por una dedicación sin concesiones y por la integridad.

Una protección sobrenatural

La Biblia está llena de la verdad de que a Dios le agrada la rectitud y que Él bendice a los que le sirven y obedecen. El Salmo 92:12-14 declara: «El justo florecerá como la palmera: crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán: estarán vigorosos y verdes.»

La vida de Daniel se ajustó a ese modelo, tal cono se evidencia por la manera como fue aceptado en la corte de Nabucodonosor: «Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos» (Dn. 1:9). Daniel se benefició de la protección sobrenatural divina de Dios en medio de circunstancias muy desafiantes.

Lo que le ocurrió con Daniel es un estimulante recordatorio de que Dios está en control de todo, incluso de lo que piensan, sienten y hacen los gobernantes y los poderosos. Proverbios 21:1 afirma: «Como los repartimientos de las aguas. así está el corazón del rey en la mano de Jehová: a todo lo que quiere lo inclina.» Ni Aspenaz ni Nabucodonosor pudieron hacer nada para cambiar el plan y la bendición que Dios tenía para la vida de

Daniel. La respuesta favorable dada a Daniel es un ejemplo de la promesa de Dios que se halla en otro proverbio: «Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él» (Pr. 16:7).

La misma clase de protección sobrenatural nos es garantizada a nosotros si somos firmemente obedientes e invariables en nuestro andar con el Señor. Desgraciadamente. son muchos los creyentes que se preocupan por lo que dirá o hará la gente si permanecen firmes en sus convicciones piadosas. Por eso acaban comprometiendo su testimonio y perdiendo como castigo la protección del Señor. Una vez que empiezan a andar por la senda del compromiso, inevitablemente enfrentarán mayores tentaciones a comprometerse en principios aun más importantes. Es mejor mantenerse firme desde el comienzo, pese a la presencia de circunstancias amedrentadoras y de temores momentáneos.

Una espiral descendiente en las concesiones hace que muchas veces olvidemos que Dios es fiel a su pueblo. El Salmo 106:45, 46 dice: «Y se acordaba de su pacto con ellos, y se arrepentía conforme a la muchedumbre de sus misericordias. Hizo asimismo que tuviesen de ellos misericordia todos los que los tenían cautivos.» José (Gn. 39:1-4) y Moisés (He. 11:23-29) aprendieron a vivir sin claudicar en sus convicciones en medio de las adversidades, porque sabían que Dios los protegería y prosperaría. La fidelidad de Dios no ha cambiado. Si Él quiere que usted sea elevado a una posición elevada en la sociedad, en el trabajo, en la iglesia o en cualquier situación, lo hará. La responsabilidad de ustedes obedecer su Palabra y vivir con genuina integridad.

Una persistencia irreductible

Aun cuando Daniel, con la ayuda de la intervención soberana de Dios, hizo una impresión favorable en Aspenaz y en los demás funcionarios reales, no recibió permiso de inmediato para empezar su dieta vegetariana. Pero no se amedrentó, sino que exhibió otro rasgo de integridad: una persistencia irreductible.

Aspenaz, el jefe de los funcionarios, dio la primera respuesta oficial a la

atrevida petición de Daniel de un menú alterno: «Y dijo el jefe de los eunucos a Daniel: Temo a mi señor el rey, que señaló vuestra comida y vuestra bebida: pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, condenaréis para con el rey ni¡ cabeza» (Dn. 1:10).

Aunque Aspenaz simpatizaba con Daniel, todavía no había llegado al punto de estar dispuesto a arriesgarlo todo por él y sus amigos. Pero Daniel no se desanimó. Con diplomacia y determinación, simplemente cambió de política para obtener la respuesta deseada. Apeló a un supervisor de menor rango bajo cuyo cuidado estaban él y sus tres compañeros, probablemente un hombre que no le tendría tanto temor a Nabucodonosor, ya que no respondía directamente al rey. Por consiguiente, Daniel creía que era más probable que este hombre le concediera su petición.

La perseverancia de Daniel contrasta radicalmente con lo que muchos hacen. Son aquellos que se rinden a la primera señal de oposición yjustifican su comportamiento con esta clase de respuesta: «Traté de insistir en lo que era correcto, pero vi que no iba a funcionar, por lo que decidí seguirla corriente y hacerlo mismo que los demás.» Hay quienes prueban unas pocas alternativas superficiales, pero se rinden pronto cuando la cosa no funciona. Sin embargo. un espíritu de integridad que no transige, jamás se rinde.

El apóstol Pablo ejemplificó esta clase de espíritu cuando se hallaba camino de Jerusalén para ser arrestado. Perseveró en proseguir tras lo que él sabía que era la voluntad de Dios, incluso cuando creyentes bien intencionados como Agabo trataron de disuadirlo (Hch. 21:10-12). En lo referente a las trabas y obstáculos que enfrentaba, Pablo dijo a los pastores de Efeso: «Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa ni¡ vida para mí mismo, con tal que acabe ni'¡ carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús» (Hch. 20:24).

Esa misma era la actitud de Daniel. Sus convicciones eran firmes y sólidas. El no se rindió sólo porque Aspenaz no honrara su petición inicial. Uno de los rasgos fundamentales de la integridad es la persistencia en lo que es correcto.

Unu.fe

Daniel, con su característico atrevimiento, pidió al supervisor que le diera permiso para hacer una prueba con su dieta vegetariana por diez días: «Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días y nos den legumbres a comer y agua a beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la ración de la comida del rey, y haz después con tus siervos según veas» (Dn. 1: 12, 13). Daniel creía que Dios haría que los resultados de la prueba confirmaran lo que decía en cuanto a su sugerencia dietética. El piadoso y no comprometido estilo de vida de Daniel le daba suprema conlianza en el Señor. Una fe acendrada tiene necesariamente que acompañar a una vida de integridad.

Aunque Daniel tuvo que soportar muchas cosas cono prisionero, nunca perdió su fe en Dios. El creía con toda su alma que el Señor intervendría a favor suyo y de sus amigos. El mensaje que Daniel estaba enviando a Aspenaz y a su asistente era. básicamente, el siguiente: «Voy a poner ni¡ fe a prueba, y Dios honrará ni¡ espíritu íntegro.»

Cuando tenemos una fe pura y acendrada en lo que tiene que ver con ciertas pautas cruciales (tales como la oposición al pecado y al mal, la defensa de la honestidad, y el hablar claro a favor de la verdad y contra el error), Dios honrará esa fe. Y la fuente de tales estándares de rectitud es su Palabra, que podemos obedecer gracias al poder que Él nos da a través de la fe.

Daniel 1 termina con una nota positiva que confirma las características de la integridad que acabamos de discutir. El supervisor accedió a la prueba dietética y de salud de Daniel, e hizo la debida evaluación después de los diez días (1:14-16). Por la gracia de Dios, el asistente de Aspenaz vio los positivos resultados de la dieta. En consecuencia, a Daniel y sus amigos se les permitió seguir con régimen alimentario, y a evitar el compromiso de consumir la comida del rey. En los meses y años posteriores, Daniel y sus compañeros disfrutaron de muchos privilegios y bendiciones en Babilonia. Se convirtieron en la élite de los jóvenes que estaban al servicio personal de Nabucodonosor (véase 1:17-21).

La experiencia de Daniel es una magnífica ilustración de cómo la bendición soberana de Dios acompaña a los hombres que se consagran por completo a los principios más elevados. Humanamente hablando, el éxito de Daniel dependió de su dedicación. Pero divinamente hablando, lo que le ocurrió a Daniel estuvo completamente bajo el control de Dios. Las verdades complementarias de la soberanía de Dios y la dedicación del hombre están unidas inseparablemente y son viables en nuestra vida cuando tratamos de vivir para Él sin ninguna claudicación en nuestras convicciones. Podemos esperar que nuestra dedicación a los mismos estándares extraordinarios de Daniel, que en realidad no son sino los estándares normales de Dios, será desafiada y puesta a prueba por el mundo (cp. Juan 16:33; Santiago Pero también podemos confiar en obtener resultados positivos de esas pruebas, tal como sucedió con Daniel (cp. Job 23:10).

Daniel y sus amigos no comprometieron sus convicciones, y tampoco debemos hacerlo nosotros. Los principios bíblicos que defendió Daniel son tan reales. prácticos y fiables para nosotros como los fueron para él Veremos esa evidencia presentada claramente en el siguiente capítulo, en el que examinaremos la integridad de Daniel y sus amigos cuanto tuvieron que enfrentarse a las llamas y a los leones.



CAPÍTULO 5

EL HORNO DE FUEGO Y LOS LEONES

En la historia de la iglesia moderna. todos los grandes líderes y pioneros de las misiones fueron hombres y mujeres sumamente íntegros que se esforzaron firmemente por vivir de acuerdo con las pautas espirituales más elevadas. J. Hudson Taylor, fundador en 1866 de la China lnland Mission (ahora Overseas Missionary Fellowship), no fue la excepción. Siendo un creyente relativamente nuevo a principios de la década de 1850, Taylor se sintió responsable por los millones de chinos que no conocían la salvación. Poco después de que el Señor lo inspirara a considerar el servicio misionero, Hudson Taylor adoptó un principio de fe, el cual expresó de este nodo: «Cuando vaya a la dijo a sí mismo- no dependeré para nada de nadie. Sólo confiaré en Dios. ¡Qué importante es aprender. antes de dejar a Inglaterra, cómo mover a los hombres, a través de Dios, sólo por medio de la oración!» (citado por Howard y Geraldine Taylor, en Huclson Tnvlor's Spiritual Secret [El secreto espiritual de Hudson Taylori [Chicago: Moody Press, sin fecha[, p. 32).

Después que decidió ir a la China, Taylor empezó a probar su principio, que era confiar sólo en Dios para todas sus necesidades. Gracias a la ayuda y fidelidad del Señor, Taylor pudo siempre ejercer su convicción personal y pasar la prueba. Un ejemplo notorio es el que tuvo que ver con su salario. Taylor explica así lo que ocurrió:

Esa noche la pasé, cono pasaba normalmente las noches de los sábados, leyendo la Palabra de Dios y preparando el tema del que esperaba hablar en varios albergues el día siguiente. Me quedé quizás un poco más de lo normal. Por fin, cerca de las diez, al no haber tenido ningún tipo de interrupción, me puse el abrigo y nme preparé para regresar a casa, muy agradecido de saber

que, para esa hora, tendría que emplear el llavín para entrar en la casa, ya que ni¡ casera se iba a la cama temprano. Con toda seguridad, esa noche no recibiría ninguna ayuda. Pero quizás Dios intervendría Icon el pago de mi salario] el lunes, de modo que pudiera pagara mi casera al principio de la semana el dinero que debía haberle dado antes, de haberme sido posible.

Justo cuando iba a apagar el gas, oí al médico lempleador de Taylorl entrar al jardín que se hallaba entre la casa de huéspedes y el quirófano. Se estaba riendo solo de buena gana, como si estuviera muy divertido. Al entrar en el quirófano, me pidió el libro de cuentas y me dijo que, por extraño que pareciera, uno de sus pacientes más ricos acababa de venir a pagarle una cuenta. ¡Qué cosa tan rara! Nunca se me ocurrió que pudiera tener nada que ver con m¡ caso, o me habría sentido avergonzado. Viéndolo simplemente desde la posición de un espectador indiferente, también me pareció muy gracioso que un hombre que nadaba en la riqueza se apareciera después de las diez de las noche para pagar una cuenta que podría haber pagado cualquier día, muy fácilmente, con un cheque. Parece que, por algún motivo, no podía descansar con esto en su mente y se había sentido obligado a venir a esa hora inusual a pagar la deuda.

El pago fue debidamente registrado en el libro y el doctor Hardey se preparaba para marcharse cuando, de repente, se volteó y nme entregó algunos de los billetes que acababa de recibir, diciéndome para mi sorpresa y agradecimiento:

«Por cierto, Taylor, puede quedarse con estos billetes. No tengo suelto, pero puedo darle el resto la próxima semana.»

> Una vez más, sin que nadie se enterara de mis sentimientos, regresé a mi pequeña habitación a alabar al Señor con un corazón gozoso por saber que, después de todo, podría viajar a la China. (Hiulson Tavior's Spirituul.Secret, pp. 41-42)

Esa historia fue, en realidad, el final feliz de toda una semana en que la integridad interior de Hudson fue puesta a prueba. En varias ocasiones se había sentido muy tentado a renunciar a su propósito de esperaren el Señor,

por la oportunidad de cumplir con sus obligaciones económicas. Cono le debían su sueldo y casi no le quedaba dinero, Taylor podía fácilmente haber tomado control de la situación, recordándole simplemente a su jefe que no había recibido el pago que le debía. Pero decidió ser fiel a sus convicciones, y Dios lo premió por eso. La lección que nos ofrece esta historia no es que debemos necesariamente adoptar convicciones idénticas a las de Hudson Taylor respecto a la provisión monetaria, ni que todas nuestras oraciones nos serán concedidas cuándo y cómo lo esperamos, ni que Dios nos librará de un modo automático de las dificultades a lo largo de nuestra vida. Sin embargo, podemos aprender del ejemplo de Taylor la manera cómo Dios valora la disciplina y firmeza en todo lo que tiene que ver con la integridad personal. A la larga, el Señor recompensa a los que se niegan a desviarse del camino que El los llamó a seguir: «Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad. Jehová de los ejércitos. dichoso el hombre que en ti confía!» (Sal. 84:11, 12).

INTEGRIDAD PROBADA POR EL FUEGO

En el capítulo anterior nos concentramos en el ejemplo de Daniel, de una vida que no transigió en cuanto a sus convicciones, y mencionamos brevemente a sus tres amigos y compañeros rehenes en Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Ellos también son ejemplos extraordinarios de verdadera integridad porque siguieron el liderazgo de Daniel y no comprometieron sus convicciones. Hay otra historia muy conocida del libro de Daniel que enriquece su legado de firme integridad: su experiencia en el horno de fuego. Allí se vieron confrontados con un dilema mucho más serio que el anterior. En cuanto a la comida, la idolatría era un problema secundario; pero esta vez la idolatría era el problema. Estos tres jóvenes (para entonces ya no eran unos adolescentes) sabían que la ley de Dios decía que la idolatría era pecado (Éx. 20:2-6; Dt. 4:15-19).

Su integridad desafiada

Sadrac, Mesac y Abed-nego empezaron a tener problemas cuando el rey Nabucodonosor tuvo un sueño (Dn. 2:31-35). Este vio la imagen de una enorme e imponente estatua que tenía una maciza cabeza de oro y cuerpo y

pies de plata, bronce, hierro y arcilla. La cabeza de oro representaba a la propia cabeza de Nabucodonosor y esto lo cautivó tanto que hizo una estatua de oro de sí mismo, de tamaño real

La gigantesca estatua era un diseño grandioso de Nabucodonosor, totalmente egocéntrico. Él sólo estaba haciendo lo que hacen todos los incrédulos: adorarse a sí mismo y, de hecho, ponerse por encima de Dios. El rey exigió que todos sus súbditos se inclinaran ante la estatua y la adoraran; y todos lo hicieron, menos Daniel y sus tres amigos. Ellos mantuvieron su integridad y continuaron estando dedicados al Dios verdadero y a su ley, aun a riesgo de sus vidas: «Cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo» (Dn. 3:6).

La integridad trae persecución

Por mantenerse firmes en defensa de lo que era justo, y al no comprometer sus convicciones, Sadrac, Mesac y Abed-nego se expusieron a un maligno enfrentamiento y persecución por parte de los babilonios. Muchos de los funcionarios de menor rango de la corte babilónica se sentían agraviados porque Daniel y sus amigos habían recibido algunas de las mejores posiciones dentro del gobierno (cp. Dn. 2:48, 49). Ahora tenían un motivo más para hablar mal en contra de los tres: «Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado. No adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado» (3:12).

El rey se enfureció cuando oyó ese informe y ordenó que los tres hombres se presentaran ante él (v. 13). Como si no tuvieran que aguantar bastante presión al negarse a seguir a la multitud que adoraba la estatua, los tres se hallaban ahora sometidos al intento desesperado y orgulloso de envidiosos funcionarios de obligarlos a obedecer el edicto de Nahucodonosor (vv. 14, 15).

La mayor parte del tiempo, los compañeros de Daniel se mantuvieron callados frente a las intimidaciones y el malicioso pavoneo del rey. Su calmada fortaleza de carácter representa un ejemplo de integridad mayor que

el que hubiera sido una respuesta erudita, lógica y orgullosa. Su silencio fue su humilde admisión de que eran verdaderamente culpables de no inclinarse ante la estatua idolátrica. La única contestación que creyeron necesaria constituye una de las más valientes declaraciones de fe de toda la Escritura: «He aquí nuestro Dios a quién servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado» (vv. 17-18).

La integridad trae justicia

El principio de una pauta extraordinariamente alta representado en la vida de Daniel también fue evidente en las vidas de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Su estándar de lealtad y amor por el Señor era tan elevado que fueron capaces de no ceder en medio de la inmensa multitud en la llanura de Dura, todos los cuales se estaban postrando ante la imagen de oro. La integridad de su fe fue suficientemente firme para resistir la clase de presión grupa) que con tanta frecuencia lleva a los creyentes a ceder a los deseos del grupo.

Su capacidad de resistir de tal manera es testimonio de su estándar de justicia, que se hallaba firmemente basado en lo que dice la Palabra de Dios acerca de la pureza de conducta Sabían que lo que le pasara a sus cuerpos no era importante, siempre y cuando sus almas permanecieran fieles al Señor. Como afirmó Job, «He aquí, aunque él inc matare. en él esperaré» (Joh 13:15).

La firmeza de Sadrac, Mesac y Abed-nego fue pronto puesta a la prueba máxima en el horno de fuego, debido a la furiosa y obstinada reacción de Nabucodonosor ante su firme defensa de la verdad: «Entonces Nabucodonosor se llenó de ira. y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado» (v. 19). Ahora su única esperanza de librarse de la muerte era que Dios interviniera y les librara del horno. Quizás recordaron las palabras que Dios había dicho por medio del profeta Isaías: «Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti» (43:2).

Daniel 3:20-23 describe lo que pasó a continuación:

> Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, a Mesac y a Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. Entonces estos varones fueron criados con sus numtos, sus calzas, sus turbantes v sus vestidos, y fueron echados dentro del honro de luego ardiendo. Y costo la orden del re N, era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llanca del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac v Abed-nego. Y estos tres varones, Sadrac, Mesac v Abed-pego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo.

La integridad trae recompensas

El Señor recompensó soberana y misericordiosamente la inquebrantable fe y dedicación de estos tres hombres, viniendo milagrosamente en su ayuda. Después de que los tres fueran arrojados sin misericordia en el horno, el rey se escandalizó al ver lo que ocurrió a continuación: «Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses» (vv. 24, 25). El cuarto hombre podría haber sido el Cristo preencarnado (cp. Gil. 18:1-3) o uno de los ángeles del cielo. Quienquiera que fuera, Dios lo había enviado para que preservara a Sadrac, Mesac y Abed-nego en medio de las intensas llamas.

La notable conducta de los tres compañeros de Daniel en medio de las circunstancias más desafiantes, es otro testimonio extraordinario del valor de la integridad personal que está basada en los principios de Dios. Tal fortaleza de carácter puede ayudarnos a superar las dificultades de la vida, especialmente cuando sabemos que Dios se complacerá de nuestra respuesta: «Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí. y no me he apartado de sus estatutos. Fui recto para con él, y nme he guardado de mi maldad, por lo cual me ha recompensado Jehová conforme a mi justicia: conforme a la limpieza de mis manos delante de su vista» (Sal. 18:22-24).

El testimonio de los tres hombres tuvo el ulterior efecto de mover al poderoso Nabucodonosor a dar crédito a Dios y a acabar por bendecir a los tres:

> «Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac• Ahed que envió su ángel v libró a sus siervos que confiaron en él, v yac no c umplieron el adicto del r entregaron sus cuerpos curtes que servir Y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac N• Abed-pego, sea descuartizado, v su casa convertida en muladar: por cuanto no lun_ • dios que pueda librar corto éste. Entonces el engrandeció a Sadrac, Mesac r Abednego en la provincia de Babilonia.>,
>
> Dn. 3:28-30

La expresión «entregaron sus cuerpos» es una observación excepcional, especialmente porque fue expresada por un rey pagano, respecto a lo cual el apóstol Pablo dijo en Romanos 12:1.2: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.»

Los amigos de Daniel fueron, en verdad, precursores verdaderos de todos los creyentes que se esfuerzan por tener una integridad auténtica. La clave de esa integridad no es misteriosa ni esotérica: no es más que ser discípulos consistentemente radicales, obedientes y sacrificados, siguiendo el modelo de Romanos 12.

INTEGRIDAD EN EL FOSO DE LOS LEONES

Por razones sólo conocidas por nuestro Señor, Daniel no estuvo involucrado en la prueba del horno de fuego. Sin embargo, muchos años después, Dios permitió en su soberanía que Daniel fuera puesto en peligro a causa de su determinación de no comprometer su adoración a Dios. Y, al

igual que sus amigos, provocó la ira de celosos intrigantes que no podían tolerar sus elevadas normas de integridad.

A lo largo de toda su vida, Daniel siguió impresionando a los habilonios por su extraordinario carácter. Su servicio al gobierno era insuperable: «Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino» La frase «un espíritu superior», aunque se refiere fundamentalmente a la capacidad de Daniel de interpretar sueños y visiones, indica algo acerca de su firme integridad y de su actitud y conducta superiores en el desempeño de sus deberes cotidianos.

La integridad engendra detractores

Cualquiera que contemple la situación de Daniel, como un observador imparcial y desapasionado, se sorprendería del rencor y de la envidia que los oficiales sentían hacia él. Definitivamente, no tenía defectos de carácter que otros pudieran criticar legítimamente. Por lo tanto, cuando los que se oponían a Daniel empezaron a tramar algo contra él, tuvieron que ser creativos en sus planes: «Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios» (Dn. 6:5). En otras palabras, la integridad sin par de Daniel provocó que fuera perseguido a causa de su rectitud. ¡Qué irónico que sus detractores sólo pudieran culparlo atacándole su consagración total a Dios!

Los enemigos de Daniel terminaron maquinando la aprobación de una nueva ley que tenía que ver con la lealtad de toda persona al rey. Convencieron al rey Darío, gobernante de los medos y de los persas, de que emitiera una orden irrevocable que hiciera al rey supremo y que prohibiera a cualquier persona dirigir una petición a ningún dios o hombre que no fuera él (v. 7). El castigo por violar esta nueva ley sería la muerte. Pero eso no impediría que Daniel mantuviera su obediencia total al Señor.

La integridad prohibe los atajos

Las superiores normas de justicia e integridad de Daniel simplemente no

le permitían doblegarse al nuevo edicto del rey, aunque ese documento fuera estricto y, según la famosa tradición de los medos y los persas, imposible de cambiar. Daniel 6:10 dice: «Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daba hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.»

Considerando las circunstancias, Daniel podría haber seguido el camino fácil: hacerse menos valiente y renunciar a sus elevadas pautas de integridad. Pero no lo hizo. Podría haberse no arriesgado y haber discontinuado sus oraciones diarias a Dios durante los treinta días siguientes, pero se mantuvo fiel y leal a sus principios. Rendirse a las intimidaciones de sus detractores y sacrificar la verdad no formaba parte del carácter de Daniel.

Como Daniel no se apartó de su acostumbrado hábito de oración personal y de devoción a su Dios, sus enemigos pronto lo observaron y lo denunciaron al rey Darío. En este punto, las Escrituras no mencionan ninguna respuesta por parte de Daniel. Al igual que sus amigos, Daniel no necesitó presentar ninguna detallada Su robusta fe y confianza en Dios le permitirían detectar cualquier cosa que Darío pudiera hacerle.

La integridad glorifica a Dios

El rey Darío debió haber respetado mucho a Daniel, porque mostró una preocupación activa y verbal por su bienestar. Para no tener que castigar a Daniel, Darío intentó seria pero infructuosamente de encontrar alguna laguna en la nueva ley. Pero, como no halló ninguna, el rey aprobó de mala gana los deseos de los críticos de Daniel, obedeció la ley que había firmado, y ordenó que llevaran a Daniel al foso de los leones (el medio de ejecución). Sin embargo, mientras Darío cumplía con su deber, hizo esta notable afirmación: «El Dios tuyo. a quien tú continuamente sirves, él te libre» (Dn. 6:16). ¡Qué comentario tan poderoso acerca del valor de la fe de Daniel y la fuerte impresión que su vida de integridad había hecho! Eso sugiere que Darío estaba dispuesto a reconocer al Dios verdadero, porque él había sido testigo de la vida sin claudicaciones de Daniel y de su excelente servicio al gobierno.

De hecho, Daniel no volvió a hablar hasta que Dios lo libró de la boca de los leones. Básicamente, Daniel permitió que el curso soberano de los acontecimientos vindicaran al Señor y a sí mismo:

> «Y,fue traída una piedra v puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo cerca de Daniel no se alterase. Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó .N, ayunó; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, v se le fue el sueño. El rey, pues, se levantó muy de mañana, y,fue apresuradamente al foso de los leones. Y acercándose al,fóso llamó a voces a Daniel con ro,, triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones? Entonces Daniel respondió al rey: Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo. Entonces se alegró el res' en gran manera a causa de él, v mandó a sacar a Daniel de/foso; .~• fue Daniel sacado del.fóso, v ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios.»

Dn. 6:17-23

Las pruebas de la fe y de la integridad no suelen tener esa clase de final feliz inmediato. Job fue el hombre más honesto y justo de su tiempo, pero Dios permitió que Satanás lo abofeteara. Isaías creyó en Dios, pero fue aserrado por la mitad. Esteban fue un excelente diácono y predicador del evangelio, pero fue lapidado. Pablo confió en Dios, pero fue encarcelado y, finalmente, decapitado. Todos esos servidores de Dios, tal como Daniel y sus compañeros, vivieron una vida de lealtad y firmeza. Cada uno de ellos cumplió su llamamiento y sólo deseó hacer la voluntad de Dios, para vida o para muerte.

Desde la perspectiva humana, no hay ningún modo sencillo de medir el poder de una vida y de un ministerio basados en la integridad y en la virtud. En el siguiente capítulo, buscaremos mayor comprensión del valor de una

vida tal, estudiando un ejemplo más: el del apóstol Pablo.



CAPÍTULO 6

EN DEFENSA DE LA INTEGRIDAD

Chartes Haddon Spurgeon, el talentoso predicador londinense del siglo 19, dijo en uno de sus últimos sermones: «Creo que, si pudiera vivir mil vidas, me gustaría vivirlas todas por Cristo, y aun entonces sentiría que todas ellas serían demasiado poco para corresponder a su gran amor por mí» (citado por lain Murray, Thc (El Spurgeon 2a. ed. 1 Edinhurgh: Banner of Truth, 19731, 20).

Spurgeon fue un pastor y un líder cristiano que amó ostensiblemente al Señor y que defendió su causa con integridad. Ese hecho nunca quedó ilustrado con más claridad que durante los últimos años de la década de los 1880. unos pocos años antes de su muerte. Eso fue cuando era una figura central en una gran controversia eclesiástica británica conocida como Controversia sobre la Declinación. Ese debate doctrinal empezó dentro de las iglesias protestantes de Inglaterra (más notablemente en la Unión Bautista) cuando Spurgeon ya no pudo evitar más criticar la alarmante desviación de la iglesia de la sana doctrina y práctica. Muchas iglesias y sus pastores, que antes habían sido firmemente conservadores y evangélicos, se hicieron más tolerantes de teorías que socavaban la autoridad de las Escrituras y su perspectiva del hombre. Spurgeon también observó una desviación de las grandes doctrinas de la Reforma y del exacto papel jugado por la gracia soberana de Dios en la salvación. Desde su púlpito y desde las páginas de su revista, The S►%orc/and the Trowel [La espada y la paleta], Spurgeon defendió valiente y firmemente la verdad e instó al creyente común a resistir las enseñanzas falsas y a mantenerse firme en los fundamentos del cristianismo.

Con todo, la marea de declinación doctrinal entre las iglesias de la época

Charles Spurgeon continuó, por lo que se vio obligado, por su conciencia justa, a abandonar la Unión Bautista. Poco después de su muerte, ocurrida en la década de los 1890, algunos de los partidarios de Spurgeon formaron una nueva sociedad llamada la Liga Bíblica, para continuar la batalla por la pureza doctrinal y por la ortodoxia práctica entre las iglesias evangélicas. Durante los meses que duró la polémica, Spurgeon recibió duras críticas de sus opositores, pero nunca vaciló en su defensa de la verdad. El siguiente fragmento, predicado durante la Controversia sobre la Declinación en un sermón titulado «Something Done for Jesus» [Algo hecho por Jesús], revela la verdadera naturaleza de los justos motivos y de la característica integridad de Spurgeon:

> Amamos a nuestros hermanos por amor a Jesucristo, pero Él es el jefe entre diez mil, y el amadísimo. No podríamos vivir sin Él. Disfrutar su compañía es nuestra dicha; el ocultamiento de su rostro de nosotros es la medianoche de nuestro aflicción... ¡Oh, el poder vivir, morir, trabajar, y sufrir sólo por Él!... Si una acción hecha por Cristo te trae descrédito y amenaza con privarte de ser útil, hazla de todos modos. Yo considero mi propio carácter, mi popularidad y mi utilidad como nimios en comparación con la lealtad al Señor Jesucristo. Es la lógica del diablo la que dice: «Ves que no puedo pronunciarme y declarar la verdad porque tengo una esfera de utilidad que mantengo contemporizando con lo que temo que pueda ser falso.» Ay, señores, ¿qué nos importan las consecuencias`? Que los cielos caigan sobre nosotros, pero que el hombre bueno obedezca a su Maestro y sea fiel a su verdad. Oh, hombre de Dios, ¡sé justo y no temas! Las consecuencias son de Dios, no tuyas. Si has hecho una buena obra por Cristo, aunque parezca a tus pobres y empañados ojos como si un gran mal hubiera venido de ella, aunque tú lo hayas hecho, Cristo lo ha aceptado y lo anotará, y en tu conciencia Él te sonreirá dando su aprobación. (Citado en The Forgotten Spurgeon /E/ olvidado/, p. 205.

> (Para una discusión más amplia de la Controversia sobre la Declinación y de su importancia para la iglesia de hoy, véase el Apéndice 1 de mi libro Ashanred o/' the Gospel [Avergonzados del evangeliol, Wheaton, III.: Crossway Books, 1993, pp.197-225)

PABLO DEFIENDE SU INTEGRIDAD

La defensa de Charles Spurgeon de la verdad y su preocupación por la integridad estaban en conformidad con el legado del apóstol Pablo. A lo largo de su ministerio. Pablo enfrentó la oposición de los que odiaban el evangelio y querían pervertir su proclamación para sus propios fines. La mayor parte de la oposición procedía de un grupo de falsos maestros de Corinto, quienes lo acusaron de ser incompetente, sencillo, carente de atractivo e impersonal. Cono consecuencia, Pablo se vio obligado, muy en contra de sus preferencias normales, a defenderse a sí mismo y a su ministerio. No buscaba glorificarse así mismo, pero sabía que el evangelio y el nombre del Señor tenían que ser defendidos de aquellos que intentaban destruir la verdad.

Pronto los falsos maestros de Corinto vieron claro que, si querían desviar a los creyentes corintios hacia el error y un evangelio falso, además de hacerse ricos y de adquirir poder y prestigio. tendrían que destruir la integridad de Pablo. Como él había establecido y enseñado a la iglesia de Corinto, los falsos ►naestros tendrían que destruir la confianza de la iglesia en Pablo si querían reemplazar su enseñanza por la de ellos.

Si sus opositores de Corinto podían destruir la integridad de Pablo, también podrían acabar con su utilidad, su productividad y su capacidad de servir al Señor. Por consiguiente, Pablo tenía que mantener su integridad. Aunque había reconocido su propia humildad en su ministerio («Tenemos este tesoro en vasos de barro» 12 Co. 4:71), también sabía qué era lo que estaba en juego al defender su integridad: «para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (v. 7).

Una meta fundamental de cualquier líder espiritual es el ganarse la confianza de la gente por medio de una integridad genuina. Al igual que Pablo, la conducta del líder debe ser digna de confianza y consistente con sus palabras. Pero, una vez que un líder demuestre hipocresía en cualquier área del ministerio, no importa lo aparentemente insignificante que ésta sea, habrá perdido todo lo que haya logrado en su ministerio y verá destruida su credibilidad. Eso es lo que Pablo temía mientras confrontaba los rumores y las mentiras de los falsos maestros de Corinto.

Pablo utilizó su segunda epístola a los Corintios, y ciertos pasajes en particular, para defender su integridad ante la iglesia. Segunda a los Corintios 5:11 da inicio a uno de esos pasajes: «Persuadimos a los hombres: pero a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias.» Pablo quería que la iglesia comprendiera y aceptara su sinceridad en todas las cosas, tal como Dios lo había hecho.

Conforme Pablo hacía esta defensa de su integridad, el sentido común le dictaba que no gastara más tiempo o energías en elogiarse más a sí mismo los corintios ya eran bien conscientes de su carácter firme y de lo que él había hecho. Sin embargo, debido a la naturaleza insidiosa, persistente y, a menudo, cruel de los ataques de sus enemigos, Pablo expuso varias razones para que los corintios estuvieran tranquilos en cuanto a su integridad.

La veneración de Pablo por el Señor

La primera razón que Pablo ofreció en defensa de su integridad era su «temor del Señor» En este contexto, temor no significa «tener miedo», sino «adoración» y «reverencia». Unos pocos versículos de la Biblia ilustran esto fácilmente:

> El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, r el conocimiento del Santísimo es la inteligencia.
>
> Pr. 9:10

> Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea r Samaria; Y eran edi frcadas, andando en el temor del Señor; v se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo.
>
> Hch. 9:31

> Así que, arnardos, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne yy de espíritu, perfeccionando la santidad en el terror de Dios.
>
> 2Co.7:1

Temer al Señor significa tener un temor tan reverencial por Dios que uno está totalmente motivado a buscar con afán su santidad y el dedicarse a su servicio. Sin duda alguna, eso era verdad en cuanto a Pablo. Él estaba tan dedicado a la gloria de Dios que le entristecía aun el considerar la posibilidad de deshonrar el nombre del Señor. La profunda devoción de Pablo a Dios era, por tanto, un poderoso incentivo en él para convencer a los demás de su integridad.

La gente a veces me pregunta qué es lo más difícil de recibir críticas falsas. Les digo que lo más perturbador y desconcertante es que las acusaciones injustas injusta pueden llevar a otros a creer que estoy desfigurando a Dios. Eso es lo que molestaba a Pablo de los argumentos de los falsos maestros de Corintio: él sabía que ellos lo estuvieran desfigurando ante los creyentes corintios.

Un conocimiento reverencial de la grandeza de Dios es lo que caracterizaba a Pablo. ¿De qué otro modo podría haber hecho esta poderosa declaración acerca de los atributos de Dios: «Por tanto, al Rey de los siglos, al inmortal, invisible, al único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén»

La vida de Pablo quedó resumida en la exhortación que dio a los cristianos romanos: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo. agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Ro. 12:1). Su reverencia por el Señor era total, y se entristecía cuando los enemigos de la verdad buscaban destruir su integridad y amenazaban su capacidad de enseñar y predicar. Por eso, Pablo se vio obligado a lanzar una defensa de su integridad. no por su propio bien, sino por amor Dios.

La preocupación de Pablo por la Iglesia

La preocupación de Pablo por la iglesia de Corinto era bien conocida (cp. 1 Co. 1:10). Y su interés por su bienestar espiritual había sido despertado de nuevo. por el daño potencia de los falsos maestros. Le preocupaba que éstos terminaran ganando conversos y teniendo una influencia mayor dentro de la

comunidad de los creyentes, lo que llevaría a un enfrentamiento ideológico entre su facción y Pablo y sus partidarios. La unidad de la iglesia quedaría destruida, lo que produciría otros resultados negativos, tales como un liderazgo desacreditado, estancamiento del crecimiento espiritual de los miembros, y un estorbo a la evangelización de la comunidad que los rodeaba.

La respuesta de Pablo a esta serie de amenazas contra de la iglesia de los corintios, es una lección para todos los que procuran la integridad. En vez de lanzarse a las zanjas de la retórica y de responder a cada acusación y mentira de los falsos maestros, Pablo decidió tomar un camino más sabio y sensato: «No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os darnos ocasión de gloriaros por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón» (2 Co. 5:12). El apóstol sabía que, a pesar de todos los peligros a la iglesia, no era prudente montar una defensa personal directamente ante sus enemigos. En vez de hacer eso, Pablo enseñó a la gente a la que predicaba, para que pudieran defenderlo a él y a su integridad.

A la larga, ése es un método mucho mejor para luchar a favor de la verdad y de la integridad frente a nuestros enemigos, en vez de tratar de responder personalmente a todas y cada una de las acusaciones. Como Pablo descubrió, podemos dirigirnos a nuestros opositores una y otra vez, y presentar la defensa mejor razonada y más equilibrada de la verdad y de nuestra integridad, pero lo único que harán será tergiversar lo que hemos dicho y utilizarla para denigrarnos nmás.

Es mucho mejor dejar que nuestros amigos nos defiendan, porque es probable que los que tienen algo contra nosotros no sientan lo mismo hacia nuestros amigos. Los corintios conocían ciertamente la firme conducta e integridad de Pablo, por lo que no tenían ningún motivo para no defenderle.

Pablo apeló a los hermanos de la iglesia de Corinto porque estaba intensamente preocupado por su unidad y crecimiento. Al final, podía dejar con Dios los resultados de sus esfuerzos: «Mas el que se gloría, gloríese en el Señor; porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba» (2 Co. 10:17, 18).

El celo de Pablo por la verdad

Hace pocos años fui invitado a hablar en una clase de filosofía en una de las universidades estatales ubicada cerca de la iglesia donde crecí, en el sur de California. Empecé mis comentarios diciendo: «Estoy aquí para presentarles la verdad que ustedes han estado buscando toda la vida. Es toda la verdad que necesitan conocer.»

Los estudiantes de la clase se quedaron pasmados ante mi actitud. Los estudiantes de ese tipo de clases pasan invariablemente todo el trimestre considerando diversas perspectivas acerca de la verdad, pero nunca llegan a ninguna conclusión. Lo más probable es que terminen el curso sin esperar encontrar nunca la verdad. Es por eso que fui contra la opinión ortodoxa y expuse la verdad del evangelio.

Siempre que no uno es dogmático, enfático y definitivo al hablar de la verdad, como lo fui en esa clase, el mundo cree que uno se ha vuelto loco. Así es como Pablo fue caracterizado por sus adversarios de Corinto. Su celo y devoción intensos por la verdad se convirtieron en otro motivo para defender su integridad: «Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros» (2 Co. 5:13). Los creyentes de Corinto no necesitaban poner en duda el argumento de Pablo: habían aceptado a Cristo por medio de su predicación, crecido en santidad bajo sus enseñanzas y. como resultado, amaban a Pablo y confiaban en Dios. Para todos era evidente que tenía la mente sana. Pero los falsos maestros y sus «convertidos», en su intento por echar abajo las enseñanzas bíblicas de Pablo con sus propias enseñanzas erróneas y egocéntricas, acusaron a Pablo de haber perdido la razón.

Pero el apóstol aclaró con creces que él y sus colegas del ministerio estaban locos para Dios. La frase «estamos locos» se refiere a su pasión y devoción por la verdad de Dios. El término no se refiere a una persona que esté clínicamente trastornada, pero puede describir a alguien como Pablo, quien estaba dogmáticamente consagrado a la verdad. Y Pablo podía ser más dogmático que nadie porque estaba tratando con la revelación directa del Señor.

No obstante, los enemigos de Pablo insistieron en calificarlo como un extremista dogmático que estaba mentalmente desequilibrado. Pero el dogmatismo siempre ha tenido una connotación negativa para el mundo, como descubrió el apóstol en varias ocasiones. Nótese lo que sucedió cuando Pablo hizo una ferviente y franca presentación del evangelio ante el oficial romano Festo:

> Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero, hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños v a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: que el Cristo había (le padecer y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo v a los gentiles. Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo: las muchas letras te vuelven loco. Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad .v de cordura.
>
> Hch. 26:22-25

La sólida fibra de la integridad era evidente, una vez más, en el ministerio de Pablo. Él estaba en perfecto control de su persona y poseía una mente sana y clara. Tanto en Cesarea ante Festo, y como en la iglesia de Corinto, el mensaje de Pablo fue apasionado y ferviente porque la verdad del evangelio estaba en juego. Pero también sabía cómo ser humilde y razonable para que la gente recibiera y pusiera en práctica la verdad. En el fondo, el asunto era el mismo: él defendió su integridad para poder continuar proclamando la verdad de Dios sin estorbos.

La gratitud de Pablo por el amor de Cristo

Otra razón por la que Pablo estaba tan preocupado por defender su integridad, era su gratitud por el amor del Salvador hacia él. Él dijo a los corintios: el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron» (2 Co. 5:14). Pablo defendió su ministerio y ofreció sus riquezas a Cristo como un acto de gratitud.

Para resaltar la fuerza de esta motivación, Pablo utilizó la palabra griega traducida como «constriñe». El significado más sencillo y más claro de esta

palabra es «presión que causa acción.» La gratitud que Pablo sentía por el amor de Cristo hacia él ejercía gran presión sobre él para que ofreciera su vida y su ministerio al Señor. Y el factor dominante para Pablo fue la muerte vicaria de nuestro Señor y la aplicación de esa muerte a favor suyo. La esencia de la obra de sustitución de Cristo está bien resumida en Romanos 5: «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo: con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (vv. 6-8).

La muerte de Cristo no tiene sentido alguno sino se entiende su impacto sustitutorio. Si Cristo no murió en nuestro lugar, tendríamos que morir por nuestros pecados, y eso significaría la muerte eterna.

Eso, indudablemente, debiera ser motivación suficiente para que todos nosotros nos esforcemos por ser íntegros en nuestros ministerios y en todos los aspectos de nuestra vida. Después de todo, todo el que muere en Cristo recibe para siempre los beneficios salvadores de su muerte vicaria (cp. Ro. 3:24-26: 6:8). Ésa es la conclusión a la que se refiere Pablo en la segunda parte de 2 Corintios 5:14 cuando dice: «que si uno murió por todos, luego todos murieron» La verdad de la obra de sustitución de nuestro Señor es tanto un consuelo como una motivación para una acción de gracias, para Pablo y para nosotros: «En nada seré avergonzado: antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en ni¡ cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Fil. 1:20, 21).

El deseo de justicia de Pablo

El gran himnólogo inglés del siglo XIX, Isaac Watts, compuso las siguientes estrofas acerca de la búsqueda de la justicia y de la obediencia a la Palabra de Dios:

Bienaventurados los de corazón puro,
cuyas sendas rectas son,
que de tu ley nunca se apartan,
sino que huyen de toda tentación.

Bienaventurados los que aman tu Palabra
y cuyos corazones obedientes son;
que con toda su alma buscan al Señor,
y con sus manos le sirven con amor.

Grande es la paz de los que aman tu ley;
¡con qué firmeza permanece su alma!
Ninguna tentación podrá jamas,
de ti, sus fieles pies apartar.

Luego mi corazón tendrá un gozo interior,
y guardará mi rostro de la vergüenza,
cuando obedezca todos tus estatutos
y a tu Nombre dé honra.

Estas palabras, basadas en Salmo 119: 1, podrían fácilmente haber sido pronunciadas por el apóstol Pablo copio una forma de expresar su extremo deseo de vivir rectamente. Su deseo fluía lógicamente de su tremenda gratitud por el amor de Cristo, y era otra razón por la que defendía tan vigorosamente su integridad ante los corintios. Pablo les dijo: «Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:15).

Al defender su integridad, Pablo quería que los corintios supieran que su antigua y egocéntrica vida había terminado. Contra todas las malignas acusaciones de los falsos maestros, él quería que sus hermanos estuvieran convencidos de que su motivación en el ministerio eran absolutamente pura. Y Pablo tenía un argumento poderoso porque, por la gracia de Dios, no buscaba fama, ni grandezas, ni era movido por el orgullo o la avaricia al plantar y edificar a las iglesias locales entre la gente de Asia Menor.

Los corintios nunca debieron haber dudado de la integridad de Pablo. El ya les había enseñado el estilo de vida espiritual que debían adoptar: «Si, pues, coméis o bebéis. o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios; no seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos. Sed imitadores de mí, así cono yo de Cristo» (1 Co. 10:31-1 1: 1).

Las convicciones y motivaciones de Pablo no habían cambiado, por mucho que lo acusaran sus hipócritas adversarios. Todavía vivía para Cristo y para el bien, no para sí mismo. Cualquier otro estándar le resultaba inaceptable.

Así defendió Pablo su integridad. Porque deseaba vivir valientemente para el Señor y no quería que nadie pensara que su motivación en la vida no era menos que eso. El ejemplo de Pablo debe ser una inspiración para que todos nosotros cultivemos y defendamos nuestra integridad, porque sin ella no podemos ministrar eficazmente para el Señor.

L i curen de Pablo por los perdidos

Pablo era sumamente apasionado en cuanto a alcanzar a los perdidos para Cristo. El ver a la gente convertida por el soberano poder del mensaje del evangelio, era el gran motivo para que él continuara en el ministerio. Por consiguiente, la carga de Pablo por los perdidos es la última de sus razones por las que defendía su integridad.

Hechos 17:16, 17 ilustra la intensidad de la carga de Pablo por la evangelización: «Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría. Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían.»

Pablo escribe sobre su pasión por los perdidos en Romanos 1:13-16:

> Pero no quiero, l►ermanos, que ignoréis que muchas reces me he propuesto ir a nosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para

> tener también entre nosotros alg►ín fruto, como entre los demás gentiles. A griegos y a no griegos, a sabios v a no sabios sor deudor: Así que, en cuanto a ntí, pronto estor para el evangelio también a nosotros que estáis en Roma. Porque no me arergüen;o del evangelio, porque es poder (le Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío también al ~~rie~~o.

Más adelante, en su carta a los creyentes romanos, en quizás la declaración más reveladora que jamás escribió acerca de su carga por las almas perdidas, Pablo dijo:

> Verdad digo en Cristo, no miento, y ¡ni conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne... Hermanos, ciertamente el anhelo de ni¡ corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación.
>
> Ro. 9:1-3; 10:1

Al seguir defendiendo su integridad ante los corintios, Pablo afirmó: «De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne» (2 Co. 5:16). Esto conecta de nuevo con el versículo 15 y sencillamente quiere decir que, a partir de su transformación en Cristo, Pablo ya no juzgaba a las personas según los cánones externos y mundanos. Tenía una nueva prioridad, y ésa era la de satisfacer las necesidades espirituales del pueblo de Dios.

Antes de nuestra transformación, solíamos juzgar a los demás sólo según los criterios externos; el aspecto físico, la conducta externa, la posición social y económica, y la personalidad simpática eran nuestros cánones antiguos. Pero cuando una persona acepta a Cristo, empieza a evaluar a las personas según una nueva serie de criterios. Entonces, el asunto fundamental que querernos determinar cuando conocemos a alguien es: ¿Cuál es su relación con Dios? ¿Conoce a Cristo?

Quizás usted tiene un vecino que es amable y considerado, que le ayuda a

menudo y que está especialmente a su disposición cuando usted está enfermo o tiene alguna necesidad. Como es frecuentemente el caso, usted desarrolla una relación cordial y amistosa con alguien así. Pero, si es usted honesto, nunca puede estar satisfecho de su amistad hasta que está seguro de que tiene una correcta relación con Dios. De hecho, cuanto más estreche su relación con su vecino o con cualquiera otra persona, más carga sentirá por su bienestar espiritual.

Pablo no da a los creyentes otra opción que la de pensar en los perdidos y en todas las cosas de la vida, desde una perspectiva transformada: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Pablo había experimentado en verdad un cambio completo en su vida, de ser un fariseo egocéntrico a un apóstol dedicado a Cristo, y sabía que tal transformación le ocurriría también a cualquiera que se convirtiera en un cristiano.

¿Es de sorprenderse que Pablo defendiera su integridad con tanta vehemencia? Si cualquiera de sus enemigos podía destruirla, él perdería su credibilidad e influencia en su predicación del evangelio y, por tanto, toda su motivación para vivir. ¡Que todos los cristianos pudiéramos tener la misma pasión y el mismo propósito del apóstol Pablo!

PABLO REVELA SU HUMILDAD

Una y otra vez, siempre que Pablo defendía su integridad, se arriesgaba a ser etiquetado de orgulloso por los falsos maestros de Corinto. Pero tal designación no podía haber sido más injusta o falsa. Pablo ya se había distinguido, según el plan soberano de Dios, como el servidor terrenal más noble, más influyente y más efectivo que la iglesia jamás había conocido, aparte del mismo Señor Jesucristo. Pero en la base de todas sus firmes cualidades personales y de los diversos motivos por los que defendía su integridad, estaba su humildad, que era su característica fundamental.

Las Escrituras muestran que Pablo era consciente de sus debilidades y deficiencias. En Romanos 7:18, dice: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien.» En 2 Corintios 4:7, Pablo se describe a sí mismo en

los términos más humildes: «Pero tenemos este tesoro Ila luz del evangelio] en vasos de barro [baldes de basural.» Por último, el humilde autoanálisis del apóstol se aprecia con gran claridad en lo que escribió a Timoteo: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1: 15).

No hay una virtud cristiana más apreciada que la humildad. Miqueas 6:8 dice: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.» La humildad es mejor definida como una convicción verdadera y genuina de que uno es completamente indigno de la bondad, compasión y gracia de Dios, por lo que es incapaz de hacer nada de valor sin estos dones concedidos por Dios.

Pablo culmina la defensa de su integridad ante los corintios con una presentación detallada de las marcas de la humildad (2 Co. 10:12-18). En este pasaje, él continúa contrastando las razones puras y los propósitos rectos de su ministerio con los motivos impuros y los propósitos impíos de los falsos maestros. Pablo estaba seguro de que su humildad sería, para sus lectores, una prueba convincente de su genuina integridad.

Su resistencia a compararse con los demás

La primera señal de humildad en un maestro y líder piadoso, es su resistencia a compararse a sí mismo con los demás, y pretender ser superior a ellos. Es típico que los falsos maestros se eleven a sí mismos. Pero Pablo tenía una actitud distinta. Él dijo a los corintios: «Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos» (2 Co. 10: 12).

Los que habían invadido a la iglesia de Corinto con el error, utilizaron un discurso elocuente pero insincero, una actitud de superioridad y una fachada hipócrita para parecer mejores que todos los demás; especialmente mejores que Pablo. Pero éste rehusó rebajarse a su estratagema infantil y egocéntrica. De hecho, ni siquiera le hizo caso a esa estrategia, diciendo: «Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo

me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor» (1 Co. 4:3, 4).

A Pablo sólo le preocupaba comparar sus credenciales con las pautas de Dios. No empleaba criterios humanos para jactarse de sus éxitos. Más bien, se inclinaba más a vanagloriarse de sus sufrimientos, tales como su tristeza, sus lágrimas, sus prisiones, su dolor y las persecuciones que sufría, todo por amor a Cristo (cp. 2 Co. 11:23-33).

En contraste, quienes son orgullosos y carecen de integridad establecen patrones diferentes para el éxito: el encanto personal, las maneras lisonjeras, el porte autoritario, las habilidades retóricas, y las experiencias espirituales místicas. Inventan los patrones, se miden a sí mismos según ellos, y se felicitan a sí mismos por su «éxito» superior.

Los patrones de Pablo eran objetivos y centrados en Dios. Los patrones de los falsos maestros eran subjetivos y mundanos. Si nos basamos en esa sencilla comparación, es fácil determinar qué patrón debemos seguir en nuestra búsqueda de la genuina integridad.

Su disposición de ministrar dentro de los límites

El servidor humilde de Dios tendrá también un deseo de ministrar dentro de los límites. Ésa no era la actitud de los adversarios de Pablo en Corinto. Ellos abultaban y magnificaban todo lo que hacían, para intentar ampliar su influencia, realzar su prestigio y aumentar su caudal. Lo exageraban todo para parecer mejor de lo que realmente eran.

No sabemos exactamente qué decían los falsos maestros a los cristianos de Corinto sobre su batalla con Pablo, pero indudablemente se describían a sí mismos como más poderosos, más sofisticados, más inteligibles y más exitosos que él. Y tenían que mentir para demostrar su tesis.

¿Cómo respondió Pablo a esas aseveraciones? De nuevo, se negó a hacer uso en las mismas tácticas indignas de sus enemigos, sino que simplemente dijo a los corintios: «Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida, para llegar también

hasta vosotros» (2 Co. 10:13). A Pablo sólo le preocupaba una cosa: exhibir con exactitud la realidad de su ministerio.

Pablo siempre tuvo claro el principio de predicar dentro de unos límites. Él lo menciona al inicio y al final de su epístola a los romanos:

> por quien recibimos la gracia N, el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre.
>
> Ro. 1:5

> Tengo, pues, ele qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere. Porque no osaría hablen- sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia ele los gentiles, con la palabra v con las obras... Y de esta numera inc esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo va hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno.
>
> Ro.15: l7, 18, 20

El orgullo y la exageración no eran característicos de Pablo. Él sólo hablaba de lo que Cristo había hecho por medio de él, y apoyaba sus afirmaciones con pruebas objetivas y auténticas. Dios, en su soberanía, había otorgado talentos a Pablo y le había dado una responsabilidad específica que cumplir. Él estaba perfectamente satisfecho con predicar el evangelio en el mundo de los gentiles, y con fundar iglesias y capacitar a los líderes de esas regiones no alcanzadas. No necesitaba ser más importante de lo que Dios quería que fuera. Sólo deseaba ser fiel al plan de Dios, y llevarlo a cabo con una profundidad de excelencia que agradara al Señor.

Lo admirable de Pablo en cuanto a su modelo de ministerio, es que él simplemente seguía el ejemplo de Jesús. A menudo olvidamos que Cristo se desempeñó gustosamente dentro de los estrechos límites establecidos por su Padre.

En primer lugar, el ministerio de Jesús estuvo limitado por la voluntad de Dios. En Juan 5:30, Jesús dijo a los dirigentes judíos: «No puedo yo hacer

nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.» En segundo lugar, Jesús obedeció la voluntad del Padre de acuerdo sólo a su programa (Mt. 26:45; Le. 22:14; Jn. 2:4; 4:23; 5:25; 7:30; 17:1). En tercer lugar, Jesús limitó su ministerio al pueblo judío y a aquellos que reconocieron su necesidad de salvación (Mt. 15:24; Le. 5:31, 32). En cuarto lugar, el ministerio de Jesús estuvo limitado por el plan de Dios. Él predicó el evangelio a un pequeño grupo de personas primero (entre ellos a los discípulos) antes de hacerlo a otras regiones más allá de Judea. Cristo nunca se desvió a otros asuntos, y Pablo, tampoco.

Su resistencia a atribuirse méritos por la labor de los demás

El plagio ha sido un problema universal durante siglos. Éste ha sido definido cono «robar y hacer pasar (las ideas o palabras de otro) como propias.» Una persona en verdad humilde, y que tenga una integridad auténtica, evitará la piratería, como Pablo. Él nunca mostró la disposición a atribuirse méritos por la labor de los demás.

Su consideración por los demás contrastaba con el deseo de los falsos maestros de atribuirse méritos por cosas que nunca habían hecho, tales como contribuir al progreso espiritual de la iglesia de Corinto. Pero Pablo pudo decir a los corintios con confianza y exactitud cómo Dios lo había usado en las vidas de ellos:

> Porque no nos hemos extralimitado, como si no llegásemos Basta vosotros; pues fuimos los primeros en llegar hasta vosotros con el evangelio de Cristo. No nos gloriaremos desmedidamente en trabajos ajenos, sino que esperamos que crezca vuestra fe seremos muy entre vosotros, conforme a nuestra regla; v que anunciarems el evangelio en los lugares mas allá de vosotros, sin entrar en la obra de otro para gloriarnos en lo que Ya estaba preparado.
>
> 2 Co. 10:14-16

Pablo no exageró ni exigió reconocimiento por lo que no era suyo. Tampoco hizo gala de una autoridad que no le pertenecía, sino que enfatizó

lo que había dicho previamente: «Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios... Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica» (1 Co. 3:6, 10).

Pablo estaba decidido a evitar el orgullo y la falta de honestidad de aquellos que «ministraban» de una manera mundana. Él no iba a un lugar para contar mentiras acerca de sus supuestos logros. No iba a una ciudad para usurpar el crédito por un ministerio que le pertenecía a otra persona. En vez de eso, Pablo sabía que los que verdaderamente deseaban extender el reino de Dios lo harían por medio de su propia vida virtuosa.

Romanos 15:17, 18 resume bien la actitud de Pablo acerca de este tercer aspecto de la humildad: «Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en a Dios se refiere. Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras.»

Su deseo (le buscar sólo lct gloria del Señor

Un cuarto modo con el que Pablo exhibió la verdadera humildad de un hombre íntegro. fue su deseo de buscar sólo la gloria del Señor. El mero pensamiento de glorificarse a sí mismo le era totalmente repulsivo a Pablo, mientras que los que enseñaban el error estaban dispuestos a destruir la iglesia y empañar la gloria de Cristo, buscando su propia gloria y preeminencia.

Pablo ya había expuesto su posición muy claramente en 1 Corintios respecto al motivo por el que los cristianos deberían buscar sólo la gloria de Dios:

> Pues mirad, hernumos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios paro aver~~on;ur u los sabios: v lo débil del mundo escogió Dios, para avergou;ar a lo fuerte: y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin ele que nadie en su presencia... para que,

cono está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.

1 Co. 1:26-29, 31

Pablo nos recuerda aquí a todos que, si nos jactamos de algo, debe ser sólo en el Señor, y que si buscamos la gloria de alguien, debe ser sólo la de Él Ésa es la esencia de la humildad: el reconocimiento de nuestra indignidad fundamental y la aceptación del hecho de que ningún mérito nos pertenece a nosotros, sino a Dios.

Si(deseo de no buscar nada aparte de la alabanza de Dios

La auténtica humildad bíblica también se ve revelada en el deseo de Pablo de no buscar más que la alabanza divina. En 2 Corintios 10:18, dice: «Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba.»

Los falsos maestros se alaban a sí mismos. Pero Pablo deseaba la aprobación de Dios, y probó que no había inventado su propia alabanza. El verbo griego que él utilizo para «alaba» en el versículo 18 significa literalmente «ser probado» o «ser aprobado». Eso es lo que Pablo quiso decir cuando expresó: «Yo en muy peno tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano: y ni aun yo me juzgo a mí mismo» (1 Co. 4:3).

A Pablo no le preocupaba lo que los demás pensaran de él; la única alabanza y aprobación que deseaba era la del Señor. Ése es un recordatorio importante para todos nosotros en nuestra búsqueda de la integridad: recibiremos la aprobación de Dios no como resultado de nuestro talento, habilidades, personalidad, o popularidad, sino por nuestra humildad.

En resumen, Pablo poseía el poder de la integridad. Sus motivos eran puros (1 Co. 4:5) y los defendía por las razones correctas: para glorificar a Dios y para promover la verdad del evangelio y a la iglesia de Cristo. La humilde defensa de Pablo de su integridad es, con excepción de la del mismo Jesucristo, el ejemplo más sobresaliente y exacto de la integridad cristiana que se encuentra en las Escrituras. Cómo podemos modelar en la práctica la integridad de Pablo, es el propósito del resto de este libro.

La ética de la integridad





CAPÍTULO 7

CON TEMOR Y TEMBLOR: EL ANTÍDOTO CONTRA LA HIPOCRESÍA

Se cuenta de un santo asceta oriental que supuestamente se sentaba en una esquina de una afanada calle de su ciudad y que se cubría de cenizas para simbolizar humildad. Cuando los turistas querían hacerle una fotografía. el hombre invariablemente les pedía que esperaran un momento mientras volvía a arreglar sus cenizas de modo que pudiera presentar una imagen más convincente de humildad y pobreza.

El problema con sus acciones era, por supuesto. que representaban la esencia de la insinceridad y de la hipocresía. La historia también ilustra lo que hay de erróneo hoy en día con tanto de lo que es aceptado como religión y moralidad. La humildad del asceta era un farsa. Él sólo estaba consagrado a sí mismo, no a una causa superior ni a un estándar elevado de integridad.

EL PROBLEMA DE LA HIPOCRESÍA

Para ser hombres y mujeres íntegros. es vital que seamos conscientes del peligro de la hipocresía. Necesitamos saber lo mucho que Dios la odia, y esforzarnos por sustituirla con una vida piadosa. Un código de moralidad o un sistema de ética gobernado por la hipocresía, no es más que una farsa o una simulación, un juego que muchos han dominado en sus tratos de negocios y en sus relaciones sociales. Lamentablemente, muchos creyentes declarados son unos hábiles hipócritas en lo que concierne a su conducta dentro de la iglesia.

Un hipócrita (del griego, hnpoki-ites) originalmente era un actor de las antiguas obras de teatro griegas que llevaba puesta una máscara que exageraba su papel específico. La palabra llegó a significar, muy naturalmente, cualquiera que pretendiera ser lo que no era. Los escribas y los fariseos del tiempo de Jesús eran unos ostensibles hipócritas, y su escarnio y perversión de la verdad de Dios originó algunas de las más severas acusaciones de nuestro Señor contra ellos (véase Le.

Los líderes religiosos judíos no fueron ciertamente los primeros ni los últimos hipócritas. Desde el principio hasta el final, la Biblia denuncia la práctica de la hipocresía. Caín actuó como un hipócrita cuando pretendió adorar a Dios, cuando en realidad lo que estaba era jactándose de sus habilidades como agricultor (Gn. 4:3-16). Cuando se reveló su hipocresía en contraste con la devoción de su hermano Abel, Caín se llenó de rencor y resentimiento y asesinó a Abel (vv. 5-8).

El apóstol Pablo nos advierte que la hipocresía será especialmente notoria cuando esté cerca el fin del mundo: «Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que Itendránl cauterizada la conciencia» (1 Ti. 4:1, 2).

Las Escrituras siempre condenan la hipocresía. El profeta Amós hablaba en nombre de Dios cuando escribió:

> «Aborrecí, abominé vuestras solenrnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Ysi nie ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni mirare n las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus insvrumenlos. Pero corra el juicio como las aguas, la justicia como impetuoso arroyo.»
>
> Amós 5:21-24

El Señor rechazó tal adoración porque era insincera y carente de rectitud. Las personas estaban más preocupada por glorificarse y complacerse a sí mismas que a Dios. Muchos otros pasajes del Antiguo Testamento reflejan la

preocupación de Amós por la hipocresía (cp. Is. 1:1 1, 13-15, 16-18: Jer. 11:19, 20: Mi. 6:6-8).

En una ocasión, Jesús citó a los profetas cuando reprendió a los escribas y a los fariseos, diciéndoles: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres"» (Mr. 7:6, 7).

En el Sermón del monte, nuestro Señor tenía a los líderes religiosos judíos en mente cuando advirtió al pueblo: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 6:1). Jesús estaba previniendo a sus oyentes en cuanto a la práctica de una forma de justicia que sólo pretendía engañar a los demás o simplemente impresionarlos. Tal estilo de vida no revela lo que hay realmente en el corazón y en la mente de quienes la practican, y definitivamente no ofrece ninguna evidencia de la clase de integridad que Dios demanda. Al comienzo de su sermón, Cristo ya había afirmado que esa falsa justicia nunca calificaría a alguien para el reino de Dios (Mt. 5:20). y aquí Él claramente repite la advertencia.

Agustín. uno de los padres de la iglesia primitiva, dijo: «El amor al aplauso es el veneno mortal de la verdadera piedad. Otros vicios dan a luz malas obras, pero éste da a luz buenas obras de una manera perversa.» La hipocresía es peligrosa porque es muy engañosa. A menudo se vale de cosas buenas con propósitos malos. convirtiéndose así en uno de los instrumentos más comunes, pero insidiosamente efectivos de Satanás, para destruir la iglesia y el buen nombre de los cristianos. La amenaza de la hipocresía debe, por consiguiente, motivarnos a adoptar una decisión más firme de vivir nuestra vida con completa integridad, de un modo que honre y glorifique a Dios.

LA SANTIFICACIÓN: ¿ES ACTIVA 0 PASIVA'?

La cuestión es: ¿ Cómo podemos evitar los peligros de la hipocresía y

vivir una vida piadosa caracterizada por la integridad? ¿Nos ha dejado Dios algunas instrucciones sobre cómo guardarnos de ella`? Sí. Filipenses 2:12, 13, apenas dos breves versículos, proporcionan el fundamento necesario para evitar la hipocresía y vivir una vida de integridad: «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en ni¡ presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.»

El apóstol Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos proporciona la base perfecta para vivir una vida distinguida por la justicia, libre de hipocresía, y caracterizada por la integridad y el servicio humilde. Su exhortación a los filipenses deja entrever el equilibrio ideal entre dos perspectivas sobre la santificación. Para algunos, le corresponde a Dios el perfeccionarnos. Otros dicen que nuestro desarrollo en la santificación debe resultar enteramente de nuestros esfuerzos. Estas dos perspectivas son conocidas como quietismo y pietismo.

Quietismo

El nombre quietismo proviene de la idea de que el creyente permanece quieto o espiritualmente pasivo en lo que concierne a su santificación. Quizás la frase más familiar del quietismo es la que dice: «Abandónate y deja entrar a Dios». Ese lema es un modo popular de decir que cualquier esfuerzo de nuestra parte es un obstáculo al proceso de santificación. Debemos apartar al yo y dejar que Dios nos otorgue una vida de victoria sobre el pecado.

Los defensores del quietismo frecuentemente apelan a Gálatas 2:20, y sacan una frase: «y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí», fuera del contexto. Al hacer eso, implican claramente que la vida cristiana consiste únicamente de una fe y una confianza pasivas, sin dejar lugar a la diligencia y el esfuerzo del creyente. Pero, cuando se considera en su totalidad, Gálatas 2:20 mantiene equilibrada la tensión que hay entre nuestro papel y el papel de Dios en cuanto la santificación: «Con Cristo estoy juntamente crucificado; y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»

Vivimos en la carne, pero Cristo vive en nosotros a través de la fe.

Pietismo

La perspectiva contraria en cuanto a la santificación sostiene que nuestro perfeccionamiento espiritual depende completamente de nosotros. Esta posición fue tradicionalmente llamada pietismo y surgió del movimiento evangélico alemán del siglo 18, como reacción a la ortodoxia muerta de la iglesia estatal luterana. El pietismo tenía muchas características buenas. Enfatizaba la oración, el estudio de la Biblia, la práctica de las buenas obras y la autodisciplina; pero tenía la tendencia a la pérdida del equilibrio al sobreenfatizar el esfuerzo personal.

Los que se adhieren a la perspectiva pietista creen que el cristiano deben utilizar todo el tiempo sus energías en su búsqueda de la santidad. Sus proponentes enfatizan versículos tales como 2 Corintios 7: 1. «Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios», y afirman que tal limpieza es una tarea que sólo nos corresponde a nosotros. Este énfasis tan fuerte en el esfuerzo espiritual, acompañado de constantes recordatorios de que la fe salvadora debe llevar a las obras, nos conduce a una de estas dos respuestas pecaminosas: Si nuestros esfuerzos tienen éxito, experimentaremos un orgullo carnal motivado por el triunfo: si fracasamos, nos desesperaremos porque entonces no tendremos a nadie hacia quien volvernos en busca de ayuda, ya que Dios no forma parte de esta ecuación.

La Palabra de Dios no apoya ninguna de estas dos perspectivas. Por el contrario, modera los excesos del quietismo y del pietismo.

«CON TEMOR Y TEMBLOR»

Pablo no estaba proponiendo un principio original en Filipenses 2:12, 13. Siglos antes, la bendición del rey Salomón en la dedicación del templo reveló su reconocimiento del papel de Dios y de nuestro papel en el proceso de la santificación:

«Bendito sea Jehová, que ha dado paz ca su pueblo Israel, conforme a

todo lo que él había dicho: ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés su siervo, ha faltado. Este con nosotros Jehová nuestro Dios, como estuvo con nuestros padres, r no nos desampare ni nos deje. Incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus camino y guardemos sus mandamientos y sus estatutos y sus decretos, los cuales mandó a nuestros padres. Y estas mis palabras con que he orado delante de Jehová, estén cerca de Jehová nuestro Dios de día v de noche, para que él proteja la causa de su siervo v de su pueblo Israel, cada cosa en su tiempo; ¿¡,fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro. Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hov.»

1 Reyes 8:56-61

Nótese cómo Salomón expresa el equilibrio entre la responsabilidad de Dios y la nuestra. Primero, ora que Dios «incline nuestro corazón hacia él» (v. 58). Luego insta al pueblo: «Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios» (v. 61). Si vamos a ser obedientes al Señor en el proceso de la santificación, Él tendrá que dirigirnos en esa dirección. Pero, al mismo tiempo, debernos tener el corazón y la voluntad dispuestos para hacer su voluntad.

Un esfuerzo constante

Durante años, muchos cristianos estuvieron confundidos por la frase final de Filipenses 2:12, que dice: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». ¿Está el apóstol abogando por la salvación a través de las obras? No es posible, porque en Romanos 3:20-24 y Efesios 2:8, 9, enseña que la salvación no se logra por medio de las obras. Por tanto, ¿cuál es el verdadero significado de la exhortación de Pablo en el versículo 12?

En el griego, el verbo traducido como «ocupaos» quiere decir «esforzarse continuamente en llevar algo a cabo o a su terminación». El erudito romano Estrabón (que escribió en griego y vivió unos sesenta años antes de Cristo) nos esclarece el significado de la expresión. Estrabón emplea el mismo verbo

cuando se refiere a los romanos que extraían plata de las minas. Por analogía, los creyentes deben extraer de su vida toda la riqueza de la salvación que Dios ha depositado allí misericordiosamente. Por medio de un esfuerzo y de una diligencia constantes, debemos santificar y perfeccionar diariamente aquellas virtudes que Dios ha puesto dentro de nosotros.

Un mandato así de Pablo no adopta ningún tipo de posición quietista, pero sí asume un claro nivel de dedicación y de un esfuerzo continuo por parte de los cristianos. El Nuevo Testamento está repleto de amonestaciones similares, todas las cuales presuponen responsabilidad por parte del creyente. Un versículo clave es Romanos 6:19: «Que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.» Aquí Pablo dice que el proceso de la santificación involucra nuestra búsqueda activa de la obediencia, por medio del uso de todas nuestras facultades. aun hasta el grado de ser esclavos a la voluntad de Dios (cp. 1 Co. 9:24-27: 2 Co. 7: 1: Ef. 4: 1: Col. 31-17). Si cada día somos esclavos a la voluntad de Dios, no podemos sino vivircon integridad la salvación que Él nos ha concedido.

Pablo continúa describiendo la actitud con que debemos buscar con afán la santidad cada día: «con temor y temblor» (Fil. 2:12). Al vivir para Dios, debemos tener un santo temor de ofenderle o de pecar contra Él. Debe haber un «temblor» (la palabra traunu► se deriva de la palabra griega empleada aquí) cada vez que pensemos en las consecuencias del pecado. Un miedo así es una reacción adecuada a nuestras debilidades e insuficiencias, y nos proporciona una sana ansiedad de hacer lo que es correcto.

El Señor quiere que su pueblo le tenga un justo temor. El profeta Isaías escribió: «Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies: ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi nano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová: pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a ni¡ palabra» (Is. 661, 2: cp. Pr. 1:7). Dios busca y aprueba a aquellos que se estremecen ante su Palabra.

Ocuparnos cada día de nuestra salvación con firmeza e integridad es difícil, y la posibilidad de fracasar se asoma constantemente. Una de las salvaguardas que ayuda a evitar el fracaso es la clase de sano temor, reverencia y respeto a Dios que están inherentes en Filipenses 2:12. No se trata de un miedo al tormento eterno, ni una desesperación debida a nuestras circunstancias, ni un sentimiento neurótico que nos paraliza en cuanto a la acción. Es, más bien, una reverencia que nos motiva y que nos hace vigilantes para que no tropecemos y perdamos nuestro gozo. Es lo que nos guía para que no ofendamos al Señor, para que no comprometamos la integridad de nuestro testimonio delante de los no creyentes, y para que no anulemos nuestra utilidad y ministerio a otros creyentes en el cuerpo de Cristo.

Dependencia total

El ocuparnos de nuestra salvación sería inútil, además de imposible, si esto no estuviera equilibrado por la verdad de Filipenses 2:13: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» La gloria de la vida cristiana es que Dios nos llama a obedecer, y luego efectúa esa obediencia en nosotros. Nuestro progreso en la santificación demanda todo lo que somos, pero también demanda todo lo que Dios es en nosotros. En Juan 15:5, Jesús dice: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.» Cuando usted ve fruto espiritual en su vida, se da cuenta de que fue Dios quien lo produjo: «Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo» (1 Co. 12:6).

Me pregunto cuántos cristianos consideran un hecho la tremenda realidad de que Dios está realmente en nosotros, no solamente actuando sobre nosotros o a favor de nosotros, sino verdaderamente en todos los creyentes genuinos. En Hechos I:8. Jesús dijo a los apóstoles: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.» Dios vive en nosotros por medio de su Santo Espíritu (1 Co. 3:16, 17: 6:19). Podemos estar seguros de que Él no se tomó todo el trabajo de justificarnos para después abandonarnos y dejar que nosotros solos nos ocupáramos de nuestra

santificación. Gálatas 3:3 dice: «¿Tan necios sois'? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne'?» Obviamente, la respuesta que Pablo espera a esta pregunta es un «no» rotundo.

Según Filipenses 2:13, el doble propósito de la obra de Dios en nosotros es ►novernos a «tanto el querer como el hacer». Eso quiere decir que el Señor desea activar tanto nuestros deseos como nuestras acciones.

ANHELAR LO JUSTO. Ante todo, Dios quiere que deseemos lo que es correcto. Toda conducta procede de la voluntad humana: nuestros deseos, inclinaciones e intenciones. El verbo griego utilizado para «querer» del versículo 13 no se refiere a ninguna pasión, apetito carnal o emoción caprichosa. Más bien, se centra en la intención y la inclinación: en la voluntad desapasionada del propósito estudiado y trazado de una persona. Como lo declara el Salmo 110:3: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder.» El poder de Dios se mueve dentro de nosotros para que deseemos vivir una vida piadosa, hacer y decir lo que es justo y correcto, y andar con integridad.

Por lo general, Dios produce dos actitudes en nosotros para mover nuestra voluntad hacia la santificación. Una de ellas es un justo descontento con nuestro actual estado espiritual. Eso significa que Dios hace que nos desagraden los diversos pecados de que estamos rodeados. El apóstol Pablo expresó su descontento de esta manera: «;Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Ro. 7:24). Si el Espíritu de Dios produce en nosotros tal descontento, sabemos que eso está bien, a diferencia de la actitud pecaminosa de descontento que pudiéramos tener en cuanto a nuestras circunstancias.

En segundo lugar, Dios mueve nuestra voluntad hacia la santificación dándonos un anhelo santo. Anhelamos ser más puros, más santos, más justos y más sinceros en nuestro andar con Cristo, de lo que hemos sido: es un deseo vehemente de ser virtuosos en nuestro estilo de vida, y de lograr la victoriosa sobre el pecado. Tal deseo puede aparecer, por ejemplo, mientras estemos leyendo acerca de un personaje bíblico, ya sea en las Escrituras o en una biografía cristiana. A medida que leemos, nuestro corazón pone de

relieve nuestro débil nivel de dedicación espiritual, en comparación al de esa persona de la historia a quien Dios empleó con tanta eficacia. Entonces arde dentro de nosotros un deseo vehemente de actuar mejor, de vivir más como Cristo.

HACER LO JUSTO. El segundo motivo por el que Dios actúa en nosotros, es para que nosotros podamos actuar. Dios actúa en nosotros para que seamos capaces de realizar obras de justicia. Pablo nos ofrece un atisbo del propósito de este proceso cuando ora: «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros...» (Ef. 3:20). Nuestro omnipotente Dios puede llevar a cabo a través de nosotros. y de hecho lo hace, lo que de otro modo nos parecería inimaginable, más allá de nuestros planes o sueños.

Filipenses 2:13 añade que cuando, por medio del poder de Dios, queremos servirle, estamos llevando a cabo obras «por su buena voluntad.» La palabra traducida como «buena voluntad» significa «satisfacción». Dios quiere que hagamos lo que a Él le satisface. Debido a nuestra relación especial con Dios, a Él le agrada sobremanera nuestra disposición de actuar en su nombre.

La verdad incomprensible del versículo 13, de que Dios nos capacita para que vivamos por Él y de que se agrada cuando lo hacemos, hace que valga la pena todo el desafío y esfuerzo que significa el ocuparnos de nuestra salvación con temor y temblor. Y eso debe darnos todo el ánimo y todo el incentivo suficientes para vivir con integridad y sin hipocresía delante el mundo (cp. 1 Co. 15:58).

LA NECESIDAD DE DISCIPLINA

No obstante, ninguna de las cosas que hemos discutido se realizarán por completo en nuestra vida si no ejercemos autodisciplina. No tiene base en la Biblia, y es simplemente un error creer que podemos progresar en la santidad con sólo tener buenas intenciones y sentimientos de entusiasmo en cuanto la vida cristiana. El Señor sólo puede obrar efectivamente a través de vidas que

están sometidas a su disciplina y a Él mismo. El apóstol Pablo nos recuerda lo crucial que es la disciplina personal:

> Todo aquel que lucho, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, hura recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, vo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta incinero peleo, no como quien golpea al aire, sino que golpeo nti cuerpo, r lo junigc► en servidun►bre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, ro ►nisnm venga u ser elin►inado.
>
> 1 Co. 9:25-27

Sólo el cristiano disciplinado leerá y estudiará con persistencia la Palabra de Dios, y luego la aplicará con diligencia a medida que permite que el poder de Dios lo conforme cada vez más a la imagen de Cristo. Sólo el cristiano disciplinado puede evaluar y desafiar verdadera y efectivamente la cultura y el sistema de valores del mundo a la luz de las Escrituras. En pocas palabras. la autodisciplina es el deseo de subordinar los intereses personales y egoístas, a los intereses eternos de Dios.

Del popular autor inglés del siglo XIX, William Arnot, se ha dicho: «Su predicación es buena. Sus obras son mejores. Pero lo mejor de todo es su vida.» Todos nosotros debemos desear que la gente vea nuestra vida como «lo mejor de todo». Lo importante no es que nuestra vida sea perfectamente íntegra, ni que nunca vacilemos en nuestra consagración y obediencia a Dios, sino que la orientación general de nuestra vida diaria se dirija cada vez más al supremo modelo de Jesucristo.

Nuestra vida no se moverá en esa dirección hasta que demos a Dios el primer lugar en nuestra vida y comencemos a obedecer sus prioridades. Ese es el tema del siguiente capítulo.



CAPÍTULO 8

LA RENDICIÓN A DIOS

La expresión «Lo único constante es el cambio constante» parece más cierta cada año que pasa. En la presente cultura tecnológica. uno podría agregar la siguiente frase a ese cliché: «y la actividad constante». Sería muy difícil encontrar a alguien en el mundo de los negocios que no dependiera diariamente de su agenda para poder controlar y mantener el acelerado ritmo de vida actual. Cada día parece traer nuevas tensiones y desafíos, tanto en el hogar como en el trabajo. En medio de una cultura tal. la gente se esfuerza constantemente por equilibrar sus prioridades, por hacer lo correcto, y hasta por encontrar nuevas vías para lograr el éxito.

Este escenario se aplica también a muchos cristianos. Miles de ellos buscan constantemente soluciones nuevas para una vida efectiva, tanto temporal cono eterna. Los cristianos van tras de nuevos libros, videos, seminarios y software en busca del progreso pragmático, emocional y espiritual. Parecen haber olvidado que el secreto de una vida equilibrada no radica en programas, actividades ni en un torbellino de esfuerzos de autoayuda. sino en una relación adecuada y fundamental con el Señor.

Jesucristo enseñó este principio dentro del contexto de un bullicio de actividad en una ocasión en que visitó el hogar de las hermanas María y Marta. La historia es bien conocida.

> Aconteció que de cansino, entró en una aldea; s, una mu/er /tontada María le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies (le Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, r acercándose, dijo: Señor; ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afinada r turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es

necesaria; ' y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

Lucas 10:38-42

Lo esencial, entonces, si queremos ser hombres y mujeres que vivan una vida cristiana útil y satisfactoria, es que pongamos a Dios ante todo. Eso es, en esencia, lo que discutimos en el primer capítulo. Nuestra relación con Jesucristo es la clave para tener una vida sin claudicaciones. Le recuerdo eso en este capítulo porque necesitamos recapturar la pasión del Señor su pasión y su perspectiva en cuanto a cómo vivir una vida que glorifique a Dios. Hay varios deberes prácticos que pueden ayudarnos a llevar eso a cabo, y ellos se encuentran en Hebreos 13:10-21. Hay cuatro áreas de conducta cristiana que, si las obedecemos, demostrarán que somos personas de integridad cuando decimos amar a Dios por encina de todas las demás cosas.

SEPARACIÓN DEL MUNDO

El primer mandato es que debemos separamos del mundo. El autor de Hebreos dice: «Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por medio de su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio» (He. 13:12, 13).

De estos versículos podemos derivar una analogía de la vida cristiana. Los creyentes siguen el ejemplo de Cristo y se separan de un mundo pecaminoso. Así como Jesús murió fuera de Jerusalén, aparte del viejo mundo del judaísmo, y lejos de los pecados del pueblo, nosotros también debemos vivir separados del mundo, no formando ya parte de sus normas y prácticas pecaminosas. Debemos estar dispuestos a vivir separados del sistema y, a veces, a sufrir la persecución o el ridículo por nuestra consagración a Cristo.

El apóstol Pablo nos recuerda que no tenemos nada en común con el mundo: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia'? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?» (2 Co. 6:14). Esa clase de separación no quiere decir que

debamos cesar todo contacto con no creyentes o que nos convirtamos en monjes. Si ése fuera el caso, no podríamos ministrar a los que no conocen al Señor. La separación de que habla la Biblia implica tener una actitud y orientación diferentes de las del mundo, así como no comprometer nuestros principios para amoldarnos a sus costumbres. Sin embargo, nuestra actitud hacia el mundo no puede ser condescendiente; de otro modo, adoptaríamos una perspectiva orgullosa.

Jesús oró a Dios que nos diera una actitud correcta hacia el mundo y una relación apropiada con él: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo» (Jn. 17:15-18). El Padre y el Hijo saben que debemos vivir en el mundo, pero quieren que nuestras costumbres y actitudes sean distintas a las que caracterizan al inundo (cp. 1 Jn.

Vivir una vida verdaderamente separada del mundo no es fácil. El apóstol Pablo explica el precio de una vida tal: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Ti. 3:12). Muchos creyentes no sufren persecución hoy en día sencillamente porque son pocos que viven una vida piadosa, fuera del ámbito del mundo. Son demasiados los que prefieren sacrificar la recta integridad en favor del prestigio mundano. Pablo amonestó a los mundanos corintios en cuanto a eso, y los desafió a que siguieran su ejemplo y aceptaran las dificultades de vivir una vida separada: «Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo, nosotros débiles, mas vosotros fuertes, vosotros honorables, más nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija»

UNA VIDA DE SACRIFICIO

Todos los cristianos saben que Jesucristo ha ofrecido en sí mismo el único sacrificio por sus pecados. Pero muchos de nosotros a menudo olvidamos que Dios requiere un sacrificio de nosotros en forma de alabanza a Él y de servicio a los demás. El autor de Hebreos escribe: «Así que.

ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él [Jesucristo], sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificio se agrada Dios.» (13:15, 16). Ése es otro atributo que debe caracterizar a todos los creyentes que desean vivir con integridad: la actitud de una vida de sacrificio.

Los autores de los Salmos sabían mucho acerca del primer aspecto de una actitud sacrificial: el alabar a Dios y dar gracias a su nombre. Aquí hay tres ejemplos de eso:

> Alabaré a Jehová cotiforme a su justicia, y cantaré al nombre de Jehová el Altísimo.
>
> 7:17

> ¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera a Dios; porque aún le he de alabarle.
>
> 43:5

> Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos. A ti cantaré salmos entre las naciones.
>
> 108:3

El ofrecer sacrificios de alabanza no debe ocurrir sólo cuando recibimos una bendición de Dios; eso debe caracterizarnos en todo momento y en todas las circunstancias. Pablo nos manda lo siguiente: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts. 5:18).

El apóstol Juan nos advierte que esas palabras deben acompañar a un segundo aspecto de la vida de sacrificio, que es el servicio práctico y las buenas obras al prójimo: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Jn. 3:18). El dar prioridad a Dios en nuestra vida y adorarlo sobre todas las cosas resultará, si nuestra fe es auténtica, en acciones que lo honren. La simple alabanza de dientes afuera, y no hacer lo

que sabemos que tenemos que hacer, no es el distintivo de una persona de integridad (cp. Stg. 4:17).

El libro más práctico del Nuevo Testamento, la Epístola de Santiago, muestra de una manera muy clara que las palabras de alabanza y el servicio deben ir juntos: «La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo» (Stg. 1:27). Primera de Juan 4:20 resume una vez más la naturaleza crucial de este punto y lo que significa en realidad si no lo obedecemos: «El que no ama a su hermano a quien ha visto, ,cómo puede amar a Dios a quien no ha visto'?» Si nuestras acciones no se corresponden con nuestra profesión de amor y alabanza a Dios, no tenemos ninguna para suponer que somos parte de su familia.

UNA ACTITUD SUMISA

El escritor de Hebreos menciona una tercera área clave de la actitud y de la conducta que prueba la verdad de la integridad del creyente delante del Señor: la sumisión.

A los líderes espirituales

Además de la obra de su Espíritu, Dios gobierna a través de los hombres controlados por el Espíritu, que dirigen la iglesia. Hebreos 13:17 declara cómo debe funcionar este principio: «Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos: porque ellos velan por vuestras almas, CO() mquienes han de dar cuenta: para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.»

Dios ha diseñado a su iglesia de tal nodo que hombres calificados y divinamente señalados la presidan y, con la ayuda de Dios, determinen su dirección, enseñen la Palabra y ofrezcan guía y orientación al pueblo. Todas las iglesias del Nuevo Testamento tenían estos hombres. llamados ancianos y obispos (cp. Hch. 20:28: Tit. 1:5). El apóstol Pablo proveyó de instrucciones sobre cómo debían llevar a cabo su supervisión de la iglesia: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente: no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto: no

como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5:2. 3).

Cono se manda a los dirigentes que gobiernen con amor y humildad, entonces, los que están subordinados a ellos también deben someterse a su autoridad con amor y humildad. El apóstol Pablo dijo a la iglesia de los tesalonicenses: «Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra.» (1 Ts. 5:12, 13).

Hebreos 13 añade que el pueblo de Dios es responsable de ayudar a sus líderes a gobernar con alegría y satisfacción. Una de las maneras fundamentales como podemos hacerlo, es sometiéndonos voluntariamente a su autoridad. Por lo tanto, la alegría de nuestros líderes en el Señor debe ser incentivo básico para que nos sometamos a ellos.

Jesús hizo aun más imperativa la necesidad de que nos sometamos a la autoridad espiritual, cuando dijo a los discípulos: «De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviaré, me recibe a mí; y el que me recibe a mí. recibe al que me envió» (Jn. 13:20). Nuestra sumisión y obediencia a los ancianos (pastores] de nuestra iglesia local equivale a nuestra sumisión y obediencia a Cristo.

Los cristianos de Filipos ilustran la clase de sumisión a los dirigentes, que Dios quiere. Ya que los filipenses estaban aferrados a una doctrina sólida y no eran rebeldes con Pablo ni con ninguno de los líderes, Pablo fue benévolo y afable al escribirles: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros» (Fil. 1:3, 4).

Lo que sí sabemos, sin embargo, sin lugar a dudas, que los dirigentes espirituales no son infalibles ni perfectos. Por eso, no mostramos necesariamente falta de integridad o desobediencia pecaminosa si no estamos de acuerdo con un pastor de la iglesia, o si lo censuramos. Pero la Palabra de Dios ofrece pautas claras sobre cómo y cuándo se debe hacer esto. Primera a Timoteo 5:19, 20 dice: «Contra un anciano no admitas acusación sino con

dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman.» Una acción tal contra un dirigente espiritual nunca debe hacerse precipitadamente, sino sólo después de que se presente evidencia suficiente, y con todo respeto y humildad.

Es personalmente mucho más gratificador, y espiritualmente más provechoso para nosotros, que cultivemos y vivamos una actitud de sumisión a nuestros dirigentes espirituales. El Señor se complace, ellos se alegran y nosotros también nos gozamos. El gozo de Pablo por los creyentes fieles siempre estuvo relacionado con el gozo que mostraban al obedecer: «Gozaos y regocijaos también vosotros conmigo» (Fil. 2:18).

A la autoridad gubernamental

Un área de sumisión a Dios, que muchos cristianos no quieren que les recuerden, es su responsabilidad de someterse a la autoridad gubernamental. El apóstol Pedro dice: «Por causa del Señor someteos a toda institución humana. ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen» (1 P. 2:13, 14: cp. Ro. 13:1-7).

El Señor es quien ha prescrito la autoridad civil: por eso, cuando un creyente se somete a ella, está obedeciendo al Señor. Los destinatarios de Pedro eran los cristianos del primer siglo que vivían bajo el imperio romano: un gobierno pagano, hostil y antisemita. Si alguien tenía motivos para rebelarse, humanamente hablando, eran ellos. Pero es la responsabilidad de todo cristiano, sin importar qué tipo de gobierno dirija al país. mantener una sumisión adecuada y útil al gobierno para poder llevar así una vida pacífica y para tener un testimonio efectivo.

A losjefes

Esta última área de sumisión es tan vital como la anterior. Pedro escribe: «Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos: no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar» (1 P. 2:18).

La estructura social dominante del Imperio Romano era la esclavitud, y

los esclavos estaban a menudo sujetos al irrespeto. Es probable que la mayoría de los cristianos de la iglesia primitiva fueran esclavos y, en la mayoría de los casos, sirvientes del dueño de una casa o de una hacienda («sirvientes» era, en griego, oiketes). Lo más parecido que tenemos hoy a esa relación entre dueño y esclavo, es la existente entre jefe y empleado.

Del mismo modo que había la posibilidad de que el esclavo pudiera tener un amo «bueno y afable» o uno «difícil de soportar». hoy cualquier empleado puede tener un jefe bueno o malo. Pero, para el cristiano, el tipo de jefe que tenga no afecta el asunto de su sumisión. Dios nos ordena a todos que nos sometamos «con todo respeto». Eso habla de temer a Dios, no al hombre. Tenemos un llamamiento superior; debemos estar conscientes de Dios en lo que hacemos y decimos (1 P. 1:17: 2:17; 3:2, 15). Eso incluye el respeto al orden social, tal como la relación entre jefe y empleado, ya que Dios lo ha planeado así soberanamente en interés del orden y de la productividad. Por eso, debemos servir a nuestro jefe como si estuviéramos sirviendo al Señor.

SÚPLICAS POR LOS DEMÁS

Según Hebreos 13:10-21, tenemos una obligación más al manifestar integridad delante de Dios: orar por nuestros dirigentes espirituales. Esa responsabilidad fluye muy lógicamente de nuestra actitud de sumisión. Cuando nos sometemos voluntariamente a aquellos que tienen responsabilidad por nuestra alma, tiene sentido entonces que también deseemos orar por ellos. Dioses soberano, pero la oración es uno de los medios que Él ha decidido emplear para llevar a cabo su perfecto plan a través de sus servidores. Santiago nos exhorta con estas sencillas pero profundas palabras: «La oración Isúplical eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16).

Todo servidor de Cristo necesita las oraciones de aquellos a quienes ministra. Él tiene pecados, debilidades y limitaciones humanas. Si no somos fieles orando por los que nos lideran en la iglesia, no serán tan efectivos en su obra como el Señor quiere que lo sean

Los líderes del Señor enfrentan una oposición y una tentación espiritual

más intensa que el creyente común. Satanás sabe que si puede hacer que los líderes claudiquen, debiliten su defensa de la verdad, reduzcan sus esfuerzos en su ministerio. o sencillamente se desanimen, dañará la causa de Cristo y a muchos creyentes. Es por eso que el apóstol Pablo pedía prontamente las oraciones de aquellos a quienes había ministrado: «[Orad] por mí, a fin de que al abrir ni¡ boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio» (Ef. 6:19). Si Pablo pedía eso, definitivamente todos los ministros del evangelio necesitan y merecen nuestras oraciones.

Evidentemente, el escritor de Hebreos era un líder de la iglesia o de las iglesias a las que estaba escribiendo. Y, al igual que Pablo, pedía confiadamente que las personas oraran por él y por todos los líderes «pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo» (He. 13:18). Él creía con todo su corazón que había sido fiel en el ministerio. Pero su creencia no era presuntuosa: estaba basada en su conciencia de cristiano.

Todos los cristianos tienen una conciencia que ha sido limpiada y purificada (He. 9:14), lo que significa que el Espíritu Santo les ayuda a discernir lo que es correcto y les da la capacidad de hacerlo. Una buena conciencia nos permite ser honestos con nosotros mismos y con los demás, que es exactamente lo que hacía el autor de Hebreos. Él podía decir honestamente que había servido bien a las personas que había tenido bajo su cuidado y supervisión. Delante de Dios tenía el derecho de esperar que su rebaño intercediera por él. Los dirigentes espirituales auténticos, aquellos a quienes Dios ha responsabilizado de nosotros y a quienes verdaderamente les importa el bienestar de nuestra alma, necesitan y merecen nuestras oraciones.

En resumen, nuestra integridad debe incluir nuestro reconocimiento de que Dios debe ser lo primero en nuestra vida, y de que tenemos que vivir de una manera que sea consistente con nuestro llamamiento. Una vez que obedecemos nuestras responsabilidades básicas ante el Señor y ante los que Él ha puesto por encima de nosotros, estamos mucho mejor preparados para agradarlo en las áreas esenciales de la santidad personal. En poco tiempo nos veremos reflejados en la siguiente descripción del discipulado, realizada por un pastor del siglo XIX:

El verdadero cristiano posee tal sensación de su dependencia absoluta, y tiene tal perspectiva acerca del absoluto derecho de Dios sobre él, que siente que todo lo que es y tiene le pertenece a Dios. Por eso, su corazón está, antes que nada, dedicado al servicio de Dios. Tiene un placer sagrado por los deberes y planes que sabe que toda criatura de Dios debe llevar a cabo. El servicio a Dios no le es un trabajo molesto, sino uno en el que se siente involucrado alegremente y de corazón. No hay nada a que sus afectos estén tan firmemente consagrados y de lo que reciba tanto gozo. copio en hacer el bien. Le encanta agradar y glorificar a su Redentor, y hacer el bien a su prójimo. «Mi comida», dice el Señor Jesús, «es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (in. 4:34). Y el discípulo, aunque esté lejos del alto estándar del ejemplo de su Maestro, es en este respecto como su Señor. Hay un placer, una satisfacción del alma que disfruta en el servicio a Dios, que no puede impartir ninguna otra ocupación. No importa qué posición ocupe en el mundo: puede ser un predicador del evangelio, un funcionario de la iglesia o un cristiano común; puede ser un magistrado o un súbdito; puede ser rico o pobre; puede ser un legislador, un abogado o un médico; puede ser un granjero, un comerciante, un mecánico o un trabajador ordinario; puede ser un marinero veterano o uno bisoño, un amo o un servidor; pero si es una criatura de Dios, su corazón estará dedicado a la labor de hacer el bien y de complacer y servir a Dios. (Gardiner Spring, The Distinguishing Traits of'Christian Character [Los rasgos distintivos del carácter cristiano] reimpresión, Nutley, N.J.: Presbyterian and Reformed, 1977], 47)



CAPÍTULO 9

LAS RESPONSABILIDADES DE LA SANTIDAD PERSONAL

El difunto Martin Llo}'d-Jones, considerado por muchos el más talentoso comentarista bíblico del siglo 20, escribió lo siguiente:

> Mientras sigue viviendo esta vida piadosa y practicándola con todo su fuerza y energías, y todo el tiempo... encontrará que el proceso que transcurrió anteriormente, en el que fue de mal en peor y en el que se hizo cada vez más vil, es invertido completamente. Se hará más y más limpio, más y más puro, más y más santo, y más y más conforme a la imagen del Hijo de Dios. (Ronwns: Ait Erposiiion o/'Cluihlei- Six Una exposición del capítulo 61 IGrand Rapids, Mich.: Zondervan, 19721, 268-69).

Una vida verdaderamente piadosa es la vitrina de nuestra integridad, porque revela nuestro compromiso de amar y obedecer a Dios. Cuando su conducta es consistente con quien usted pretende ser, cuando sus obras están de acuerdo a sus palabras, usted es una persona íntegra. Sin duda alguna, hay una correlación directa entre la integridad y la santidad bíblica. Y Dios guía a todos los creyentes por el camino de la santidad a través del proceso de la santificación. Como afirmó el Dr. Lloyd-Jones, ese proceso culmina en la madurez cristiana a medida que el creyente se va conformando a la imagen de Cristo. Eso es santidad e integridad verdaderas.

En consecuencia, si queremos ser hombres y mujeres íntegros, debemos ser también hombres y mujeres de santidad. Y eso requiere una diligencia y una atención absolutas hacia todos los aspectos de la santificación, incluso

del área vital de la santidad personal. Hay varias responsabilidades clave que todos los cristianos deben cumplir para desarrollar la santidad personal.

PUREZA SEXUAL: LA DIGNIDAD DEL MATRIMONIO

La cultura moderna obsesionada por el sexo como nunca antes. Aunque hay la posibilidad cierta de contraer el sida y otras enfermedades a través de la actividad sexual promiscua, más y más son las personas que toleran, e incluso promueven, el sexo fuera del matrimonio. Algunos de los evidentes y desalentadores resultados de esa tendencia son el aumento alarmante de los embarazos y los nacimientos ilegítimos (y, como consecuencia, la firme esperanza en el aborto para eliminar estos «problemas»), de las violaciones y abusos de niños, y una diversidad de enfermedades venéreas. Incluso el volumen de contenido pornográfico y erótico del cine y la televisión, especialmente las diversas formas de insinuación sexual, ha aumentado sorprendentemente en los últimos años.

Creo que el juicio de Dios ya está sobre nuestra sociedad a causa de estas actitudes y prácticas perversas. Considérese el número de divorcios, de casos de violencia doméstica, de familias disfuncionales, y de asesinatos y otros crímenes violentos cuando los deseos sensuales no son dominados. La gente no puede continuar violando el estándar de moralidad e integridad sin acabar sufriendo algunas consecuencias terribles.

Cuando los creyentes, o las personas que se consideran creyentes, caen en la inmoralidad, las consecuencias inmediatas son especialmente malas, porque tanto el testimonio del evangelio como todos los cristianos auténticos resultan perjudicados. Recuérdese el negativo impacto de los escándalos evangélicos de fines de la década de los ochenta, o el cinismo causado por los reportajes sobre los actos inmorales de sacerdotes con jóvenes católicos.

Hombres y mujeres se involucran en toda clase de actos sexuales ilícitos y de conducta perversa, que son aceptados plenamente por el mundo. Pero, según la norma divina, la impureza sexual es siempre un pecado y siempre será condenada. El apóstol Pablo advirtió a los cristianos de Efeso:

Pera v toda inmundicia, o avaricia, tn aun se nombre entre vosotros,

> como contiene a .santos... Porque Sabéis esto, que nin~~ún o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo v de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.
>
> Ef. 5:3, 5, 6

En 1 Corintios 6:18, el apóstol dice a todos los creyentes: «Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo: mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.»

El término griego básico utilizado para «fornicación», es el mismo en ambos pasajes. El autor de Hebreos emplea la misma raíz (ponnos, de donde procede el vocablo pornografía) para «fornicarios» en Hebreos 13:4, cuando amonesta: «Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla: pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.» El mismo pecado sexual es condenado (implícita o explícitamente) en los tres pasajes.

Pero Dios nos ha proporcionado el medio de evitar tal pecado sexual a través de la institución del matrimonio. Pablo declara: «Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido» (1 Co. 7:2).

Sin embargo, el Señor no estableció el matrimonio como una simple medida preventiva contra la fornicación. Él considera honroso el matrimonio y quiere que nosotros le tengamos la misma elevada estimación. Podemos hacer eso de varias maneras. En primer lugar, honramos el matrimonio cuando el marido cumple sus deberes como la cabeza: «Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer» (1 Co. 11:3). En segundo lugar, honramos el matrimonio cuando la esposa se somete a su marido, como Sara se sujetó a Abraham En tercer lugar, honramos el matrimonio cuando nos asegurarnos de que esté regido por el amor y el respeto mutuos, tal CO() mnos enseña el apóstol Pedro: «Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y corno a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo» (1 P. 3:7). Con el máximo sentido de gentileza, amor e

integridad, tanto el marido como la mujer deben tener un interés abnegado por el bienestar del otro. Ambos deben concentrarse en lo que pueden dar, más que en lo que pueden obtener.

Dios es muy serio en cuanto a la pureza sexual. El acto sexual es maravilloso y placentero dentro del matrimonio, pero dañino y destructivo fuera de él. «Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación, que os apartéis de fornicación: que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor» (1 Ts. 4:3, 4). Parte de nuestra responsabilidad hacia la moralidad e integridad de carácter, es que nos mantengamos sexualmente puros.

CONTENTAMIENTO: ESTAR SATISFECHOS CON LO QUE TENEMOS

Otro aspecto de la santidad personal que es sumamente importante si queremos ser personas totalmente íntegras, es el contentamiento, o el estar satisfechos con lo que Dios nos ha dado. El autor de Hebreos nos ofrece esta sencilla exhortación en cuanto al contentamiento: «Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis» (13:5).

La avaricia es una de las principales maneras como se manifiesta el descontento. La avaricia es una actitud, el anhelo de adquirir cosas. Significa que prácticamente concentramos toda nuestra atención en ganar más dinero o en adquirir nuevos bienes, ya sea que lo logremos o no. Una entrevista hecha a principios de su carrera al acaudalado ejecutivo petrolero. John D. Rockefeller (1839-1937), ilustra esta actitud. Un amigo suyo supuestamente le preguntó al joven Rockefeller cuánto dinero deseaba tener. «Un millón de dólares», contestó. Después de que Rockefeller ganó su primer millón de dólares, su amigo le preguntó cuánto dinero más deseaba. «Otro millón de dólares», respondió Rockefeller.

Los deseos de Rockefeller ilustran bien la ley del rendimiento decreciente en cuanto a la avaricia: cuánto más tenemos, más queremos; y cuánto más queremos. menos satisfechos estamos. El Predicador (probablemente Salomón, uno que entendería este principio muy bien) escribió: «El que ama

el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad» (Ec. 5:10).

Según las Escrituras, el amor al dinero es una de las maneras más comunes de demostrar avaricia. El dinero puede utilizarse para comprar casi todo lo que deseamos y por eso es lo mismo que codiciar riquezas materiales, cualquiera que sea la forma que esto adquiera. Obviamente, debernos buscar liberarnos de cualquier deseo vehemente de riqueza material. Tal deseo indica que confiarnos en las riquezas, no en el Dios vivo. Pablo le dijo a Timoteo cómo debía tratar este asunto, y su mandato es especialmente aplicable a los cristianos que viven en culturas occidentales opulentas: «A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Ti. 6:17).

El Señor Jesús, en quizás su parábola más solemne, nos hace una seria advertencia en cuanto a los serios peligros de la codicia y el materialismo:

> les dijo: Mirad, r guardaos (le toda avaricia, porque la vida del no consiste en la abumlancia de los bienes que posee. También /es refirió una parábola, diciendo: Lct heredad de un honibre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: haré, porque no tengo dónde guarda, mis frutos. Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, v los edificaré mayores, y allí guardaré todos n►is .frutos r mis bienes: r diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes ~~uurdudos para muchos años; repósate, corte, bebe, regocíajate. Pero Dios le (lijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu afina; r lo que has provisto, ,; de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios.»
>
> Le. 12:15-21

El amor al dinero y a las cosas materiales se evidencia de muchas maneras. Para algunos, es sólo como una actitud: nunca adquieren nada. Pero otros sí adquieren riqueza, y para ellos la emoción consiste en añadir más a lo que tienen. Les encanta aumentar sus cuentas bancarias, incrementar sus

carteras de acciones o involucrarse en nuevas aventuras financieras.

A algunas personas les encanta el dinero por el dinero mismo, y hallan satisfacción sencillamente en acumular el que tienen. En cambio, otros son ávidos consumidores a quienes les gusta comprar cosas nuevas y más caras, tales como ropa más elegante, entretenimientos hogareños más lujosos, mejores computadoras, automóviles más lujosos y casas vacacionales más grandes, para poder ostentar su riqueza. No importa cómo se muestre el amor al materialismo, esto desagrada a Dios. Todos nosotros somos tentados, algunos más a menudo que otros, a comprometer nuestro testimonio y olvidar nuestra integridad por el puro placer de obtener ganancias materiales. Pero Dios quiere que tengamos contentamiento.

La Biblia contiene varios principios prácticos por medio de los cuales podemos disfrutar de la actitud del contentamiento. En primer lugar, debemos darnos cuenta de la bondad de Dios y creer que, CO() rnnuestro Padre, Él cuidará de nosotros. El apóstol Pablo nos recuerda que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28).

En segundo lugar, debemos captar realmente la verdad de que Dios es omnisciente. Él conoce nuestras necesidades mucho antes de que le pidamos que las supla. Jesús dijo a los discípulos: «Vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas» (Le. 12:30).

El tercer ingrediente vital para tener un contentamiento genuino es que pensemos en lo que merecemos. A menudo tenemos una idea inflada y vanidosa de lo que deseamos, y aun mucho más de lo que necesitarnos. Pero, en realidad, por el plan soberano del Señor, la cosa más pequeña que tenernos es mucho más de lo que merecemos. Al igual que Jacob, «menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo» (Gn. 32:10).

En cuarto lugar, la Palabra de Dios nos exhorta a reconocer su supremacía soberana. Nuestro contentamiento no será total hasta que veamos que su plan no es el mismo para todos sus hijos. Lo que el Padre da

amorosamente a un creyente, amorosamente se lo niega a otro (cp. 1 Co. 114-11). Ana, la madre de Samuel, habló sabiamente y dio en el clavo en cuanto a las bendiciones materiales: «Jehová empobrece, y él enriquece» (1 S. 2:7). Podríamos no sentirnos cómodos con la primera parte de esa declaración, pero Dios sabe que ser rico no es necesariamente el mejor plan para nosotros. Hasta podría ser espiritualmente dañino para nosotros (como lo fue para el rico de Lucas 12). El Señor nos proporciona sólo lo que necesitamos, ni más ni menos.

Finalmente, debemos seguir recordando que la riqueza y los bienes mundanos no son las auténticas riquezas. Nuestro verdadero tesoro está en el cielo. Por eso. Pablo nos llama a que pongamos nuestra mira «en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:2). En último análisis, por consiguiente, el verdadero contentamiento resulta de nuestra comunión con Dios Padre y con su Hijo. A medida que nos acercamos a Cristo, somos inundados con las riquezas espirituales que tenemos en Él, y las riquezas materiales simplemente ya no tienen el mismo valor que antes les reconocíamos.

CONSTANCIA: MANTENERSE PUROS EN LA DOCTRINA

Una de las tácticas más sutiles del diablo es la de apartar a los creyentes de la sana doctrina. Si nos puede confundir con doctrinas no bíblicas, dudosas, irracionales o cambiantes. Satanás habrá neutralizado, por lo general, nuestra efectividad. Aun cuando no seamos afectados por la infiltración de alguna falsa doctrina en particular, nuestro andar cristiano puede ser muy perjudicado por la pereza, la falta de vigilancia y la simple ignorancia en cuanto a los fundamentos doctrinales. Una mala doctrina o una débil comprensión de la sana doctrina nos hace vulnerables a todo tipo de malas prácticas, incluso a un modelo frágil o inexistente de integridad. El autor de Hebreos nos recuerda dónde se halla nuestra ancla y nos insta de nuevo a seguir el camino correcto: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas» (13:8. 9).

Falsas doctrinas en sus diversas hormas han plagado a la iglesia desde su comienzo. Falsos maestros debilitaron a la iglesia primitiva, más notablemente los judaizantes legalistas de Galacia, que distorsionaron el

evangelio. Durante los últimos 200 años, el liberalismo teológico y el escepticismo han socavado a la iglesia y hecho que muchas personas abandonen doctrinas fundamentales, tales como la deidad de Cristo, la inspiración y la autoridad de la Biblia, y la salvación sólo por la fe por medio de la gracia sola. Y, cono dijimos en el capítulo 2, actualmente la iglesia evangélica profesante está debilitada por muchas influencias que van desde el subjetivismo, el pragmatismo y la psicoterapia, hasta una interpretación sentimentaloide del evangelio y un equivocado sentido de tolerancia y de ecumenismo que pretenden diluir y restar importancia a la doctrina.

Durante su ministerio apostólico, el mayor temor de Pablo era la invasión de falsas doctrinas en la vida de los cristianos de las nuevas iglesias. Él sabía que la impureza doctrinal era la fuente subyacente de todo tipo de conducta impía. Típico de los temores que abrigaba de Pablo era su honda preocupación por el bienestar espiritual de los corintios: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo» (2 Co. 11:3).

Pablo estaba también muy intranquilo por la inestable condición de los creyentes de Galacia: «Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo» Se dio cuenta de que los falsos maestros pueden ser sinceros, convincentes, creíbles e incluso amables y agradables. Pero Pablo también estaba convencido de que no debemos juzgar la doctrina a través de parámetros superficiales y subjetivos. El estándar supremo es siempre la Palabra de Dios: «Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado. sea anatema» (v. 8).

Tal como estudiamos en el capítulo 2, la pureza de doctrina es el fundamento crucial sobre el que descansa toda la vida cristiana. Si queremos ser un pueblo que practica la santidad personal y que muestra una auténtica integridad, nuestra doctrina debe ser sana.

En Romanos 12:9, Pablo nos presenta tres deberes adicionales que tienen que ver con la santidad personal: «El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo

malo, seguid lo bueno.» A primera vista, esta triple exhortación podría parecer algo más abstracta que el mandato de Hebreos 13 que acabamos de discutir. Pero confío en que, al considerar Romanos 12:9, usted entienda lo pertinente que es su contenido para la integridad cristiana. Estas exhortaciones prueban aún más que la búsqueda de la santidad no es una búsqueda mística y ambigua. sino que es práctica y está basada en una obediencia consciente a la Palabra de Dios.

AMAR SIN HIPOCRESÍA

El amor ágape es la mayor virtud de la vida cristiana. Sin embargo, ese tipo de amor era extraño en la pagana literatura griega. Eso es porque las características que exhibe el ágape: generosidad, abnegación, devoción deliberada, preocupación por el bienestar ajeno, eran casi totalmente desdeñadas en la antigua cultura griega como señales de debilidad.

No obstante, el Nuevo Testamento declara que el ágape es el rasgo del carácter alrededor del cual giran todos los demás. El apóstol Juan escribe: «Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él» (1 Jn. 4:16). El mismo Jesús otorga gran importancia al amor en su respuesta al intérprete de la ley judía:

> «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la lev? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu v con toda tu alnw, v con toda tu alerte. Este es el primero v grande mandamiento. Y el seL,'uudo es semejante: Amarás n tu prójimo corto ti ti mismo. De estos <los niandamientos depende toda la lev N• los Profetas.»
>
> Mt. 22:36-40: cp. Ro. 13:8, 10

Por eso tiene sentido que el primer «fruto del Espíritu es amor» (Gá. 5:22). y que el amor a los demás creyentes sea la principal manera como la gente sabrá que somos creyentes (Jn. 13:35: cp. 1 Ts. 3:12: 1 Jn. 3:18). El mismo apóstol Pablo sirvió a hermanos creyentes «en el Espíritu Santo, en amor sincero» (2 Co. 6:6).

El amor ágape es una parte tan importante de la santidad personal que Juan afirma: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte» Una persona que no demuestra amor verdadero en su vida, no es un creyente. Sin amor, no podemos dar por sentado que tenemos vida eterna, y mucho menos que seamos una persona íntegra.

ODIAR EL MAL

Se desprende, lógicamente, que la persona que busque mostrar el amor ágape verdadero también odiará el mal. Odiar el mal es la cara contraria de tener amor, que, por definición, no puede ser atraído por, ni «se goza de la injusticia» (1 Co. 13:6). Como «el temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Pr. 9:10), se desprende que «el temor de Jehová es aborrecer el mal» (Pr. 8:13). El creyente aborrecerá «lo malo» (Ro. 12:9) porque eso es lo que hace Dios.

Cuando somos fieles seguidores de Cristo que queremos seriamente ser conocidos por nuestra integridad, no podemos adaptarnos a ninguna forma ni a ningún grado de mal. Pero eso a menudo es más fácil decirlo que hacerlo. La lucha por evitar el mal forma parte de una batalla mayor por la santidad personal. Aun Pablo confesó: «Yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo. sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios» (Ro. 7:14, 15, 19-22). Puede ser una lucha, pero cuando un creyente confronta el pecado y a veces sucumbe a él, su ser interno y piadoso rechazará finalmente el mal y se apartará de él, con la ayuda de Dios.

La opinión ortodoxa humana dice que la única manera de odiar al mal es ser horrorizado por él. Pero el bombardeo constante de nuestros sentidos en la cultura actual por parte de los medios masivos de comunicación, con toda su inmoralidad y violencia, hace difícil que nos ofendamos por nada. Lamentablemente, son muchos creyentes que se entretienen con dosis

mayores y cada vez más seguidas de entretenimiento mundano e impío. Justifican su conducta pensando que, por ser cristianos, su exposición al pecado y al mal no les causará un efecto duradero. Pero, en realidad, ese constante consumo hace a los cristianos inmunes a la naturaleza repulsiva del mal, lo que naturalmente reduce su resistencia al nmal, haciéndolos más tolerantes.

Si realmente odiamos al mal, sin embargo, simplemente desearemos evitarlo en primer lugar. Consideremos al hombre justo del Salmo 1: «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado: sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche» No podemos coquetear con el pecado y con el mal, y no ser afectados por ellos.

El apóstol Pablo dice, en sus dos epístolas a Timoteo, que la única respuesta segura contra la tentación del mal es huir de su atractivo: «Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre» «Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor» (2 Ti. 2:22).

Si seguimos la guía del Espíritu Santo y nos valemos de sus recursos, tendremos la disposición y el poder para resistir el nmal, no importa con qué frecuencia o intensidad nos enfrentemos a él. Puesto que «tenemos la mente de Cristo» (1 Co. 2:16), podemos examinarlo todo, retener lo bueno, y abstenernos de toda especie de mal (cp. 1 Ts. 5:21, 22).

RETENER LO BUENO

Esos versículos de 1 Tesalonicenses 5 llaman claramente a los creyentes a ser discernidores y a evaluar todas las cosas cuidadosa y reflexivamente. Es así como podremos formarnos una opinión. basados en la Palabra de Dios, en cuanto a qué rechazar y qué aceptar. Debe ser obvio que. si vamos a odiar el mal, debemos arpar y retener lo bueno.

En Romanos 12:9, Pablo dice que debemos seguir lo bueno. La palabra griega de la que procede «seguir» refuerza la idea de pegarse a algo. Este

término (que es la misma raíz de la palabra cola o goma) llegó a asociarse con todo tipo de lazo físico. emocional o espiritual. Para convertirnos en servidores de Cristo que andan con integridad, debernos adherirnos a todo lo que sea inherentemente bueno, justo y valioso.

Al final de sus exhortaciones a los filipenses, el apóstol Pablo nos provee de una definición de «bueno» y de la manera de adherirnos al bien: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Fil. 4:8). La clave aquí es separarnos de las cosas mundanas y saturar nuestra mente con las Escrituras para que lo bueno gobierne nuestra vida y reemplace al mal (cp. Ro. 12:1, 2).

No podemos negar que la senda que conduce a la santidad personal exige un esfuerzo disciplinado, que muchas veces es difícil. Pero en todo momento Dios nos proporciona toda la fuerza espiritual y los recursos de su Palabra que necesitamos para recorrer la senda con éxito. Nuestra responsabilidad de esforzarnos por lograr la santidad personal, junto con nuestra obligación de dar la prioridad a Dios, es simplemente un paso hacia el desarrollo de una vida sin claudicaciones. Un paso final es el ser conocidos como personas íntegras entre las personas que afectamos con nuestra vida. Eso sucede cuando nos relacionamos con ellas de acuerdo con el estándar de Dios.



CAPÍTULO 10

LAS OBLIGACIONES DE LA SANTIDAD PRÁCTICA

Francis SehaetIer. uno de los pensadores cristianos más influyentes del siglo XX, escribió los párrafos siguientes en el último capítulo de su último libro:

Todos los hombres son nuestros prójimos, y debemos amarlos como a nosotros mismos. Debemos hacer esto en base a la creación, incluso si no han sido redimidos, porque todos los hombres son valiosos por haber sido creados a la imagen de Dios. Por tanto, debemos amarlos, aun a un gran costo.

Ésa es, por supuesto. la enseñanza de Jesús en la parábola del buen samaritano: por ser el hombre un hombre, debemos amarlo, cueste lo que cueste.

Por consiguiente, cuando Jesús da el mandamiento especial de amar a nuestros hermanos cristianos, no está anulando el otro mandamiento. Los dos no son antitéticos. No tenemos que escoger entre amar a todos los hombres como a nosotros mismos, y amar a los cristianos de un modo especial. Los dos mandamientos se refuerzan el uno al otro.

Si Jesús ha ordenado tan enfáticamente que amemos a todos los hombres por ser nuestros prójimos, qué importante es, entonces, amar especialmente a nuestros hermanos cristianos. Si se nos dice que amemos a todos los hombres como a nosotros mismos, por ser nuestros prójimos, entonces, definitivamente, en lo que concierne a aquellos con

> los que compartimos el vínculo especial con Jesucristo, por tener un mismo Padre por medio de Jesucristo y por tener un Espíritu, podemos comprender qué abrumadoramente importante es que todos los hombres puedan observar en nosotros un amor visible por aquellos con quienes tenemos estos lazos tan especiales. Pablo deja clara esta doble obligación en Gálatas 6:10: «Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.» No anula el mandato de hacer bien a todos los hombres. Pero no carece de sentido añadir: «mayormente a los de la familia de la fe.» Este doble objetivo debe ser nuestro modo de pensar cristiano, la postura de nuestra mente; debemos estar pensando conscientemente en ello y en lo que significa en cada momento de nuestra vida. Debe ser la actitud que gobierne nuestras acciones visibles. (The Great Evangelical Disaster [El gran desastre evangélico] III.: Crossway, 1984], 157-58; cursiva en el original.)

El Dr. Schaeffer comprendió muy bien la responsabilidad del creyente para con los demás hombres. El vio el delicado equilibrio que necesitamos mantener entre nuestro especial deber de amar a los hermanos cristianos (lo que llamó «la característica del cristiano») y nuestra obligación más general de amar a los no creyentes. Una vez que entendemos este concepto y empezamos a aplicarlo diariamente, será mucho más probable que la gente a nuestro alrededor nos perciba como que somos diferentes. Cuando vean que nuestro amor es genuino, que tenemos auténtica integridad en nuestro trato con el prójimo, quizás querrán saber de nuestra motivación y así oirán la verdad del evangelio.

Todo este asunto de cómo nos comportarnos con los demás, involucra con lo que yo llamo la obligación de la santidad práctica. Llamar a esa responsabilidad una obligación puede implicar que es difícil e incómoda. Pero no lo es cuando nuestro corazón es recto, cuando obedecemos a Dios y estamos consagrados a la santidad personal. A medida que continuarnos estudiando y comprendiendo lo que la Palabra dice acerca de nuestra santificación, nuestras actitudes y acciones hacia los que están dentro y fuera de la familia de Dios reflejarán a Jesucristo. Cuando los demás, tanto creyentes como no creyentes. pueden ver a Cristo en nosotros, eso quiere

decir que hemos desarrollado un poder que sólo nuestro Señor puede dar. un poder que lo caracterizó en su relación con la gente de este mundo: el poder de la integridad.

NUESTRA RELACIÓN CON LOS DEMÁS CREYENTES

La primera fase de la santidad práctica, la que debe ser nuestra preocupación principal, es cómo relacionarnos con los demás cristianos. Romanos 12:10-13 no es, de ningún modo, exhaustivo, pero allí el apóstol Pablo nos da la esencia de cómo debemos comportarnos con los demás miembros del cuerpo de Cristo: «Amaos los unos a los otros con amor fraternal: en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos: fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación; constantes en la oración: compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad.»

Mostrar autor fraternal

El amor fraternal es el indicador clave por medio del cual la iglesia le demuestra al mundo que es genuina y que pertenece a Cristo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (in. 13:35).

Un amor tal no es sólo obligatorio para los cristianos, sino además ineludible, pues «todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él» (1 Jn. 5:1). Antes, el apóstol Juan lo había razonado esto más enfáticamente: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto» (4:20). ¡Qué hipocresía tan grande manifiesta el que profesa ser cristiano pero no ama a otros creyentes!

La manifestación más elemental del amor fraternal tiene lugar cuando nos preocupamos por nuestros hermanos cristianos más que por nosotros mismos. Pablo nos recuerda la necesidad de esforzarnos por alcanzar este objetivo: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad,

estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros» (Fil. 2:3, 4).

La dedicación al amor fraternal debe ser una actitud instintiva de los creyentes, especialmente de aquellos que son espiritualmente maduros. Es por eso que Pablo dijo a los tesalonicenses: «Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros» (1 Ts. 4:9). El hecho de que Dios es nuestro común Padre celestial debe motivarnos a amar a los demás cristianos tan normal y naturalmente como amamos a los demás miembros de nuestra familia biológica.

La clase de amor fraternal a que se refiere Romanos 12:10 «Amaos los unos a los otros con amor fraternal» no es un afecto sentimental o superficial. Aquí y en otros lugares del Nuevo Testamento está basado en una preocupación profunda y sincera por la otra persona, y resulta en una dedicación práctica. «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1 Jn. 3:17). Si el amor nunca resulta en una aplicación práctica a favor de los hermanos cristianos, eso pone a prueba la realidad de nuestro amor a ellos y, en realidad, nuestro amor a Dios.

Juan sigue instándonos a dar una demostración firme de verdadero amor fraternal: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» El que dice que ama a sus hermanos y hermanas en Cristo, pero no lo prueba con sus acciones, es un hipócrita. Pero el que revela lo genuino de su amor por medio de sus obras, tiene integridad.

Preferirse los unos n los otros en cuanto a honra

La humildad es un aspecto crucial del amor fraternal, tan importante que casi se presume que los que realmente aman a sus hermanos cristianos se honrarán dándose preferencia los unos a los otros. El apóstol Pablo dio ese mandato en Romanos 12:10, pero ya antes, en el mismo capítulo, había explicado claramente la necesidad de la humildad cristiana: «Digo, pues, por

la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno» (v. 3; cp. Fil. 2:3).

El concepto de dar honra, en Romanos 12:10, no quiere decir en modo alguno que uno deba lisonjear o prodigar falsas alabanzas a los demás. Quiere decir, más bien, que debemos mostrar gratitud y respeto genuinos a los demás miembros de la familia de Dios. Los que dan cumplidos frívolos para ganar el favor de alguien descubren su premeditación y falta de integridad. Dios quiere que estimemos a nuestros hermanos y que nos apresuremos a reconocer sus logros.

Ser diligentes

Puesto que no hay lugar para la holgazanería y la indolencia en la obra del Señor, Pablo nos exhorta a no ser perezosos Salomón nos aconseja: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas: porque en el Seo¡ a donde vas, no hay obras, ni trabajo. ni ciencia, ni sabiduría» Necesitamos sacarle el máximo provecho al tiempo que el Señor nos ha dado en la tierra. Muchas oportunidades de servicio cristiano se nos ofrecen sólo una vez, y debemos aprovecharlas.

Carpe diem es una frase latina familiar que se ha popularizado aún más en los últimos años. Significa «aprovecha el día.» Ésa fue la perspectiva de Jesús toda su vida. Él dijo a los discípulos: «Me es necesario hacer las obras del que me envió, entretanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (Jn. 9:4). Cristo siempre buscó hacer el mejor y más efectivo uso de su ministerio, porque sabía que el Padre le había dado apenas un tiempo limitado en la tierra para que realizara su voluntad.

La falta de diligencia en servir a Cristo no sólo desperdicia oportunidades para llevar a cabo buenas obras, sino que también permite que prospere el mal: «Mirad. pues, con diligencia cómo andéis: no como necios sino cono sabios, aprovechando bien el tiempo. porque los días son malos» (Ef. 5:15. 16). El escritor de Proverbios 18 añade esta advertencia: «El que es

negligente en su trabajo es hermano del hombre disipador» (v. 9). La pereza es como la persona que desea tener una huerta abundante de hortalizas, pero no arranca las malas hierbas ni cuida de ella. También nos recuerda a los propietarios que descuidan cortar el césped o podar los árboles y arbustos de su casa (cp. Pr. 24:30-34).

Vale la pena hacer con entusiasmo y solicitud todo servicio para el Señor, pues Él recompensará a los que le sirven con diligencia. El autor de Hebreos tiene, de nuevo, palabras de ánimo e instrucción:

> Dios no es injusto para olvidar vuestra obra v el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos Y sirviéndoles aún. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el,liii, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe) la paciencia heredan las promesas.
>
> He. 6:10-12

Ser fervientes en espíritu

Henry Martyn, el fiel misionero en la India a principios del siglo XIX, solía decir que era el deseo de su corazón «quemarse para Dios». Ésa es la actitud reflejada en la declaración de Pablo en Romanos 12: 11, que nos insta a ser «fervientes en espíritu».

La palabra traducida como «fervientes» significa literalmente en griego «hervir». Sin embargo, la intención de Pablo era emplear la palabra metafóricamente. Los creyentes aplicados tienen que tener fervor suficiente para vigorizar su trabajo y su ministerio. Pero nunca deben llegar al extremo de sobrecalentarse y perder el control, dejando que sus emociones "hiervan" hasta derramarse.

Muchos fracasos, tanto en el hogar, como en el trabajo o en el ministerio, son sencillamente el resultado de la indiferencia y de la falta de dedicación. Los creyentes a menudo tienen buenas intenciones, pero cuando el celo desaparece no terminan nada. Pero un fervor sincero y equilibrado requiere

determinación y perseverancia. Pablo nos advierte a todos los fervientes en espíritu: «No nos cansemos, pues, de hacer bien: porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gá. 6:9).

El apóstol mismo fue un modelo de ese tipo de fervor. Él le dijo a la iglesia de Corinto: «Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire» Y a los colosenses dijo: «Por lo cual también trabajo» (Col. 1:29).

Servir al Señor

El quinto aspecto de conducta que debemos modelar ante los demás cristianos, es el servicio total y sin ambages a Dios. El «sirviendo al Señor» de Romanos es un llamado a que examinemos nuestras prioridades. También nos proporciona un punto central al cual dirigir nuestro fervor y diligencia. En primer lugar, todo lo que hagamos debe ser consistente con las Escrituras; y, en segundo, debe ser algo que no sea perjudicial a la causa de Cristo, sino que en realidad traiga gloria a su nombre. Una devoción más rigurosa al estándar del Señor nos ayuda a evitar o a eliminar muchas actividades infructuosas en nuestra vida personal y en nuestras iglesias.

En el versículo] Pablo emplea el término douleuo, que significa el servicio de un esclavo. Un esclavo era el más inferior de los sirvientes, cuya total existencia se centraba en hacer la voluntad de su dueño. Esclavo fue el mismo término que Pablo empleó en varias ocasiones para descrihir su propia relación con Jesucristo (p. ej., Ro. El apóstol siempre supo la importancia de tal papel: había sido llamado a servir a Dios y a predicar el evangelio de Cristo (cp. Ro. 1:9).

El Señor ha llamado a todos los creyentes a que le sirvan con un sentido de prioridad y de integridad. Pero no tenemos que confiar en nuestras propias fuerzas para hacerlo, así como no podemos valernos de nuestro propio poder para lograr la salvación. De lo que sí podemos estar seguros, al igual que Pablo, es que todo el poder espiritual que necesitamos para servir a Cristo también viene de El: «Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí» (Col. 1:29).

Estar gozosos en la esperanza

La búsqueda de la santidad práctica y de la integridad espiritual nos llevará inevitablemente a un cierta medida de oposición por parte del mundo y, a veces, incluso a algo de resentimiento por parte de hermanos creyentes. Es posible que experimentemos también un mayor o menor desengaño propio. Por ejemplo, después de muchos años de servicio fiel y constante al Señor, es posible que pudiéramos ver muy poco en frutos tangibles de nuestros esfuerzos. Sin la esperanza que Pablo menciona en Romanos 12:12, nunca triunfaríamos sobre tales obstáculos.

El concepto bíblico de la esperanza es uno del que podemos tener plena confianza. Pablo dice en Romanos 8:24, 25: «Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo'? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos» (cp. 1 Ts. 5:8; He. 6:17-19). La esperanza no está basada en ilusiones ni en la mera probabilidad; es un aspecto integral de nuestra salvación. También es cierto lo siguiente: el Señor ideó la salvación antes de la fundación del mundo, nos la garantizó en esta era presente, y promete perfeccionarla en el futuro. Jesucristo nos asegura: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera» (Jn. 6:37).

Dios nos da muchos incentivos para estar gozosos en la esperanza y, por tanto, razones para continuar viviendo rectamente. Él nos promete en esta vida presente que si somos «firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre» nuestro «trabajo en el Señor no es en vano» (1 Co. 15:58). Respecto al futuro, Dios promete a los creyentes fieles que les «está guardada la corona de justicia, la cual les] dará el Señor, el juez justo. en aquel a todos los que aman su venida» (2 Ti. 4:8: cp. Mt. 25:21).

Perseverar en /a /rilni/aciójn

Estos incentivos positivos y estas firmes promesas hacen posible que nosotros tengamos esperanzas en todas las situaciones, incluso en las más angustiosas. Si tenemos integridad, serviremos a nuestros hermanos cristianos teniendo como objetivo su bienestar. En consecuencia, estaremos

dispuestos a perseverar en las tribulaciones (Ro. 12:12), a no desanimarnos ante ningún obstáculo, y a soportar cualquier sufrimiento. El apóstol Pablo resalta los beneficios de esta clase de total perseverancia: «También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia Iperseveranciaj. y la paciencia prueba; y la prueba, esperanza, y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Ro. 5:3-5).

Ser ('o11St(II1trS ell la orUCiO11

Una de las principales razones por las que Dios nos desafía con la adversidad, es para que aprendamos a confiar más plenamente en Él. Y una faceta clave para confiar en el poder del Dios, antes que en el nuestro, es que seamos «constantes en la oración».

Pablo utiliza el término «constantes» en Romanos 12:12 para significar literalmente «firmes hacia algo» en el sentido de mantenerse firme y no vacilar. Los primeros cristianos, aun antes de que el Espíritu Santo descendiera sobre ellos en Pentecostés, estaban firmemente dedicados a la necesaria oración regular: «Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hch. 1:14: cp. 2:42). Los apóstoles también conocían la importancia (le este principio y estaban determinados a vivir de acuerdo a él. Por eso se negaron a dejarse desviar por otras exigencias. En vez de eso, dirigieron la elección de los primeros diáconos: «Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra» (Hch. 6:3, 4).

Al desarrollar la santidad práctica y la integridad, necesitamos hacer de la oración ferviente un hábito de cada día, tan regular como nuestras demás rutinas diarias. Si nos dedicamos seriamente a esta disciplina, oraremos «en el Espíritu Santo» y «sin cesar» (Jud. 20: 1 cp. Es por eso que Pablo instruyó a Timoteo: «Que los hombres oren en todo lugar. levantando manos santos» (1 Ti. 2:8).

/)(u•(1 1(!.c rle(esida(les de otros (,i-<,.rentes

Según las leyes de las culturas democráticas occidentales. la gente tiene el derecho de poseer ciertas cosas básicas. Pero. a los ojos de Dios, nadie es dueño de nada: El lo posee todo. Nosotros sólo somos mayordomos de los recursos que Él nos ha confiado. Uno de los modos más importantes como el Señor quiere que llevemos a cabo nuestras responsabilidades como mayordomos es «compartiendo paro las necesidades de los santos» (Ro. 12:13), nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

La palabra traducida como «compartiendo» del versículo 13, procede del mismo vocablo griego que emplearnos frecuentemente en su forma transliterada: koinonia. Significa básicamente tener algo en común o en asociación, lo que implica un compañerismo y un compartir mutuos (véase Hch. 2:42,44; 4:32). Pero aquí, en el contexto del versículo 13, el énfasis se halla en dar a los demás: de allí la traducción de «compartiendo». Pablo usó la misma forma verbal y con el mismo énfasis en 1 Timoteo 6:17, 18 cuando dijo a Timoteo: «A los ricos de este siglo manda... que sean dadivosos, generosos.»

Los creyentes de las diversas iglesias de Macedonia en las que Pablo ministró, estaban ansiosos de participar en la ofrenda que él había recolectado para los cristianos pobres de Judea. El siguiente pasaje de 2 Corintios, que describe la respuesta de los macedonios a la petición de Pablo de que participaran en la ofrenda, sigue siendo una amonestación clásica en cuanto a cuáles deben ser nuestras actitudes y acciones en lo que respecta a ayudar a los hermanos de la iglesia:

> Asimismo, lermanos, os hacemos .saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia: que en grande prueba (le tribulación, la abundancia de su r su pro/unda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues don testi►nonio de que con agrado l►an dado confirme a sus .fuerzas, Y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sitio que a sí mismos se dieron prin►erainente al Señor

Y luego a nosotros por la voluntad de Dios.

2 Co. 8:1-5

Practicar la hospitalidad

Pablo termina su lista de nuestras responsabilidades hacia los hermanos creyentes afirmando que tenemos el deber de «practicar la hospitalidad» con los demás (Ro. 12:13), especialmente con los cristianos. La frase significa literalmente «ejerciendo el amor hacia los desconocidos», lo que indica que no debemos únicamente esperar a que sucedan emergencias o situaciones extraordinarias para ayudar a alguien. En vez de eso, tenemos que buscar oportunidades en las que podarnos mostrar hospitalidad. El escritor a los cristianos hebreos ofrece esta advertencia adicional: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (He. 13:2).

La hospitalidad es una pauta o requisito bíblico para los ancianos [pastores[de la iglesia local (1 Ti. 3:2: Tit. 1:8). Los pastores y demás líderes de la iglesia deben estar siempre dispuestos a abrir su hogar y a servir las necesidades de los demás. La hospitalidad genuina también debe ser la característica de las mujeres espiritualmente maduras de la iglesia Todos los creyentes deben ser conocidos como personas que practican la hospitalidad. Es una cualidad esencial de la integridad cristiana, no una actividad incidental u opcional.

La segunda mitad de Hebreos 13:2, «algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles», se cita frecuentemente como nuestra motivación para ser hospitalarios. Pero Ésa no es una interpretación o aplicación exacta de la frase. No debemos mostrar hospitalidad a nuestros hermanos o los desconocidos simplemente porque creemos que algún día podríamos encontrarnos con individuos que son mensajeros sobrenaturales de Dios. El verdadero punto es que nunca podemos saber todas las ramificaciones de un sencillo acto de ayuda amorosa. El Señor quiere que ministremos porque entendemos que es correcto hacerlo y porque hay una necesidad.

En Génesis 18, Abraham consideró su ocasión de ayudar a los tres

hombres como una oportunidad, no como una manera de impresionar a unos viajeros que podrían ser ángeles. De hecho, se sintió humillado y privilegiado de que aceptaran su hospitalidad: «Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo» Al principio, Abraham no sabía que los tres hombres era especiales. pero aun así se ofreció a ayudarlos.

Jesús nos recuerda que siempre lo estamos sirviendo a Él cuando mostramos hospitalidad, especialmente a sus servidores: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» Si damos la espalda a los que necesitan comida, un lugar para alojarse, ropa, una visita en la cárcel o en el hospital, de hecho estamos dando la espalda a Cristo (v. 45).

NUESTRA RELACIÓN CON LOS DESCONOCIDOS Y CON TODOS LOS DEMÁS

La virtud de ministrar a los desconocidos forma un vínculo transicional entre nuestra relación con los hermanos cristianos y nuestra relación con todas las demás personas. Eso es así porque, cuando extendemos un acto de generosidad o de servicio a un extraño, esa persona podría ser un creyente o un no creyente. Tanto el autor de Hebreos como el apóstol Pablo nos hacen exhortaciones específicas acerca de nuestras obligaciones hacia los que no conocemos. Empecemos continuando nuestra mirada a la lista de rasgos de santidad práctica de Pablo, en Romanos 12:14-16.

Bendecir a los que nos persiguen

«Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis» (Ro. 12:14) es una de las exhortaciones más difíciles que se nos hacen en cuanto a la santidad práctica. Esto es algo que va ►nuy en contra de los sentimientos humanos naturales y de la lógica, pero Pablo nos insta a obedecerlo. Eso era simplemente de conformidad con el mandamiento original de Jesús: «Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.» (Le. 6:27,28; Mt. 5:44)

Para que no tengamos la tentación de pensar que las palabras de Jesús son

imprácticas y simplemente idealistas, Él nos da algunos ejemplos específicos de cómo debemos tratar a las personas que nos maltratan: «Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa. ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva» (Lc. 6:29, 30).

A más de esto, Cristo espera que tratemos a nuestros perseguidores como nuestros amigos. Él dijo a los discípulos: «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis'? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis'? Porque también los pecadores hacen lo mismo» (vv. 32, 33).

Jesús mismo es el máximo ejemplo de uno que bendijo a sus perseguidores. Mientras colgaba en la cruz, oró la oración más misericordiosa por los que quisieron matarlo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Le. 23:34). El apóstol Pedro nos recuerda el ejemplo del Salvador y nos dice que debemos adoptar la misma actitud cuando suframos persecución: «Pues para esto fuisteis llamados: porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:21-23).

Aprender a tener simpatía r empatía

Hebreos 13:3 nos insta a identificarnos con los que sufren necesidades y a hacer lo más posible, con la ayuda del Espíritu, por ponernos en su lugar: «Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos: y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo.» El punto es que debemos hacer por los demás lo que quisiéramos que ellos hicieran por nosotros, lo que es sólo una reiteración de la regla de oro de Jesús: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced con ellos: porque esto es la ley y los profetas» (Mt. 7:12).

Bajo inspiración divina, el autor de Hebreos nos trae a la esfera de lo

práctico en nuestra búsqueda de la integridad en todas nuestras relaciones con las personas. Sus palabras nos proporcionan un equilibrio en contra de la tendencia que a veces tenemos de espiritualizar la verdad y negar las realidades del dolor, de las luchas y de las pruebas de la vida. Nuestras propias dificultades nunca deben ser una excusa para no ministrar a los demás. Por el contrario, deben ser un incentivo y unas herramientas para ayudarnos a ser más comprensivos y más útiles a los demás.

Hay por lo menos cinco maneras significativas y prácticas con las que podemos simpatizar y tener empatía con los demás. Primero. podemos simplemente hacernos presentes cuando otros nos necesiten. Hay veces en que eso hace más para animar y fortalecer a nuestros amigos, que lo que pueda hacer cualquier palabra amable u obra buena.

Segundo, podemos dar ayuda directa a alguien. La parábola del buen samaritano (Le. 10:30-37) nos viene inmediatamente a la mente como un ejemplo de primera en cuanto a cómo ayudar a las necesidades físicas de alguien, tomando una responsabilidad directa por el bienestar de esa persona. La ofrenda pecuniaria de los filipenses ayudó mucho a que Pablo a extender su ministerio en Asia Menor. Su ofrenda fue también un gran estímulo espiritual: «Bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación» (Fil. 4:14).

Una tercera manera de mostrar empatía y simpatía es por medio de la oración. Pablo pedía a sus hermanos de la iglesia de Tesalónica que oraran por él (1 Ts. 5:25; 2 pero él también fue fiel en orar por ellos: «Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder» (2 Ts. 1:1 1).

Las palabras de despedida del apóstol a los colosenses incluyeron otra petición de oración: «Acordaos de mis prisiones» (Col. 4:18). No podían visitar a Pablo, y el dinero no habría servido de ayuda. Pero sabía que la oración era una poderosa manera en que los creyentes colosenses podían ayudarlo.

Romanos 12:15 nos ofrece otros dos principios para identificarnos con los altibajos de la vida de los demás: «Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.»

Visto superficialmente, el regocijarse con los que se regocijan podría parecer bastante fácil. Sin embargo, la tentación de dejarse atrapar por la envidia y el resentimiento está muchas veces presente cuando nos enteramos de buenas noticias acerca de otra persona. Su felicidad y su éxito podrían ser a costa nuestra, o sus circunstancias especiales podrían hacer que nuestros logros no fueran nada en comparación. Pero Dios nos pide que mostremos gozo cuando las cosas les van bien a los demás, especialmente a otros cristianos, sin importar lo mucho que quisiéramos hacer comparaciones desfavorables con nuestras propias circunstancias.

Cono siempre, el apóstol Pablo estableció el estándar y practicó lo que enseñaba. Él instruyó a los corintios: «Si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan» (1 Co. 12:26). Posteriormente, él les aseguró: «Mi gozo es el de todos vosotros» (2 Co. 2:3).

Por último, para desarrollar simpatía y empatía por los demás, debemos a veces «llorar con los que lloran». La compasión en un creyente es sumamente importante, porque refleja la actitud de nuestro Señor. Debemos estar dispuestos a sufrir dolores, desengaños, decepciones y los diversos reveses que los demás experimentan. El Señor es tan compasivo con nosotros, por su pueblo, que Jeremías el profeta declara acertadamente: «Nunca decayeron sus misericordias» (Lm. 3:22). Dios mostró en forma práctica su compasión cuando su Hijo, el Señor Jesús, lloró a causa de la muerte de su amigo Lázaro (Jn. 11:35). Y en esa ocasión Jesús también demostró gran simpatía por María y Marta, las hermanas de Lázaro. Si queremos conformarnos más a la imagen de Cristo, a veces tendremos que identificarnos con el dolor de los demás.

En resumen. Pablo dice: Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia Llevar mutuamente los dolores con simpatía y empatía cumple la ley de Cristo que es la del amor. Otra vez, Jesús es nuestro

insuperable modelo por excelencia: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades» (He. 4:15). Por consiguiente, no tenemos excusa o motivo para no compadecernos de otros, particularmente de creyentes, que tengan alguna necesidad.

Ser iniparc•iales

Romanos 12:16 empieza con el mandato de tener «un mismo sentir los unos por los otros». Varios capítulos más tarde, como para subrayar la importancia de las palabras. Pablo repite la frase: «Y el Dios de la perseverancia y de la exhortación os conceda que tengáis el mismo sentir los unos por los otros, según Cristo Jesús» (15:5). El apóstol está instándonos a que seamos imparciales en todos nuestros tratos con los demás, y especialmente con los de la iglesia.

La advertencia ►nás clara del Nuevo Testamento en contra de la parcialidad viene de la pluma del apóstol Santiago:

> Hermanos /)líos, que 1'ae.stra fe e11 nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción ¿le personas. Porque si en vuestra congregación entra 1111 lionihre con anillo (le oro Y con ropa v entra un pobre con resticlo Y miráis con agracio al que trae la rapa e.splénclicIti y le clecís: Siéntate tu aquí en h11cli lugar: r decís al pobre: Estafe tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿ no hacéis distinciones entre vosotros mismos, v venís a ser jaeces con malos pensamientos?... Pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y que dcíis convictos por la ley canto transgresores.
>
> Stg. 2:1-4, 9: cp. 1 Ti. 5:21

El principio de la práctica de la santidad no podría haber sido explicado e ilustrado de modo más efectivo. Si servimos a un Dios imparcial es imperativo que sirvamos a los demás imparcialmente y con completa integridad.

Evitar el elitismo

Pablo continúa en Romanos 12:16 con una advertencia que está íntimamente relacionada con la exhortación a ser imparcial: «No altivos, sino asociándoos con los humildes.» En esencia, nos instruye a guardarnos de cualquier tentación de ser elitistas o de desear un orgullo egocéntrico y desdeñoso. (No ser «altivos» significa literalmente que no «nos importen las cosas elevadas.»)

Si la parcialidad lleva a una condescendiente falta de respeto y a una aversión a los pobres, como enseña el pasaje de Santiago 2, entonces no nos sorprende que el apóstol Pablo nos diga: «asociándoos con los humildes». La cuestión no es que debamos necesariamente dejar de tener relación con las personas ricas o influyentes. Pero sí debemos tomar en cuenta y actuar en cuanto a la mayor obligación que tenemos hacia los pobres, por el simple hecho de que ellos están mucho más necesitados.

En la iglesia no hay lugar para una aristocracia ni para una elite pudiente. Cuando existe una actitud así, la integridad del ministerio sufre. Nuestro Señor Jesucristo explica maravillosamente bien con una ilustración descriptiva y convincente, nuestra obligación de asociarnos con los más humildes y de satisfacer sus necesidades. En la ilustración que sigue. Cristo no está condenando el que invitemos a familiares, amigos o personas a nuestro hogar. Sin embargo, está revelando lo pecaminoso de nuestra motivación censurable y egoísta al invitar sólo a personas que pueden retribuirnos:

> «Cuando hagas comida o cena, no llames a hts amigos, ni a tus hermanos, ti¡ a tus parientes, ti¡ a vecinos ricos; no sea que ellos a su ve;, te vuelvan n convida,: Y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, 1/(1111((a los pobres, los nulncos, los cojos r los c ie'os; r servís bienaventurado; porque ellos no tt, pueden recompensen; pero te será recompensado en la de los
>
> Lc. 14:12-14

Evitar el orgullo

La sola idea de un cristiano engreído que confía sólo en su propio juicio,

es inconsistente con lo que él es. Del mismo nodo que no hay lugar en la iglesia para el elitismo social, tampoco hay lugar para el elitismo intelectual. En la última frase de Romanos 12:16. el apóstol Pablo da a todos los creyentes este franco mandato: «No seáis sabios en vuestra propia opinión.» Este concepto no está limitado a la correspondencia de Pablo con los romanos (cp. Fil. 2:3); ni siquiera al Nuevo Testamento. El escritor de Proverbios 3, probablemente Salomón, dice: «No seas sabio en tu propia opinión» La advertencia en contra del orgullo es un principio bíblico bien establecido, que no debemos ignorar.

Para subrayar aún más la importancia de este principio, consideremos el clásico discurso de Pablo sobre la sabiduría del hombre en comparación con la de Dios:

> «Pites mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois ►nuchos .sabios según la carne, ni nwchos poderosos. ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzara lo fuerte; y lo vil del mundo v lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se Jacte en su presencia. Mas por el estáis vosotros en cristo Jesús, el cual nos ha sido ltec•ho por Dios sabiduría, justificación, santificación v redención; para que, congo está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.»
>
> 1 Co. 1:26-31

Si anhelamos servir a Cristo con fidelidad, practicar la santidad y vivir con integridad, nos someteremos humildemente a la voluntad de Dios que encontramos en su Palabra. Nuestra verdadera confianza no puede residir en nosotros mismos, ni en nuestra propia sabiduría y talentos, sino sólo en Él.

NUESTRA RELACIÓN CON NUESTROS ENEMIGOS PERSONALES

Como ya hemos señalado, uno de los aspectos más difíciles y desafiantes en la búsqueda de la santidad práctica es: ¿Qué actitud debemos tener hacia quienes nos persiguen? (Ro. 12:14). Tratar a nuestros perseguidores como nuestros amigos y bendecirlos es algo contrario a nuestra carne no redimida.

En verdad, necesitamos el máximo de ayuda divina y de orientación bíblica para relacionarnos apropiadamente con nuestros opositores. Por eso, en Romanos 12:17-21, el apóstol Pablo vuelve al tema del versículo 14 y lo desarrolla en detalle.

No pagar mal /por nuil

Pablo nos advierte, en primer lugar: «No paguéis a nadie mal por mal» Aquí Pablo intenta clarificar el malentendido que podríamos tener de la ley del Antiguo Testamento que decía: «Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe» (Éx. 21:23-25).

Esos versículos de Éxodo 21 pertenecían a ¡ajusticia civil de Israel y no eran aplicables a la venganza personal. De hecho, el propósito principal de tales leyes era el de asegurar que el castigo fuera proporcional al delito Por ejemplo, alguien que fuera encontrado culpable de sacarle un ojo a otra persona podía sufrir la pérdida de su propio ojo. pero nada más.

Los agravios personales, aun las injusticias más horribles, no deben arreglarse por medio de la venganza. Como personas que deseamos obedecer a Cristo en todo, no debemos tomar la ley en nuestras manos ni buscar justicia por el medio más oportuno o que nos resulte personalmente más satisfactorio. Aun la mayor parte de la sociedad secular sigue desaprobando firmemente la mentalidad vigilante parapolicial. Los asuntos de justicia legal deben dejarse en manos de las autoridades civiles establecidas por Dios (cp. Ro. 13:1-7).

El apóstol Pedro nos reafirma, en su primera epístola, la verdad de las exhortaciones de Pablo en cuanto a pagar mal por mal: «Finalmente. sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición» (3:8. 9).

Acatar lo correcto

En la segunda mitad de Romanos 12:17, Pablo nos pertrecha con un poderoso antídoto contra la tentación de devolver rabiosamente mal por mal. Él nos insta: «Procurad lo bueno delante de todos los hombres.» Si honestamente hacemos eso, desarrollaremos, con la ayuda de Dios, una actitud correcta hacia los que se oponen a nosotros.

Esa actitud de acatamiento nos prepara por anticipado para responder al mal con el bien, en vez de hacerlo con el mal. La benevolencia que el Señor espera que expresemos en esas situaciones no debe ser pasiva e interna, sino activa y externa, para que otros puedan verla. De ese modo, nuestra amable conducta hacia nuestros enemigos debe ser un testimonio positivo para ellos, y adornará en todo «la doctrina de Dios nuestro Salvador» (Tit. 2:10).

Estar en pea:. con todos

Una relación pacífica, por definición, no puede ser de un solo lado. Por consiguiente, esta característica de nuestra relación con nuestros enemigos no ocurrirá siempre. Con sólo examinar lo que el apóstol Pablo escribe en Romanos 12:1x: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres», podemos concluir que vivir en paz con los demás es un mandato condicional. Por lo menos. la mitad del éxito depende de las actitudes y reacciones de la otra persona.

Con todo, la naturaleza condicional de la exhortación de Pablo en lo referente a las relaciones pacíficas no quiere decir que sea opcional. Cualquier creyente que quiera vivir con integridad no tiene ninguna excusa en lo que atañe a su responsabilidad de buscar con afán la paz en todas sus relaciones. El Señor quiere que tengamos el deseo interior de vivir sinceramente en paz con toda clase de personas, hasta con los más antipáticos, los más desconsiderados, los más hostiles y los más detestables.

Siempre y cuando no comprometamos las limitaciones que establece la Biblia en nuestras relaciones con no creyentes, Dios quiere que estemos dispuestos a hacer todo lo posible por ayudar a tener relaciones pacíficas con cualquier persona que nos odie u hostilice. Eso quiere decir que no podemos guardarles rencor. Debemos, en cambio, extenderles perdón genuino y

verdadero. Entonces podremos comenzar sinceramente el proceso de buscar la reconciliación, cuyo resultado estará en las manos de Dios.

Vencer el mal con el bien

El apóstol Pablo finaliza el pasaje de Romanos 12, en cuanto la relación de los cristianos con sus enemigos, citando el antiguo mandamiento: «Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza» (v. 20; cp. Pr. 25:21, 22). Después de condenar una vez más el pecado de la venganza personal (Ro. 12:19), Pablo utiliza el Antiguo Testamento para confrontarnos con el aspecto, más difícil y determinante, de tratar con el mal. Para evitar vengarnos de otro, lo único que tenemos que hacer es no hacer nada. Pero es mucho más desafiante ir más allá de esa respuesta pasiva y pagar con una buena acción una mala acción.

La idea de colocar carbones encendidos sobre la cabeza de alguien se refiere a una antigua costumbre egipcia. Si alguien quería mostrar públicamente su arrepentimiento, llevaba una cacerola con carbones ardientes sobre la cabeza. Ese simbolismo representaba un reconocimiento de dolor, culpa y vergüenza. En un contexto moderno, si suplimos amorosamente las necesidades de alguien y somos amables con esa persona, aunque haya pecado contra nosotros, la avergonzamos por su mala conducta.

Pablo resume sus enseñanzas acerca de la relación con nuestros enemigos instándonos encarecidamente a no dejar que el mal nos derrote: «No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» Eso significa que nada malo que nos hayan hecho otras personas debe anonadarnos. Y, más importante aun, una mala reacción de nuestra parte nunca debe vencernos.

Sin embargo, nada de eso nos sucederá si mantenemos en orden nuestras prioridades. Y nuestras prioridades estarán en orden si simplemente confiamos en el poder de Dios de ayudarnos a cumplir con las responsabilidades de la santidad práctica, es decir, las actitudes y acciones bíblicas que hemos discutido en este capítulo. Si concentramos nuestras energías en esa dirección, no tendremos tiempo para ser intimidados y

abrumados por las cosas negativas que otras personas puedan lanzarnos. Al mismo tiempo, estaremos tan controlados por el Espíritu Santo que nuestras propias inclinaciones carnales no nos consumirán y controlarán la manera como os relacionaremos con los que se oponen a nosotros. Como afirma Pablo en Romanos la clave en todas estas situaciones es vencer «con el bien el mal.»

Ésa es una conclusión apropiada a nuestra mirada al poder de la integridad, porque resume la perspectiva que debemos mantener en todo momento. Vivimos en un mundo malo y la único bueno que hay en él es lo que Dios le da. Y Él logra esto básicamente a través de nuestra obediencia fiel a su persona.

En realidad, el poder de la integridad es algo sencillo: obedecer a Dios y esperar que Él nos utilice para transformar las vidas de las personas que están a nuestro alrededor. Lo opuesto de la obediencia es el compromiso, pero a nadie impresionará mucho esto, ya que comprometer sus convicciones es tan característico de la gente hoy en día. Usted necesita distinguirse y se parte de los que nombran a Jesucristo como su Señor y Salvador. Cuando lo haga, cumplirá con los versículos que subrayarnos al comienzo de este libro: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo'? ¿Quién morará en tu monte santo'? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón» (Sal. 15:1. 2).



GUÍA DE ESTUDIO

CAPÍTULO 1: UN VALOR INCOMPARABLE

Resumen del (-u¡)ítalo

El alma y corazón del cristianismo es la relación del creyente con Cristo. Cono tal, es el punto de arranque para tener una vida de integridad.

Comience (elija unce)

una lista de las cosas que usted realmente valora. -,Qué tomaría consigo, por ejemplo, si supiera que un tornado que se está acercando rápidamente probablemente destruiría su casa? Ahora divida su lista en dos categorías: bienes materiales y relaciones personales. ¿Qué categoría es más importante que la otra?

reemplazara un árbol o un arbusto que se está muriendo. en su jardín, con uno nuevo, ¿qué haría con la vieja planta'? ¿Habría algún un motivo legítimo para injertar alguna de las viejas ramas en el árbol nuevo'?

1. ¿Qué es el alma y corazón de todo el cristianismo. Explique.

de que Cristo se le apareciera en el camino de Damasco, ¿qué valoraba Pablo y por qué? ¿Qué llegó a comprender Pablo de estas cosas después de su encuentro con Cristo?

qué cambio se produce cuando una persona acepta a Cristo. ¿Qué le pasa a la vieja naturaleza del creyente?

cambios deben ocurrir en el estilo de vida de una persona después de hacerse cristiana? ¿Por qué?

efecto tiene la salvación de una persona en su mente?

lo que significa «conocer» a Cristo.

es el mayor beneficio que un creyente recibe cuando se salva? Explique.

de qué manera el conocimiento de la resurrección de Cristo es de ayuda para los cristianos en su diaria batalla contra el pecado.

qué maneras ayudan al cristiano el sufrimiento y la persecución?

Ore

a Dios que le hable en esas áreas de su relación con Cristo en las que necesita mejorar. Y cuando lo haga, pídale que le guíe en cuanto a cómo puede usted comenzar específicamente a poner en práctica las verdades espirituales cada día.

al Señor que le revele las maneras en que usted tiende a seguir las prioridades del mundo y a transigir con la verdad de Él. Y cuando lo haga, ore que lo guíe en cuanto a qué hacer para revertir esas tendencias.

Aplique

Lea y estudie Colosenses 3:1-17. Haga una lista de cada palabra o frase que se refiera a transformación o renovación. Al lado de cada una. escriba qué clase de conducta debe resultar de esa transformación. Comience a establecer nietas y objetivos para lograr esas pautas de conducta de modo que refleje mejor su entrega a Cristo.

CAPÍTULO 2:
LA INTEGRIDAD DOCTRINAL

Resumen del ccupítulo

Además de nuestra relación con Cristo, el mejor recurso para vivir con integridad es una sincera consagración a la Palabra de Dios cono la autoridad final en cuanto a la verdad y a la conducta.

Comience (elija una)

mayoría de ustedes indudablemente han comprado o recibido como regalo un objeto que requirió cierta ensambladura. ¿Cómo abordó la tarea'? ¿Empezó enseguida sin leer las instrucciones, dio un vistazo rápido a las explicaciones y comenzó a trabajar, o siguió las recomendaciones detalladamente mientras juntaba cada parte? ¿Qué tan fácil o tan difícil le fue el proceso'?

cosas de este mundo están disponibles a un precio justo. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar, por ejemplo, para tener el coche de sus sueños? ¿Cuánto pagaría por viajar a su lugar favorito en el mundo? ¿Cuánto pagaría por la casa de sus sueños'? ¿Cuánto estaría dispuesto para proteger la Palabra de Dios de los que quisieran comprometerla'? ¿Protegería la Palabra de Dios a costa de su propia vida'?

Responda

lleva. finalmente. a los cristianos a comprometer las normas de Dios?

son algunas de las maneras como la Palabra de Dios es comprometida en la iglesia actualmente'?

qué el liderazgo de muchas iglesias es ejercido por cristianos inmaduros?

es la base final de la unidad en la iglesia? ¿De qué maneras ha sido comprometida la unidad en el cristianismo hoy en día'?

es la misión de la iglesia en el mundo'? Explique.

puede cada cristiano salvaguardar la Palabra de Dios de aquellos que desean comprometer sus verdades'?

es la verdad central de la Palabra de Dios que todos los creyentes deben proclamar'?

de qué manera utiliza el Espíritu Santo al evangelio para alcanzar a los que Dios ha preparado para salvación.

debe caracterizar a todos los que buscan llegar a ser líderes en la iglesia'?

10. ¿Qué debe existir en cada creyente antes de que pueda vivir la vida cristiana con efectividad'?

O►-e

a Dios que le dirija a una o más personas a quienes pueda predicar el evangelio. Pídale que le dé valor y humildad al hacer su presentación, sabiendo que sólo Él puede darles el don de la salvación.

por su iglesia y sus dirigentes. Ellos tienen una gran responsabilidad delante de Dios, y una de éstas es ser sinceros y leales a su Palabra. Pídale a Dios que los ayude a alimentarse constantemente de su Palabra y a permanecer dedicados a vivir su verdad cada momento y día tras día.

Aplique

Repase la lista de actividades que todo cristiano deber hacer para salvaguardar la verdad divina. Tome cada día una de esas obligaciones y

decida lo que puede hacer para convertir esa responsabilidad en una realidad de su vida. Empiece a incorporar cada obligación en su vida hasta que se convierta en un buen hábito.

CAPÍTULO 3:
EN BUSCA DE LA SANTIDAD

Resumen del capítulo

El tercer componente necesario para una vida de integridad es tener un deseo de santidad, lo cual producirá fruto espiritual en la vida de un cristiano, que honrará a Dios.

Comience (elija imn)

tan insistente en su jefe con usted para que mejore su trabajo'? ¿Se ajusta la actitud de su jefe a los planes que usted tiene en cuanto a su progreso profesional? ¿Por qué sí o por qué no"

hemos observado una declinación en la dedicación a la excelencia en el mundo actual. Diga brevemente una experiencia que personalmente le subraye a usted dramáticamente ese hecho. ¿Qué virtud que no estuvo presente pudiera haber marcado una diferencia positiva en esa situación"

Responda

ocurrió al final del ministerio terrenal de Jesús que debe animarnos cada día a vivir una vida piadosa (véase Ro. 7:1)"

otras dos cualidades juntaba a veces el apóstol Pablo con el amor'? ¿Cuál de las tres consideraba el superior'?

qué manera es el criterio básico del mundo en cuanto al amor, lo más diferente del amor decisivo (ágape) por el que Pablo oraba?

y en qué ocasión demostró mejor Jesús un amor dinámico hacia sus discípulos'?

«aprobamos lo mejor», ¿qué cualidad estamos exhibiendo? ¿Qué elecciones abarca esta cualidad'?

es una buena y breve definición de integridad espiritual? ¿Cómo se puede ilustrar este concepto?

era «examinar a la luz del sol»? ¿Cómo se relaciona esto con la búsqueda de la santidad?

son los dos tipos básicos de buenas obras en el Nuevo Testamento?

cualidad práctica del carácter es necesaria si queremos permanecer en Cristo y obedecer fielmente su Palabra? ¿Cómo sabrán los demás si poseemos esta cualidad?

Ore

a Dios que la calidad del amor en su vida sea más cada día como Él quiere que sea, y menos cada día como el mundo la exhibe.

al Señor que lo haga un cristiano reflexivo, uno que pueda discernir entre lo bueno y lo mejor. Ore por un asunto específico en el que necesite orientación y sabiduría para elegir la mejor opción.

Aplique

Lea. estudie y medite Juan 13:3-17. Note especialmente el contraste entre la actitud de Cristo y la de Pedro. Pídale al Señor que le dé una oportunidad en los próximos treinta días para dar una mano amorosa a alguien que tenga una necesidad particular. Esté alerta a las necesidades de la personas de su iglesia. pero no descuide a sus vecinos y compañeros de trabajo.

CAPÍTULO 4:
LOS RESULTADOS DE UNA VIDA
SIN CONCESIONES

Resumen del capítulo

El estilo de vida sin concesiones de Daniel es un ejemplo excelente e inequívoco de lo que significa vivir con integridad.

Comience (elija uncí)

una persona contemporánea que le haya servido de gran inspiración en lo referente a integridad. Diga brevemente porque la escogió. (La persona puede ser alguien a quien usted conozca personalmente o alguien a quien el resto del grupo reconocería.)

cultura actual parece hacernos cada vez más difícil saber dónde llegar en cuanto a ciertas convicciones y prácticas. Hable de algo en este sentido que signifique para usted un desafío especial.

Responda

cualidades personales busca el mundo cuando hay que llenar posiciones importantes de liderazgo (véase Dn. 1:3, 4)?

se convirtió el término caldeo en sinónimo de huhilonin'>

objetivo final tenían en mente los babilonios para el programa reeducativo de Daniel'?

algunos otros personajes importantes de la Biblia que demostraran una

atrevida osadía al confiar en el Señor.

qué manera estableció Dios unas pautas superiores para los sacerdotes ¿Tiene esto alguna aplicación para los dirigentes de la iglesia hoy?

y de qué manera ilustró Pablo la clase de perseverancia de Daniel (véase especialmente Hch. 20:24; 21:10-14)?

normas esenciales debe sostener una fe acendrada? ¿Cuál es la fuente de estas normas?

Ore

las cinco características de la integridad descritas en este capítulo y pida a Dios que fortalezca las que son débiles en su vida.

a Dios que le ayude a utilizar las Escrituras para decidir hasta dónde puede llegar en cuanto a sus convicciones. Pase un tiempo extra en oración si está enfrentando un asunto que está poniendo a prueba su determinación de no comprometer su testimonio.

Aplique

Lea todo el libro de Daniel durante las dos próximas semanas. Tome notas cada día y copie versículos específicos que le conmuevan en cuanto a la sabiduría e integridad de Daniel. (Un pasaje al que pudiera dedicarle más estudio y meditación sería la oración de Daniel en 9:4-19.)

CAPÍTULO 5:
EL HORNO DE FUEGO Y LOS LEONES

Resumen del capítulo

Junto con la cruel oposición de sus adversarios mundanos, el horno de fuego y el foso de los leones pusieron a prueba la integridad de Daniel y la de sus tres amigos, pero fracasaron en su intento de destruirla.

Comience (elija una)

lo que cree en cuanto a lo prudente que resulta defender una convicción personal respecto de algo sobre lo que la Biblia no dice nada. Si alguna vez intentó adherirse a tal principio, ¿fue su experiencia tan exitosa como la de Hudson Taylor'?

presión del grupo puede ser algo difícil de resistir. ¿Hasta qué punto es esto para usted un problema en su hogar. en su trabajo o en su escuela? ¿Cómo se las está arreglando'?

Responda

motivó a Nabucodonosor a erigir la enorme estatua en Daniel 2'?

qué se resintieron contra los tres amigos de Daniel los funcionarios de menor jerarquía? ¿Qué aumentó ese resentimiento'?

era el poco común elevado estándar que les permitió a Sadrac, Mesac y Ahed-nego resistirse a seguir a la multitud?

qué manera afectó al rey la conducta de los tres hombres?

par de cosas en cuanto a Daniel indica la expresión «espíritu superior»'?

qué tuvieron que recurrir a una estratagema novedosa los opositores de Daniel en su intento de atraparlo en una falta?

efecto tuvo el estilo de vida de Daniel sobre las palabras y acciones del rey Darío?

Ore

por los esfuerzos misioneros en áreas (por ejemplo, en los países islámicos) donde la cultura es especialmente resistente al evangelio. Si usted conoce a algún misionero específico que podría estar sufriendo persecución, ore por él.

a Dios que le ayude a ser diligente y honesto en todo lo que haga, y a evitar la tentación de tomar atajos.

Aplique

Memorice Salmos 18:22,23 o 84:11, 12, y busque una oportunidad para compartirlo con alguien en los próximos treinta días.

CAPÍTULO 6:
EN DEFENSA DE LA INTEGRIDAD

Resumen del capítulo

Pablo fue un modelo por excelencia en cuanto a integridad y firmeza. Cuando se vio obligado a defender su integridad frente a ataques falsos, lo hizo con claridad, seriedad y humildad.

Comience (elija una)

muestra este capítulo, nuestra fe es la cosa más importante a defender en la vida. Mencione otras áreas que el mundo considera importantes. Según su experiencia, ¿cuál es la cosa que la gente más estima en su vida'? ¿Por qué razón'?

tija usted regularmente metas de autosuperación o de logros? ¿Por qué sí o por qué no'? ¿Qué ha encontrado más útil corno recurso motivacional que le ha servido de ayuda para alcanzar esas metas'?

Responda

asuntos básicos estaban involucrados en la Controversia sobre la Declinación que ocurrió en el tiempo de Charles Spurgeon'?

qué cosas acusaban a Pablo sus opositores'? ¿Cuál era su motivación'?

tuvo muchas razones para querer defender su integridad, pero ¿cuál era el asunto fundamental (véase 2 Co. 4:7)'1

es un sinónimo de temor, como en «el temor de Dios»'? Cite una referencia bíblica para ilustrar esto.

prudente actitud eligió Pablo para enfrentarse a los diversos ataques personales que le lanzaron sus enemigos'?

significa el término «locos» en 2 Corintios 5:13? ¿Por qué es tan importante interpretarlo correctamente?

razón dominante tenía Pablo para sentir tanta gratitud por el amor de Cristo? ¿Cómo debe afectar esta razón a todos los creyentes? Explique.

pasaje, quizás, explica mejor la intensidad de la carga de Pablo por los perdidos?

es una buena definición, en una frase, de humildad?

10. ¿Por qué podía Pablo sentirse satisfecho con ministrar dentro de ciertos límites? Dé varias razones.

reconocimiento buscaban los falsos maestros en la iglesia de Corinto'?

12. ¿Cuáles son las dos normas humanas más comunes por las que la gente intenta calibrar la bendición de Dios por sus ministerios?

Ore

pidiendo al Señor que le dé cada día hambre de su verdad y de su justicia.

las áreas de su vida en que podría estar siendo muy orgulloso. Ore pidiendo que Dios y su Palabra le muestren maneras de ser más humilde.

Aplique

Copie 2 Corintios 4:7 o Miqueas 6:8 en una ficha y colóquela donde pueda verla con frecuencia durante los próximos siete días. Deje que el versículo le sirva de recordatorio en los momentos que el orgullo esté presente en sus palabras, acciones y actitudes. Haga esto por un tiempo

suficientemente largo para que pueda ocuparse de su desarrollo en la humildad; y anote las veces que recordó y que olvidó el versículo cuando su orgullo le puso a prueba. Evalúe su progreso después de varios meses.

CAPÍTULO 7: CON TEMOR Y TEMBLOR: EL ANTÍDOTO CONTRA LA HIPOCRESÍA

Resumen del capítulo

El ideal remedio bíblico contra la hipocresía es buscar con afán la santificación, teniendo conciencia al mismo tiempo de nuestra absoluta dependencia de Dios en cuanto a los resultados.

Comience (elija uuu)

su opinión, ¿cuál es la manera más frecuente de las personas demostrar hipocresía en su vida diaria'? ¿Cuál es el mejor procedimiento que usted ha encontrado para manejar esa conducta'?

estas alturas de su experiencia cristiana, ¿qué enfoque en cuanto a la santificación personal le ha enseñado más'.' ¿Ha tratado de aplicar esa enseñanza? ¿Qué tal le ha funcionado?

Responda

fue el concepto original de hipócrita?

la hipocresía muy generalizada durante un cierto período de la Biblia o de la historia de la iglesia'?

por lo menos, tres pasajes de la Biblia que traten del tema de la hipocresía.

es el énfasis principal del quietismo? ¿Qué versículo es utilizado con

frecuencia para apoyar esta perspectiva'?

defiende el pietismo'? ¿Cómo puede eso ser dañino a nuestro andar con Cristo'?

idea nos proporciona el antiguo escritor Estrabón para entender la expresión «ocupaos» de Filipenses 2:12?

brevemente la interpretación adecuada de la frase «con temor y temblor.»

dos actitudes inspiradas por Dios deben motivarnos a desear la santidad?

Filipenses 2:13, ¿qué debe motivarnos, como cristianos, a hacer buenas obras? ¿Cuál es otro significado de «buena voluntad» en este versículo?

otro ingrediente nos es necesario para tener éxito en el proceso de santificación (1 Co. 9:25-27)?

Ore

devotamente su corazón en los días que siguen, y pídale al Señor que le muestre cualquier área de su vida en que se haya comportado regularmente de forma hipócrita. Arrepiéntase de esas acciones y pida a Dios que le ayude a ser más fiel. Si su mente no le reprocha nada, agradézcale sus fieles misericordias para con usted.

a Dios que le dé una vida cristiana más equilibrada, que esté basada en la verdad de Filipenses 2:12, 13.

Aplique

Aparte un tiempo para tener un largo período de oración, tomando como base la lectura de Reyes 8:56-61. Tómese el tiempo necesario para orar en cada versículo y en cada pensamiento importante. Escriba las cosas que el

Señor hable a su corazón, que pueda poner en práctica para conformarse mejor a los deseos expresados por Salomón (por ejemplo, un mal hábito que debe abandonar, un modo de ser más aplicado en su estudio de la Biblia, etc.).

CAPÍTULO 8:
LA RENDICIÓN A DIOS

Resumen del capítulo

Si siempre ponemos a Dios en primer lugar y tratamos de obedecer varios principios de Hebreos 13:10-21, serenos personas que viviremos sin claudicaciones en un mundo agitado.

Comience (elija una)

que por un día, o aun por una semana, no pudiera usted utilizar una agenda o un calendario de actividades. ¿Cómo afectaría eso su uso del tiempo y el control de sus prioridades? ¿Cree que lograría hacer tantas cosas como de costumbre?

la persona que supervisa su trabajo alguien con la que resulta fácil o difícil relacionarse y trabajar? Comparta brevemente una experiencia en la que le resultó un desafío el someterse a ella. ¿Cómo resolvió la situación?

Responda

historia en Lucas 10:38-42 ilustra la dificultad que pueden tener los creyentes al tratar de buscar a Dios primero?

denota Hebreos 13:12 al decir que Jesús «padeció fuera de la puerta»'?

ser exactos, ¿cómo afecta la separación del mundo nuestra relación con los no creyentes'?

actitud debe acompañar siempre a nuestras acciones de un estilo de vida sacrificial'? ¿Cuáles tres versículos de Salmos ilustran eso'?

qué tres categorías de personas se nos manda que les seamos sumisos en el servicio y la obediencia:'

reto experimentan los líderes espirituales con mayor intensidad que el cristiano promedio, y qué debe eso instarnos a hacer'?

Ore

a Dios que le haga consciente cada día de que Él debe ser lo primero en su vida.

pidiendo al Señor que le ayude a vencer y a apartarse de las tentaciones mundanas y de los pecados que amenazan su vida de integridad.

Aplique

Escriba una nota de estímulo y aprecio a un funcionario público local, estatal o nacional, y dígale que lo está apoyando con sus oraciones. Tal vez quiere incluir algunos versículos bíblicos o un pequeña porción de literatura cristiana (un tratado o folleto).

CAPÍTULO 9:
LAS RESPONSABILIDADES DE LA SANTIDAD PERSONAL

Resumen del cahítulo

Ser personas de integridad significa que los cristianos cultivarán activamente un estilo de vida de santidad personal en asuntos tales como la pureza sexual, el estar satisfechos con lo que tienen, la firmeza doctrinal y el amor genuino.

Comience (elija una)

nosotros nos topamos con mensajes comerciales diversos cada día. Describa uno que haya escuchado recientemente. ¿Ya le tiene cansado? ¿De qué manera promueve la insatisfacción?

escogería usted como lo primero en lo cual ha demostrado mayor irresponsihilidad la sociedad contemporánea (esto puede ser una idea, una filosofía, una actividad, una omisión, etc.)? ¿Ha afectado esto su conducta o su apatía? De ser así, ¿de qué manera y hasta qué punto'? ¿De qué maneras prácticas puede usted evitar ser afectado de ese modo?

Re.shonda

son tres maneras en que los cristianos pueden honrar el matrimonio?

es la avaricia y cómo se demuestra con mayor frecuencia, según la Biblia?

dos de los cuatro principios que ofrece este capítulo para tener contentamiento y encontrar apoyo bíblico.

afecta nuestra vida cristiana una doctrina impura o mal entendida'?

son tres enseñanzas falsas específicas que han dañado a la iglesia durante su historia'?

de qué cualidad neotestamentaria en cuanto al carácter giran todas las demás'?

ha hecho al sentido de indignación de la mayoría de los cristianos el permanente bombardeo de noticias y las formas de entretenimiento de la impía cultura contemporánea'?

es la clave para seguir «lo bueno» (Ro. 12:9)'?

Ore

gracias a Dios por las cosas materiales con que le ha bendecido, y pídale que le permita tener un mayor grado de contentamiento.

momento de la próxima semana dedique un tiempo especial a orar por su nación y por su comunidad. Pídale al Señor que le haga a usted y a otros creyentes más sensibles al mal y a la injusticia, y más resueltos a salir en defensa de lo justo.

Aplique

Elija un período de dos semanas en un futuro cercano en el que verá menos televisión cada día. Reduzca el tiempo en. por lo menos, una hora diaria, y haga planes para utilizar ese tiempo en algo diferente. Lleve un diario escrito de su progreso y anote lo que Dios le enseñe a lo largo del proceso. (Si no tiene televisión, programe algún tiempo adicional de lectura, ya sea de la Biblia o de algún libro cristiano que haya tenido la intención de leer.)

CAPÍTULO 10:
LAS OBLIGACIONES DE LA SANTIDAD PRÁCTICA

Re.snnten del ca/)ítalo

Cuando estamos dedicados al concepto de la santidad personal a largo plazo, esa actitud se reflejará en un amor genuino, en una preocupación práctica, y en buenas obras por los demás, tanto por los hermanos en la fe como por no creyentes.

Comience (ell/U n11U)

connotación tiene para usted el término obligación" ¿Se hace menos negativo si lo aplica a los asuntos de la familia, en contraste con los que tienen que ver con su trabajo? ,,Por qué sí y por qué no"

general. cree usted que la gente es ahora más trabajadora que lo era hace una generación? Dé algunas razones y ejemplos que su respuesta.

Responda

es la demostración más simple que podemos dar del amor fraternal (véase Fil. 2:3.4)"

debemos evitar cuando estamos dando honra otros creyentes'?

trabajo duro y los efectos negativos de la holgazanería son como las dos caras de una moneda. ¿Cuáles son sus resultados en cada caso'?

nos ayuda a entender el significado griego de «fervientes», de Romanos 12:11. la enseñanza de Pablo aquí?

par de factores necesitamos considerar cuando examinamos nuestras prioridades para servir a Cristo?

qué forma difiere el uso bíblico de esperanza de la manera como la gente entiende normalmente ese término hoy en día (véase Ro. 8:24, 25)'?

es uno de los principios al que los apóstoles estaban tan dedicados, que los impulsó a escoger diáconos (Hch. 6:3, 4)'?

qué manera se interpreta mal la segunda parte de Hebreos 13:2? ¿Cómo debe interpretarse, en realidad'?

ejemplos prácticos y específicos dio Jesús en cuanto a cómo debemos tratar a los que nos tratan mal 30)?

tres de las cinco maneras prácticas como podemos sentir simpatía o empatía por los demás. ¿Qué referencias bíblicas apoyan su enumeración'?

11. ¿Contra qué nos previene Pablo con la última frase de Romanos 12:16? ¿Hay otras referencias bíblicas que nos hacen la misma advertencia?

12. ¿Qué significa Éxodo 21:23-25, y cómo se aplica a los creyentes hoy'?

13. ¿Qué quiere decir «ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza» ¿Qué versículos del Antiguo Testamento se refieren a este principio'?

Ore

sobre la cita de Francis Schaeffer que está al comienzo de este capítulo. Pídale al Señor que le haga más como el tipo de creyente allí descrito.

por alguien de su trabajo o escuela, con quien haya tenido dificultades para llevarse bien. Pídale a Dios que le muestre alguna manera práctica de amar a esa persona.

Aplique

Memorice Romanos 12:10-13 y pídale a un amigo o familiar cristiano que le haga responsable de aprenderlo.

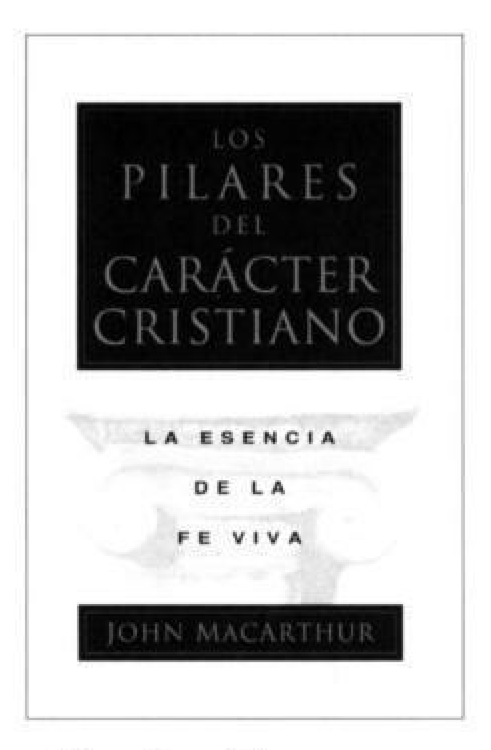


ÍNDICE DE PASAJES BÍBLICOS



ÍNDICE GENERAL





Los pilares del carácter cristiano
John MacArthur

El pastor-maestro MacArthur examina catorce carácteres bíblicos distintivos o pilares que demuestran una fe activa, viva y madura. Estos pilares destacan que una persona camina con Dios e incluyen: La fe, la obediencia, la humildad, el dar desinteresado, la compasión, la disciplina propia y la adoración.

ISBN: 978-0-8254-1535-7 / rústica

"Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón."

SALMO 15:1-2

Vivimos en una sociedad que ha abandonado la mayoría de las normas morales y principios cristianos. Promesas de campaña política incumplidas, publicidad falsa, exenciones de impuestos exageradas, empleados comprometidos con lo mal hecho, se ha vuelto un estilo de vida. Tal concesión moral ha invadido hasta la iglesia. Ante la oportunidad de proclamar a Cristo a los incrédulos, nos sentimos intimidados y guardamos silencio, o diluimos la Palabra de Dios en temas éticos al encontrarnos en el trabajo o ante nuestra comunidad para evitar el rechazo. A menudo preferimos la hipocresía a la integridad.

Pero Dios anhela que su pueblo sea diferente. Desea que mantenga un compromiso con las normas de Él sin importar el precio. ¿Es la obediencia consecuente a Dios —la integridad— asequible en este mundo de pecado y egoísmo? ¡Por la gracia y poder de Dios, sí!

Uno de los pastores más respetados indica la manera para tener un carácter perseverante en Cristo. Desde ejemplos bíblicos de hombres piadosos que mostraron integridad durante severas pruebas, MacArthur manifiesta el efecto que un hombre o una mujer íntegro puede tener en nuestro mundo.

Se incluye una útil guía de estudio para individuos o grupos.

JOHN F. MACARTHUR, JR., es pastor y maestro de la *Grace Community Church* de Sun Valley, California. Es autor de muchos libros que incluyen los siguientes publicados por Editorial Portavoz: *La libertad y el poder del perdón*, *El comentario del Nuevo Testamento de MacArthur*, *La segunda venida*, *¡Cuidado con los falaces!*, *La gloria del cielo* y próximamente *La Biblia de estudio MacArthur*.

Vida cristiana





ISBN 978-0-8254-1468-8

